



Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo
Facultad de Historia
División de estudios de Posgrado

“Luchas estudiantiles en Bogotá 1980-1991”

TESIS

Para optar por el grado de:
Maestra en Historia

Presenta:

Pilar Adriana Rey Hernández

Directora:

María Teresa Cortés Zavala

Morelia, Michoacán, agosto de 2012



Índice

Introducción	7
1. Colombia durante 1980 - 1991. Una mirada a través del contexto	43
1.1. Introducción	43
1.2. Algunas consideraciones en torno a la Economía	44
1.3. Situación política	51
1.3.1. Guerrillas	56
1.3.1.1. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC y la Unión Patriótica	57
1.3.1.2. Ejército de Liberación Nacional ELN	58
1.3.1.3. Movimiento 19 de Abril M-19	59
1.3.2. Bipartidismo	60
1.3.3. Paramilitarismo	63
1.3.4. Narcotráfico	64
1.4. Crisis, Constituyente y Constitución de 1991	65
1.5. Movilización social urbana en Colombia 1980-1991	67
2. Educación superior en Colombia y Bogotá 1980-1991	71
2.1. Educación superior en Colombia	71
2.1.1. Breve contexto latinoamericano	73
2.1.2. Antecedentes históricos de la educación superior en Colombia	78
2.1.3. Principales problemáticas de la educación superior en Colombia 1980-1991	82
2.1.3.1. Ampliación del sistema	82
2.1.3.2. Modelo de Universidades públicas y privadas	89
2.1.3.3. Educación superior en Bogotá: algunas aproximaciones	90
2.1.3.4. Reforma a la Educación Superior de 1980	98
2.1.3.5. El tema de la autonomía	103
2.2. Conclusiones	114

3. Luchas estudiantiles en Bogotá 1980-1991	116
3.1. Luchas estudiantiles 1980-1991, el caso de Bogotá	116
3.1.1. Breve recorrido por las luchas estudiantiles a escala nacional	118
3.1.2. Actores y luchas estudiantiles 1980-1991	128
3.1.3. Organización Estudiantil	134
3.1.4. Demandas	139
3.1.5. Periodización y episodios significativos	145
3.1.5.1. La Reforma Post Secundaria de 1980 y sus consecuencias	143
3.1.5.2. 16 de mayo de 1984: Universidad Nacional de Colombia	147
3.1.5.3. Encuentro Estudiantil “Chucho Peña” de 1986	152
3.1.5.4. El episodio de la constituyente 1989-1990	153
3.1.5.5. “Alas de Xue”	156
3.2. Conclusiones	158
4. Memoria y relatos de las luchas. Una reconstrucción a partir de los actores sociales	159
4.1. Memoria y voz de los actores	159
4.1.1. Referentes de memoria	160
4.2. Conclusiones	181
5. Conclusiones	183
6. Fuentes	190

Lista de tablas

Tabla No. 1 “Estadísticas de la educación superior en Colombia: 1975-1988”	83
Tabla No. 2 “Alumnos matriculados por zonas geográficas 1975-1988”	92
Tabla No. 3 “Porcentaje de Alumnos Matriculados por Población. Bogotá 1985”	96

Lista de gráficas

Gráfica No.1 “Alumnos Matriculados Periodo 1975-1988”	84
Gráfica No. 2 “Número de Instituciones Periodo 1975-1988”	84
Gráfica No. 3 “Programas existentes Periodo 1975-1988”	85
Gráfica No. 4 “Alumnos matriculados por zonas geográficas 1975-1988”	93
Gráfica No. 5 “Alumnos matriculados por zonas geográficas 1985”	94
Gráfica No. 7 “Porcentaje de Alumnos Matriculados por Población. Bogotá 1985”	97
Gráfica No. 8 “Comportamiento temporal de las luchas estudiantiles 1975-2000”	130

Lista de mapas

Mapa No. 1. “Alumnos matriculados por departamento 1985”	95
--	----

Lista de ilustraciones

Ilustración No. 1: [Enfrentamiento entre estudiantes y fuerza pública en la Universidad Nacional. 8 de junio de 1954]	120
Ilustración No. 2: [Mural en la Universidad Libre de Bogotá]	142
Ilustración No. 3: [Protesta estudiantil en Caracol]	143
Ilustración No. 4: [Toma de estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional]	145
Ilustración No. 5: [Desalojo de la Universidad Pedagógica Nacional 1980]	147
Ilustración No. 6: “[Estudiantes detenidos en los sucesos del 16 de mayo]	150
Ilustración No. 7: [Publicidad del Encuentro Nacional Estudiantil “Chucho Peña”]	152

Agradecimientos

Quiero expresar mis agradecimientos a la División de Estudios de Posgrado de la Facultad de Historia de la Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo, en la cual adelanté la maestría que me permitió llevar a cabo esta investigación. Así mismo, debo hacer mención al Cuerpo Académico de Historia de América Consolidado y a la Línea “El Estado, la nación y los grupos de poder” en los cuales participé como estudiante asociada.

Agradezco también al Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) por haber apoyado económicamente mis estudios de Maestría en Historia a través de la Beca Nacional para estudios de posgrado que me fue otorgada durante los años 2010 al 2012, y de la Beca Mixta con la cuál adelanté una estancia de investigación en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Buenos Aires, en Buenos Aires Argentina, durante el mes de octubre de 2011.

Es necesario también hacer mención al apoyo económico para asistencia a congresos recibido por parte del Programa Integral para el Fortalecimiento Institucional (PIFI) durante la vigencia 2010-2011.

Agradezco de forma especial a mi directora de tesis, Doctora María Teresa Cortés Zavala, por su constante acompañamiento y apoyo, sin su compromiso, dedicación y paciencia esta tesis no habría sido posible.

Mi reconocimiento también está dirigido a mis sinodales, Doctores Leticia Bobadilla, Miguel Ángel Urrego, José Alfredo Uribe Salas y Rodrigo Núñez Arancibia, cada de una de sus observaciones y recomendaciones han sido de gran ayuda para la construcción y finalización de este proceso de investigación.

No puedo dejar de mencionar a quienes con sus relatos y recuerdos nutrieron de manera fundamental esta tesis, a los todos los testigos, estudiantes universitarios de la década de los ochenta que participaron en esta tesis, gracias por su tiempo, por su disponibilidad y por compartir conmigo una parte de sus memorias.

En el plano personal, agradezco a mis amigas y compañeras Blanca Esthela Servín Carlos, Paulina Cortés y Ana Guadalupe Ortega, por ofrecerme su amistad y enseñarme a través de su experiencia a conocer este querido Michoacán. Así mismo, mi reconocimiento y gratitud a don Iván Olivo Camacho y a su esposa Graciela Huerta por su apoyo y por abrirme las puertas de su casa y de su familia durante este trayecto.

Gracias profundas y entrañables a mi familia, a mi mis papás, María Inés Hernández y Aníbal Rey, a mi hermana Magda y a mi esposo Juan Carlos por su paciencia, afecto, apoyo incondicional y presencia a pesar de la distancia durante estos años de esfuerzo.

Introducción

Planteamiento del problema

Esta investigación gira en torno a la pregunta central: ¿Cómo caracterizar a las luchas estudiantiles en Bogotá durante los años 1980-1991? Para poder dar respuesta a este cuestionamiento, se han abordado las siguientes tres dimensiones: el contexto general de la educación nacional, el proceso en sí de las luchas estudiantiles y los referentes de reconstrucción y reproducción memoria de las mismas.

El problema se ubica en el proceso mediante el cual, desde los años sesenta, a medida que la educación superior fue ampliando sus niveles de acceso, las luchas estudiantiles presentaron un descenso relativo en su actividad por razones internas del sistema educativo superior y de cada universidad, pero también por motivos externos en relación con la situación social del país. Sin embargo, si bien sus acciones fueron menos cuantiosas en lo que respecta a actos numerables, por otro lado estas se fueron transformando en expresiones ciudadanas más alejadas de los partidos políticos y más concentradas en el ámbito de la cultura y las preocupaciones sociales prácticas de los jóvenes como el trabajo en barrios populares.

Por otro lado, también es necesario reconocer que la organización estudiantil durante el periodo de estudio presentó menos cohesión que en años anteriores, por lo que no se la puede catalogar como movimiento estudiantil específicamente. Sin embargo hay que destacar que empezaron a aparecer en escena más preocupaciones por incentivar la creatividad y la búsqueda por incluir las expresiones de la mayor parte de los sectores estudiantiles, contaran o no estos con una militancia en particular.

Se presentó así la incorporación en el discurso reivindicativo cada vez más, de los derechos humanos y de la participación ciudadana, que se

sumaban así a los temas gremiales¹ sobre la crisis de la educación superior, y a los problemas de la política nacional.

Este estudio parte de la importancia de entender a las luchas estudiantiles no sólo desde su universo político y gremial, sino desde su identidad como grupo social, a la que se pretende acceder a través de la memoria de una generación juvenil y universitaria, considerando que el análisis de la memoria generada por los actores participantes en las luchas estudiantiles se pueden tejer lazos entre esa generación, las que la preceden y la siguen en el tiempo.

Existen dos razones principales para la selección del periodo de estudio, la primera de ellas es la particularidad de la década de los años ochenta tanto en Colombia como en Bogotá, en relación con la crisis institucional al interior del Estado y de la educación superior, así como la proliferación de movimientos sociales de carácter civil, que tiene un importante precedente en la década de los 70. La segunda razón tiene que ver con el hecho de llevar el periodo de estudio hasta el año de 1991, fecha de promulgación de la nueva Constitución Política de Colombia, que significó de alguna manera una ruptura dentro de la historia política nacional, en la cual los sectores estudiantiles tuvieron una relativa incidencia.

A estas dos razones fundamentales, habría que agregar la necesidad de clarificar para la historia de las luchas estudiantiles en Colombia, tanto el proceso de las luchas en Bogotá, de la generación de la década de los ochenta, heredera de las luchas de las décadas anteriores, como los referentes de memoria de las mismas.

¹ El historiador Jorge Cote, realiza una crítica a la utilización del término “gremial” para hacer referencia a las demandas y preocupaciones relativas a los asuntos estudiantiles universitarios, tales como el bienestar estudiantil, el aumento de las matrículas o la legislación educativa, por considerar que es una categoría sin suficiente discusión y que tiene que ver con lo productivo de un sector social, por esta razón prefiere utilizar el término “objetivos estrictamente universitarios” que retoma de José Luís Romero (Cote, Jorge, “Más allá de mayo de 1984. Protesta estudiantil en Colombia, 1975-198”, en *Controversia*, No 197, diciembre de 2011, pp. 274-304). Se pretende dejar constancia de la importancia de librar este debate, sin embargo se ha considerado pertinente para esta tesis utilizar el término “gremial” al hablar de una de las dimensiones de las luchas estudiantiles porque remite fácilmente al lector al plano al cuál se está haciendo alusión.

La investigación sigue el procedimiento de arribar al proceso en el que se produjeron las luchas estudiantiles de la década de los años ochenta a través del análisis del contexto en el que sucedieron, esta es la razón por la que el primer capítulo de la investigación está destinado a delinear las principales problemáticas y características sociales, políticas y económicas del periodo de estudio a nivel nacional y local y de que posteriormente, en el segundo se presente en líneas generales el panorama de la educación superior en el país y en la ciudad, desde el punto de vista numérico y desde la normativa con que se legisló.

Una vez ubicado el problema de investigación en el espacio y en las condiciones generales en las que se llevó a cabo, lo cual explica de alguna manera las posibilidades, limitaciones, expectativas y repertorios de las luchas, se da paso en los capítulos tercero y cuarto al análisis del proceso específicamente y de los referentes de la construcción de la memoria de los actores de estudio respectivamente.

Objetivos:

La presente investigación se ha realizado con el siguiente objetivo general:

- Contribuir a los estudios históricos sobre movimientos sociales, partiendo del análisis de las luchas estudiantiles presentes en Bogotá durante los años 1980-1991, teniendo en cuenta el contexto en el que se produjeron, sus dinámicas particulares y su impacto en la construcción y reproducción de la memoria.

Objetivos específicos:

- Analizar las características y las dinámicas del contexto político, social y económico en el que se originó la movilización estudiantil que se presentó en Bogotá durante los años 1980 a 1991, para comprender las razones de su

aparición, sus motivaciones y su capacidad de acción en el entramado sociopolítico nacional.

- Explicar el sistema de educación superior en Colombia y Bogotá durante el periodo de estudio, buscando ubicar dentro de un contexto social e institucional el problema particular de estudio.
- Establecer una caracterización de las luchas estudiantiles presentes en Bogotá durante los años 1980-1991, de manera que se pueda vislumbrar tanto su evolución histórica, como su composición, diversidad, y el universo de sus demandas.
- Analizar la construcción de los relatos de memoria y principales referentes de identidad de los actores sociales participantes en las luchas estudiantiles de la época, de forma que se consiga apreciar la transición generacional posterior a los grandes hitos de movilización propios del Frente Nacional.

Hipótesis:

Este proyecto parte de la idea general de que durante la década de los ochenta en Colombia, se presentó una transformación en las luchas estudiantiles en el escenario urbano, del que se hará referencia concretamente a la ciudad de Bogotá como caso ilustrativo, por ser allí donde se encuentra la principal concentración de población universitaria del país. La hipótesis central de esta investigación pretende demostrar que dicha transformación se presentó como el cierre de una etapa de inquietudes y organización estudiantil conformada mediante un proceso de aprendizajes y formación política durante el siglo XX, fundamentalmente a partir del Frente Nacional.

De esta manera, en dicho cierre confluyeron expectativas y demandas presentes desde varias décadas atrás, así como las establecidas a partir de las características de la educación superior en el periodo, pero con particularidades generadas por el desgaste de los mecanismos de organización y militancia política surgidos desde la década del 60 y las

condiciones propias del periodo, que propiciaron que las luchas y la organización estudiantil se orientaran hacia nuevos mecanismos de crítica y transformación de la realidad, más ligados a la cultura y los derechos humanos, que si bien se produjeron en un ambiente menos estructurado políticamente, lo que descarta que se las pueda encuadrar como un movimiento, resaltan por su presencia y su alusión a temas gremiales, políticos y culturales.

Acotaciones teórico metodológicas y definiciones conceptuales

En estas consideraciones, se presentará un breve recorrido teórico sobre el concepto principal del que parte este estudio, este es el de movimientos sociales, como universo dentro del cual se enmarca el proceso de las luchas estudiantiles en la Bogotá de la década de los ochentas del siglo XX. Se realizan algunas observaciones sobre las principales discusiones que han surgido desde su aparición y posicionamiento en las Ciencias Sociales, posteriormente se exponen también las especificidades de la metodología de la historia oral y la memoria, con las que se trabajó para la elaboración del cuarto capítulo de esta investigación.

Finalmente se presentan algunas de las sub categorías de análisis que se han considerado pertinentes para la investigación y que a su vez constituyen un entramado conceptual desde el cual se funda el modelo de interpretación que se pretende aplicar a lo largo de los cuatro capítulos que conforman esta investigación.

Luchas y movimientos sociales

Vale la pena preguntarse entonces por los “movimientos sociales” como categoría interpretativa de la sociedad, y que ha servido a los historiadores especializados en este tema, para asumir una postura con respecto a las sociedades del pasado. Así, para presentar un recorrido general a través del

tratamiento de este concepto matriz, se puede seguir el hilo conductor que el historiador Mauricio Archila Neira desglosa en la introducción del texto denominado *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*,² en dicha introducción el autor plantea que los primeros pasos en la construcción del marco conceptual de los movimientos sociales fueron dados por Neil Smelser y otros sociólogos como Park, Parsons y Merton, para quienes sin embargo, estas manifestaciones representaban comportamientos marginales al orden o equilibrio social, con lo cual: “[...]los desajustes de la modernización producían individuos marginales al conjunto de la sociedad que lanzaba esas acciones, disfuncionales para el sistema imperante y provocadas desde su exterior, pero tendientes a un nuevo equilibrio”.³ Esta concepción sin duda anulaba la legitimidad y reconocimiento de cualquier movimiento que pretendiera cambiar sus propias condiciones porque las consideraba un estado anómalo de la sociedad, que luego volvería a la “normalidad”, estas teorías se vieron reforzadas por las explicaciones que desde la psicología afirmaban que la frustración acompañaba la agresión.

Respecto a estos primeros acercamientos, la socióloga colombiana Margarita Bonamusa, observa que se privilegió una visión psicologista de la movilización social en la que se pensaba que se trataba de grupos al margen de la sociedad, que no llevaban a cabo ningún proceso de toma de decisiones, sino que actuaban por contagio, esto dio como resultado un “modelo estático de los movimientos sociales en el que la movilización de sus participantes ocurre solo cuando estos se encuentran bajo una tensión estructural, como respuesta puntual a una crisis originada en el medio”.⁴

El politólogo Leopoldo Múnera aporta a estas observaciones el hecho de que, “las obras de Smelser y Kornhauser ubicaron el concepto de

² Archila Neira, Mauricio, *Idas y venidas, vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia, 1958-1990*, Icanh – Cinep, Bogotá, 2004.

³ Archila Neira, Mauricio, 2004, *Op. Cit.*, p. 39.

⁴ Bonamusa Miralles, Margarita, “Movimientos sociales: organización y estructura de oportunidad política”, en *Análisis Político*, No 23, septiembre-diciembre de 1994, p. 61.

movimientos social dentro del campo analítico correspondiente a las conductas colectivas. En la misma línea que la teoría de la sociedad de masas y en el cuadro de la sociología funcionalista, partieron de una visión negativa de los actores colectivos no-institucionales [...] Los actores colectivos e individuales que constituyen el movimiento social eran presentados como elementos marginales, impulsados a asumir conductas contestatarias por una doble irracionalidad”.⁵ Irracionalidad tanto en el plano individual como colectivo, y planteada en oposición a la racionalidad institucional.

Ese esquema agrupaba desde el pánico de los espectadores de un partido de foot-ball hasta el movimiento pacifista norteamericano. Así, la marginalidad de los actores, la irracionalidad, la no-institucionalidad, la disfuncionalidad de la acción con respecto al orden social, la precariedad en la organización y transitoriedad de las conductas colectivas, fueron las características de una configuración negativa de los movimientos sociales, en la que el referente central era lo que los movimientos no eran.

Los movimientos estudiantiles de los setenta a nivel mundial plantearon que el problema no se reducía a lo anteriormente descrito, porque estos representaban grupos que no estaban al margen de la sociedad, de esta manera se inició un proceso de resignificación de la acción social, a partir de los años sesenta y setenta. Este proceso surgió también como reacción a estas primeras aproximaciones, de la que se desencadenaron tendencias que entendían a la movilización como algo eminentemente colectivo, y sujeto al análisis sociológico.

El siguiente paso fue reconocer la racionalidad de las acciones colectivas, en el que se acuñaron términos como “individualismo metodológico” y “construcción de identidad”. Nuevos terrenos de estudio plantearon nuevos interrogantes, por ejemplo, las organizaciones ambientales y de género, cuyas metas se salían de la lógica del materialismo

⁵ Munera Ruíz, Leopoldo, “De los movimientos sociales al movimiento popular”, en *Historia Crítica*, No. 7, enero-junio de 1993, p. 56.

y del conflicto obrero-patronal, sumado al crecimiento urbano, caldo de cultivo para cada vez más numerosos movimientos sociales. En estas condiciones surgieron lecturas más flexibles del marxismo como la de Manuel Castells o Jordi Borja⁶, de quienes Archila afirma: “A pesar de su apego formal al marxismo, para estos autores fue evidente que el crecimiento urbano estaba poniendo sobre el tapete la existencia de contradicciones que rebasaban la esfera productiva y eran difíciles de enmarcar en una rígida estructura de clases.”⁷

De esta manera, la metáfora base-superestructura empezó a ser reevaluada en los sesenta por autores como Thompson, Rudé y Hobsbawn, quienes “rompieron con la lectura economicista de la acción humana y se remontaron a explicaciones ideológicas, morales y culturales”.⁸ Se buscó entonces, dejar de lado la comprensión de los grupos y los movimientos sociales por esencias establecidas de antemano.

En este contexto se presentó el surgimiento de enfoques de raíces diferentes: el europeo y el norteamericano, que sin embargo tenían una complementariedad, que se hizo posible en trabajos como el de Charles Tilly, quien acuñó el término “estructura de la oportunidad política”, el cual explica que el capital y la oportunidad política son elementos estructurales que si bien no determinan relaciones, sí las limitan.

Paralelamente al enfoque de la estructura de Oportunidad Política, se presentó también el de la Movilización de Recursos, como respuesta a lo que se ha denominado los “nuevos movimientos sociales”, esta última centró “su estudio en la determinación de los factores que facilitan la operatividad de la estructura interna de un movimiento”⁹ mientras que la primera “focalizó su objetivo investigativo en establecer los determinantes estructurales del

⁶ Ver por ejemplo: Castells, Manuel, *Movimientos sociales urbanos*, México, Siglo XXI Editores, 1983 y Borja, Jordi, *Movimientos sociales urbanos*, Buenos Aires, Siap-planteos, 1975.

⁷ Archila Neira, Mauricio. *Op. Cit.*, p. 42.

⁸ *Ibid.*

⁹ *Ibid.*

contexto político que limitan o apoyan la actividad de protesta de los movimientos”.¹⁰

Para la teoría de movilización de recursos, uno de los factores más importantes de un movimiento es la cooperación de las organizaciones, tanto en la consecución de recursos materiales como humanos, que conlleven al logro de sus objetivos. Dentro de esta perspectiva, el estallido de un movimiento social no está causado por un nivel inapropiado de estrés de sus participantes como señalaba el modelo clásico arriba discutido, sino por el incremento en los recursos disponibles que permiten organizar el descontento en objetivos comunes, es decir, un movimiento social se origina por una afluencia de recursos y la organización del grupo permite movilizarlos.

Esta teoría constituyó de alguna manera un avance, pero centró excesivamente el análisis en los recursos, así, “las críticas realizadas por el modelo de Proceso Político [Oportunidad Política] conducen a un desplazamiento de la preponderancia asumida por el rol que ejercen los recursos materiales y humanos y, por ende, la organización, y se contraponen al análisis de la estructura de oportunidad política nacional y su efecto en la propensión de formar acción colectiva y movimientos sociales, y, cómo estos últimos afectan el entorno político y las políticas concretas resultantes de un ciclo de protesta”.¹¹

Dentro de este modelo que se centra en la estructura política, esta determina a los movimientos sociales, tanto en los repertorios de protesta como en las posibilidades de acción y éxito, sin embargo, los movimientos son capaces de establecer estrategias dentro de ese contexto, pues las relaciones de poder no son estructuras inmutables.

La expresión “repertorio de protesta” fue acuñada por el sociólogo Charles Tilly, y significó también un avance en la comprensión de los movimientos sociales al proveerles una dimensión histórica hasta el

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Bonamusa Miralles, Margarita, 1994, *Op. Cit.*, p. 63.

momento bastante difusa, pues su propuesta consiste en estudiar a los movimientos desde esos repertorios de protesta con la finalidad de describir los medios de acción que están disponibles en ese momento, en consecuencia “se abre un espacio que nos da un conocimiento más específico sobre los costos y las alternativas que están disponibles a estos grupos, reconociendo así la especificidad histórica de los movimientos sociales”.¹² Así por ejemplo, los repertorios de protesta del siglo XIX como las huelgas y las manifestaciones siguen presentes en la actualidad, porque las estructuras de poder no han cambiado significativamente.

Leopoldo Múnera recuerda así mismo la interpretación de lo que se ha denominado la “Sociología de la Acción” trabajada fundamentalmente por autores como Alain Touraine, y de la cual afirma que en ella “el papel preponderante de la búsqueda y construcción de la identidad sobre el cálculo racional y el juego estratégico, convierte al movimiento social en un fin para los actores individuales y le quita el carácter de medio que tenía en el paradigma de la movilización de recursos”.¹³ Se asiste entonces a una ruptura con la acción colectiva derivada de la clase social exclusivamente que había sido el camino a seguir preponderante de los estudios marxistas hasta que el análisis de los nuevos movimientos sociales se hizo inminente, “hubo una ruptura con cualquier tipo de determinismo que pretendiera convertir las clases en agentes pasivos de las estructuras y la acción colectiva en la aplicación del conocimiento objetivo de los políticos profesionales”.¹⁴

Otros autores que han aportado al debate, aunque tratan más de prácticas y comportamientos sociales, que de movimientos concretamente, son: Anthony Giddens, desde la llamada “teoría de la estructuración”, y Douglas North, quién trabaja desde la economía y desde el “neoinstitucionalismo” que a pesar de su enfoque estructuralista, abre una posibilidad al individualismo metodológico, con la cual el individuo y sus

¹² Bonamusa Miralles, Margarita, 1994, *Op. Cit.*, p. 70.

¹³ Munera Ruíz, Leopoldo, 1993, *Op. Cit.*, p. 61.

¹⁴ *Idem.*

orientaciones constituyen la unidad de análisis básica a partir de la cual se puede llegar a comprender a las instituciones y a las lógicas colectivas que limitan a la acción individual.

Hasta este punto se puede recoger el proceso mediante el cual, los grupos pasaron de ser considerados como determinados por su situación al margen de la sociedad, a ubicarlos en un contexto más cercano y reconocerlos como productores de iniciativas racionales, ya no solo en la lógica de conseguir beneficios económicos, sino en busca de una construcción de identidad. Así mismo, es claro, que la búsqueda de un marco teórico encontraba insuficiente la teoría marxista, y señalaba la búsqueda de referentes culturales. Así, el debate se traslada a Latinoamérica y Colombia, en donde Archila en la introducción ya citada, señala cómo las tendencias marxistas y su posterior transformación llegan de la mano sobre todo de Antonio Gramsci.

Ahora bien, en cuanto a la producción historiográfica sobre movimientos sociales, Peter Burke,¹⁵ señala que uno de los primeros en emplear la categoría de movimientos sociales fue el británico Eric Hobsbawm en su texto *Rebeldes Primitivos*.¹⁶ En el que se puede notar aun una confluencia de todo tipo de movilización dentro de la categoría de movimiento social, desde el bandolerismo hasta la mafia, pero a partir del cual se inspiraron numerosos trabajos historiográficos sobre los movimientos sociales en todas las latitudes, en Colombia, los trabajos sobre bandolerismo estuvieron directamente influenciados por este texto.¹⁷

No se puede concluir el abordaje teórico de la categoría general de movimiento social sin hacer referencia al que quizá sea el enfoque que desde hace un tiempo domina el escenario de la producción historiográfica y teórica frente al tema; se trata de la escuela de los estudios subalternos, iniciada por historiador hindú Ranahit Guha. Respecto a esta, Peter Burke

¹⁵ Burke, Peter, *Historia y teoría social*, Buenos Aires, Amorrortu, 2007, p. 108.

¹⁶ Hobsbawm, Eric, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1983.

¹⁷ Ver por ejemplo: Meertens Donny, Sánchez, Gonzalo, *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia*, Bogotá, El Áncora Editores, 2006.

afirma que: “insatisfecho con Eric Hobsbawm y su caracterización de las actitudes de los campesinos de las sociedades preindustriales como ‘prepolíticas’, Guha, a pesar de estar más interesado en la resistencia que en la hegemonía, recurrió a Gramsci, cuya concepción del ‘valor incalculable’ de ‘toda huella de iniciativa independiente de los grupos subalternos’ representó una inspiración para esta red de especialistas”.¹⁸

El modelo de Guha, especialmente planteado en su ya clásico texto *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*,¹⁹ critica lo que él denomina “estatismo”, es decir, la tendencia de asignarle carácter histórico sólo a los acontecimientos designados por una ideología para la cual la vida del Estado posee un carácter central, por tanto, son los valores del Estado los que determinan lo que es o no histórico, pero fundamentalmente representa un interesante análisis sobre las formas de insurgencia por parte de los grupos subalternos, que arroja nuevas luces al debate sobre cómo comprender la historia de los pueblos y concretamente, de los movimientos sociales, desde perspectivas diferentes que permitan entender los procesos sociales desde sus propios protagonistas y no desde la perspectiva exclusiva del Estado o de las élites. Si bien el texto de Guha, trata concretamente sobre las revueltas campesinas, y el problema del discurso historiográfico en la India, la estructura del análisis expuesta en esta obra, abre la posibilidad entre otras cosas de apreciar la valiosa mirada de la lingüística, que permite comprender los discursos de los otros.

Si bien las críticas sobre la invisibilización de los grupos subalternos en la historiografía y la defensa de la conciencia política de los mismos, en momentos en que aun no se había configurado una organización muy estructurada, no es un elemento completamente nuevo, pues ya se puede encontrar en autores como Gramsci, Rudé, y Thompson, un aporte valioso en Guha, es su propuesta de intentar encontrar la voz de los subalternos, incluso cuando las fuentes y los discursos reinantes parecen ahogarla por

¹⁸ Burke, Peter, *Op. Cit.* P. 132.

¹⁹ Guha, Ranahit, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002.

completo, pues se puede encontrar a través de estas mismas fuentes y discursos, que en alguna medida la contienen, y que a través de la oposición de palabras y categorías, se puede encontrar de manera mucho más accesible de lo que se cree.

El problema de la resistencia con la que los actores subalternos se desenvuelven frente al poder, es ampliado en los estudios del politólogo James Scott,²⁰ cuyo objetivo en dichos abordajes es, en términos generales, mostrar cómo muchas manifestaciones de los grupos subordinados en la cotidianidad, se convierten en estrategias de resistencia ante la dominación, y demostrar con ello que el hecho de que no se presenten grandes levantamientos o revoluciones, no significa que los grupos subordinados estén de acuerdo con la dominación o que compartan un consenso con la élites frente a la posición social a la que están sometidos.

Estas dos últimas aproximaciones, no se concentran específicamente en el análisis de los movimientos sociales como tal, sino en expresiones más cotidianas de resistencia e inconformismo, y constituyen una aproximación interesante a las motivaciones y comportamientos de los actores subalternos.

Cabe resaltar que en esta investigación se considera que las expresiones de organización y participación estudiantil, objeto del presente estudio, constituyen una expresión de sectores subalternos, ya que si bien estos pertenecen a un sector de la población que no está marginado de la sociedad, esto no implica que necesariamente pertenezcan a las esferas de poder, aunque sí se admite que su capacidad de diálogo y negociación con las mismas es más amplia que por ejemplo la de sectores indígenas o afro descendientes.

Ante la polémica ya de años en las ciencias sociales sobre si los estudiantes pertenecen o no a una clase social o, si la transitoriedad de sus luchas permite hablar de actores capaces de emprender movilizaciones

²⁰ Scott, James, *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Ediciones Era, 2000.

sociales,²¹ es necesario reconocer aquí que en este grupo social confluyen variadas identidades como la generacional y la gremial. Así, Mauricio Archila afirma que “cuando hablamos de movimiento estudiantil en realidad nos referimos a un sector muy heterogéneo – no es una categoría de clase como tal ni tampoco cultural estrictamente – de continuo cambio y poca expresión organizativa permanente. Por eso los autores que lo han estudiado prefieren hablar de luchas coyunturales más que de movimiento como tal”.²²

En la historiografía colombiana sobre el tema no se ha llegado del todo a un acuerdo sobre la categorización de los diferentes episodios de lucha estudiantil a lo largo del siglo XX, así por ejemplo, Manuel Ruíz Montelagre,²³ acude de manera explícita al término movimiento estudiantil en su trabajo sobre el periodo de esplendor de las organizaciones estudiantiles (1954-1966), fundamentalmente de la Federación Universitaria Nacional como un movimiento, dado que encuentra en él la complejidad, el nivel organizativo y la unidad en sus demandas. Mientras tanto, Álvaro Acevedo Tarazona,²⁴ al referirse a este mismo periodo, pero incluyendo la década de los años setenta, afirma que no se presentó un movimiento social

²¹ Ha sido recurrente el debate sobre la esencialidad de clase de los estudiantes, baste mencionar los trabajos de Jaime Caycedo, en los que se intentaba mostrar a este actor como parte de una clase social “entre la burguesía y el proletariado”, quizá como una reacción frente a los analistas – dentro de los que cita a Ignacio Torres Giraldo - que lo veían como un grupo de choque transitorio y pequeñoburgués. Ver: Caycedo Jaime, “Conceptos metodológicos para la historia del movimientos estudiantil colombiano”, en *Estudios marxistas*, No 21, 1984.

²² Archila Neira, Mauricio, “Entre la academia y la política: el movimiento estudiantil en Colombia, 1920-1974”, en Marsiske Renate, (coordinadora); Alvarado María Lourdes [et al.]. *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad, Plaza y Valdés, 1999, p. 158.

Absalón Jiménez afirma que, “hablar de movimiento estudiantil en el ámbito nacional puede ser una osadía a excepción de la coyuntura que vivió el estudiantado del Frente Nacional. Para el caso colombiano se debe hablar más bien de coyunturas y actores estudiantiles que se han destacado en los diferentes momentos en los que se han gestado luchas colectivas. La principal razón es que como movimiento social el estudiantado no acumula históricamente experiencia debido a que sufre una crisis generacional continua. Sin embargo, por sus manifestaciones y el papel que han jugado los estudiantes en las mismas instituciones se ha seguido hablando sin mayores complicaciones de movimiento estudiantil”, en: Jiménez B., Absalón, *Medio siglo de presencia del movimiento estudiantil en la Universidad Pedagógica Nacional 1957-1999*, enlace virtual: http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/40-41_03ens.pdf

²³ Ruíz Montelagre, Manuel, *Sueños y realidades. Procesos de organización estudiantil. 1954-1966*, Bogotá, Universidad Nacional, 2002, p.18.

²⁴ Acevedo Tarazona, Álvaro, “Protesta, universidad y nación”, en Asociación Colombiana de Historiadores, *Memorias XV Congreso Colombiano de Historia*, Bogotá, 2010, obra inédita difundida en CD, p. 3.

propiamente dicho, pero que sí se lograron direccionar las protestas sobre elementos comunes. Francisco Leal Buitrago²⁵ por su parte, afirma que sí existió un movimiento estudiantil en la historia de Colombia, pero que este nació y murió durante el Frente Nacional.

En el presente estudio se acoge la categoría de las luchas estudiantiles y se la entiende como una expresión de los movimientos sociales, que posee una postura de negociación política dentro del Estado mayor que la de otros grupos sociales, y aunque se reconoce su transitoriedad, se destaca también su capacidad de generar y canalizar propuestas en relación con sus diferentes necesidades y afectaciones coyunturales.

Historia oral y memoria

Esta investigación se ha valido de la historia oral como una de sus metodologías de trabajo, a la que se suma la recopilación y análisis de fuentes escritas y bibliográficas, necesarias para la reconstrucción del proceso histórico del que se ha ocupado. Las fuentes orales se han utilizado en dos sentidos, el primero de ellos tendiente a retomar aspectos de los testimonios, que contribuyesen a la reconstrucción del proceso, como se podrá observar en el tercer capítulo. Sin embargo, se ha querido también analizar los testimonios desde una perspectiva que no sólo valore la información que en ellos se contiene, sino especialmente sus significados y anclajes en la memoria de una generación, este es pues el segundo sentido con el que se han querido interpretar las voces de algunos de los actores protagonistas y testigos de las luchas estudiantiles durante el periodo 1980-1991, y del cual se ocupa fundamentalmente el cuarto capítulo.

²⁵ Leal Buitrago, Francisco, "La frustración política de una generación y la formación del movimientos estudiantil", en *Desarrollo y sociedad*, No 6, julio de 1981, pp. 322-325.

A continuación se presentan algunas consideraciones sobre las implicaciones del trabajo con historia oral y memoria en la investigación histórica en general y en esta investigación en particular.

A propósito de la historia de la historia oral, de acuerdo con la investigadora María del Carmen Collado,²⁶ unos de los primeros trabajos con fuentes orales se realizaron en Estados Unidos en los años 1934 y 1935, a través de un proyecto en el que se entrevistó a sobrevivientes de la época esclavista en Kentucky. Posteriormente en 1948, el investigador Allan Nevins también en Estados Unidos, se dio a la tarea de entrevistar a personalidades importantes del país en un proyecto patrocinado por la Universidad de Columbia en el que a partir de 1949 se empezaron a grabar dichas entrevistas en formato magnetofónico, material con el cual, años después, se conformó en esta universidad el primer archivo dedicado a la historia oral, a partir de esta experiencia se han elaborado las principales metodologías de la historia oral.

En la década del sesenta, se puede apreciar una importante difusión de la utilización de fuentes orales en Norteamérica, sumada a la fundación de la Asociación de Historia Oral, es de destacar que esta metodología aun se utilizaba para recabar los testimonios principalmente de líderes y de miembros de la elite.

Por otra parte, la citada autora Collado, comenta que posteriormente, en Inglaterra, por la influencia de la historia social producida precisamente en ese país, se desarrolló una historia oral de corte popular en marcado contraste con la de las élites adelantada en Norteamérica. Otra significativa diferencia entre el tipo de historia oral realizada en estos dos contextos, es que en Inglaterra no se implementó exclusivamente en el mundo académico, ya que a partir de la fundación en 1966 del History Workshop,²⁷ sindicatos y

²⁶ Collado Herrera, María del Carmen, “¿Qué es la historia oral?”, en Garay de, Graciela (Coordinadora), *La historia con micrófono*, México, Instituto Mora, 2006.

²⁷ <http://www.historyworkshop.org.uk/>

asociaciones empezaron a utilizarla también como metodología para la reconstrucción de su propio pasado.

La Historia Oral ha hecho parte de la renovación de la investigación en la disciplina de la Historia,²⁸ adelantada a partir de la segunda mitad del siglo XX, que a su vez la ha puesto en diálogo con otras disciplinas de las Ciencias Sociales como la sociología y la antropología y más recientemente con los estudios culturales. Así, a partir del denominado giro lingüístico, “[...] en momentos en que el discurso histórico es puesto en tela de juicio, el valor histórico de la historia oral y del testimonio es reivindicado no sólo como manera alternativa de historizar, sino también por su valor identitario, o sea, por la construcción de identidades que se gestan en el acto de narrar”.²⁹

El alcance identitario de los testimonios deviene del acercamiento que estos permiten al mundo de la memoria de los actores sociales, es decir, además de los datos que pueda proporcionar un individuo o un grupo de individuos, importantes para la reconstrucción de los procesos sociales a través del tiempo, máxime en contextos donde las fuentes escasean. El trabajo con testimonios implica también un acercamiento directo a la memoria, es decir, a la reconstrucción del pasado elaborada por los actores, mismos que vivieron los hechos, por supuesto mediada por los recuerdos colectivos, por los medios de comunicación, por las construcciones simbólicas patrióticas e incluso por la propia historiografía, en pocas palabras, por esos “otros” de los que se construye el “nosotros”, que constituyen entre tejidos la forma en la que los sujetos interpretan y comunican su propio tiempo, su pasado y el lugar en que se ubican a sí mismos en esos acontecimientos.

En América Latina, si bien el recorrido de estas herramienta metodológica ha sido más reciente, se ha venido fortaleciendo en los últimos

²⁸ Aceves Lozano, Jorge, “Sobre los problemas y métodos de la Historia Oral”, en Garay de, Graciela (Coordinadora), *La historia con micrófono*, México, Instituto Mora, 2006, p. 34.

²⁹ Szurmuk, Mónica, “El texto en la historia oral: debates recientes”, en Garay de, Graciela (coordinadora), *Para pensar el tiempo presente. Aproximaciones teórico metodológicas y experiencias empíricas*, México, Instituto Mora, 2007, p. 158.

años, con la creación de programas académicos de historia oral, archivos de la palabra o laboratorios de historia oral al interior de algunas universidades y centros de investigación de la región, como es el caso del Archivo de la Palabra del Instituto Mora en la ciudad de México, y la integración de las diferentes iniciativas a nivel continental en la Red Latinoamericana de Historia Oral,³⁰ surgida de sendos encuentros latinoamericanos, de los que hasta el momento se han realizado cuatro en centro y sur América.

Especificidades de la historia oral

Una definición de lo que es la historia oral, puede ser la que la describe como “una metodología creadora o productora de fuentes para el estudio de cómo los individuos (actores, sujetos, protagonistas, observadores) perciben y/o son afectados por los diferentes procesos históricos de su tiempo”.³¹ Si bien se utiliza como recaudadora de datos, tal como ocurre con las fuentes escritas, su propuesta metodológica intenta dar cuenta, más allá de los datos, de la experiencia y la interpretación del pasado de los actores y con ello de su memoria. A través de la historia oral entonces, se puede responder al llamamiento de la autora Dora Schwarstein,³² respecto a la importancia de conocer no sólo los hechos del pasado sino también su representación en el recuerdo, el cual hace parte de una conciencia contemporánea.

La historia oral no es otra cosa que hacer Historia, sólo que con una especialización en el análisis de la memoria individual y colectiva, para con ello, reconstruir los procesos y los problemas históricos del tiempo presente o del pasado reciente.³³

³⁰ <http://www.relajo.org/>

³¹ Collado Herrera, María del Carmen, “¿Qué es la historia oral?”, *Op. Cit.*, p. 13.

³² Schwarstein, Dora, “Memoria e historia”, en *Desarrollo Económico* vol. 42, N 167, (octubre-diciembre de 2002), p. 479-482.

³³ Lara Meza, Ada Marina, “la construcción de la memoria como fuente histórica”, en Lara Meza, Ada Marina, Macías Gloria, Felipe y Camarena Ocampo, Mario, *Los oficios del historiador: Taller y prácticas de la historia oral*, México, Universidad de Guanajuato-Laboratorio de Historia Oral, 2010. *Op. Cit.*, p. 62.

Ahora bien, vale la pena trazar una línea diferencial entre la tradición oral, de la que se ocupan entre otros, los estudios lingüísticos y la antropología, y la historia oral, ya que “si bien ambas derivan de la memoria colectiva, la primera nace entre las sociedades para transmitir, de generación en generación, ciertos mitos, leyendas, gestas o sucesos de la comunidad, que le dan cohesión y forman parte de su autoconocencia. La segunda, mediante la entrevista, busca y construye el testimonio de actores u observadores directos de ciertos aspectos del acontecer que son considerados importantes por el científico social”.³⁴

Otra metodología de la que se diferencia substancialmente la historia oral, es de la encuesta que se suele utilizar en la sociología o en la economía, ya que a diferencia de estas, para la historia oral, la representatividad no es un factor crucial, en primer lugar porque una de sus principales intenciones es acercarse a la memoria, para la que el testimonio incluso de una sola persona es ya de por sí constructivo.³⁵ Pero aun si lo que interesa del testimonio es recabar datos sobre un mismo tema, no se hace necesario elaborar grandes listas de entrevistados, ya que como lo recuerda Philippe Joutard, más allá de veinte personas, la información puede comenzar a repetirse.³⁶

Una advertencia realizada por el investigador Gerardo Necochea, recuerda la importancia del contexto en la historia oral, es decir, del trabajo que debe acompañar a la búsqueda y producción de fuentes orales por parte del historiador, ya que “la historia de la memoria rinde sus mejores frutos cuando es situada en el tiempo y en el espacio. La memoria sin contexto puede servir a otros fines y sostener la ilusión de conocer el pasado a través

³⁴ Collado Herrera, María del Carmen, “¿Qué es la historia oral?”, *Op. Cit.* P. 15.

³⁵ Aunque no hay que dejar de considerar la importancia de la diversidad de puntos de vista si de reconocer la memoria de un proceso histórico se trata.

³⁶ Joutard, Philippe, *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986. P. 334. La elección del número de entrevistados es sin embargo una decisión que se debe tomar de acuerdo con las características, el problema y ritmos de la investigación, un ejemplo que contrasta con la sugerencia de Joutard es el ya clásico texto del historiador italiano Alessandro Portelli, *La orden ya fue ejecutada* (Portelli, Alessandro, *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003), para el que se analizaron alrededor de 200 testimonios.

de la experiencia directa. Pero por supuesto hoy sabemos que los recuerdos no son experiencia pura, sino relatos elaborados desde una perspectiva de vida".³⁷ El contexto es a su vez, el referente necesario del que parte el investigador para poder entablar un diálogo con los entrevistados, pero es también el receptor de lo nuevo que estos aportan en el proceso de reconstrucción.

Existen dos vías para la implementación de la historia oral en una investigación: indirecta y directa,³⁸ la primera de ellas consiste en acudir a las fuentes depositadas en archivos orales o de la palabra en el caso de que existan y estén disponibles; y la segunda, en la que se busca tener contacto directo con los informantes, y en ese proceso, entablar un dialogo en vías de construir la fuente oral. En esta investigación se han utilizado de alguna manera estos dos caminos, ya que si bien se acudió a la construcción de testimonios, de la mano de algunos de los actores sociales que presenciaron y fueron parte del proceso a reconstruir, también se echó mano de testimonios ya recabados en anteriores investigaciones y que hoy hacen parte del Catálogo de Fuentes Orales para la Historia social y política de Colombia.³⁹

La riqueza de los testimonios recabados en el contexto de otras investigaciones no es menor, en la medida que profundizan en temas y reflexiones que pueden aportar nuevas dimensiones a una investigación en curso y en que además permiten al investigador tener acceso a personas con las que quizá no se había establecido contacto.

³⁷ Necochea Gracia, Gerardo, "Los contextos del recuerdo y la historia oral", en Necochea Gracia, Gerardo y Montenegro Torres, Antonio (compiladores), *Caminos de historia y memoria en América Latina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2011, p. 181.

³⁸ Aceves Lozano, Jorge, "Sobre los problemas y métodos de la Historia Oral", *Op. Cit.*, p. 37.

³⁹ Colectivo Memoria y Palabra, *Catálogo de Fuentes Orales Para la Historia Social y Política de Colombia*, Bogotá, 2009.

La memoria como una lectura del pasado

En la actualidad, los estudios de la memoria han observado un importante auge tanto en Europa como en América en lo que se ha consentido en denominar un “boom” memorialista, el cual tiene sus raíces desde las primeras décadas del siglo XX europeo, a partir de la proliferación de museos, publicación de memorias, y la posibilidad de que las familias almacenaran sus propios recuerdos en los álbumes de fotografías, con la difusión de la cámara fotográfica. Recientemente, este boom se ha relacionado sobre todo con las reflexiones en torno al holocausto en el caso europeo, y en Latinoamérica, con las dictaduras del cono sur, incluido el caso brasileiro.

Sólo hasta hace algunos años, el tema de la memoria ha aparecido en las discusiones de política pública en Colombia, en relación con las víctimas del conflicto armado y la violencia reciente (años ochenta en adelante), llegando incluso el propio Estado a conformar el grupo de Memoria Histórica dentro de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación a partir del año 2005.⁴⁰ Sin embargo, dentro de la producción académica, lejos de haberse presentado una discusión satisfactoria de lo que este concepto representa para el país, sólo hasta hace algunos años se han empezado a emprender estudios en los que se aplica el concepto,⁴¹ y se comienza a debatir teóricamente,⁴² con lo que se puede afirmar que por lo menos a escala nacional, éste constituye un terreno en el que se ha empezado a arar, sin que hayan todavía asomado los primeros frutos.

En esta investigación, se ha comprendido la memoria como la interpretación y lectura del pasado realizada por los actores sociales,

⁴⁰ <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/>

⁴¹ Véase por ejemplo el artículo de Mauricio Archila sobre memoria indígena: Archila Neira Mauricio, “Memoria e identidad en el movimiento indígena caucano”, en Archila Neira, Mauricio, Cote, Jorge, Delgado, Álvaro, García, Martha Cecilia y otros, *Op. Cit.*

⁴² Rodríguez Ávila, Sandra Patricia, “La memoria en la investigación histórica”, en Asociación Colombiana de Historiadores, *Memorias XV Congreso Colombiano de Historia*, Bogotá, 26 al 30 de julio de 2010, DVD.

mediada por el marco cultural colectivo en los que estos se encuentran inmersos, por las condiciones y expectativas del presente y por el contexto mismo en el que se recuerda y narra el pasado.

En este sentido, en el acto de rememorar, la experiencia del presente juega un papel fundamental, ya que el pasado no constituye desde el punto de vista de la memoria, un escenario acabado, concreto y estático, pues en este caso, lo que cuenta es cómo los actores recuerdan y reconstruyen su pasado, las categorías y referentes de memoria que constituyen su identidad en el presente y el significado de los hechos y los procesos en sus vidas, sus recuerdos y, como ya se dijo, sus expectativas.

Ahora bien, esto no quiere decir que la reconstrucción fidedigna del pasado esté de menos, todo lo contrario, el trabajo con la memoria implica tanto la reconstrucción de los procesos como el análisis de la memoria de los mismos, todo esto en referencia a un pasado concreto que debe ser comprendido y re-estructurado, de manera tal, que se pueda contextualizar el recuerdo.

La variable del presente, implica trabajar entonces con una multiplicidad de tiempos, pasado, presente y futuro, teniendo en cuenta las proyecciones y expectativas de los grupos sociales, así, tal como lo expresa Elizabeth Jelin, haciendo referencia al trabajo de Reinhart Koselleck,⁴³ “ubicar temporalmente a la memoria significa hacer referencia al ‘espacio de la experiencia’ en el presente. El recuerdo del pasado está incorporado, pero de manera dinámica, ya que las experiencias incorporadas en un momento dado pueden modificarse en periodos posteriores”.⁴⁴

El recuerdo bajo esta perspectiva es dinámico, pues lo orientan las preguntas y preocupaciones que se pueden o no ir transformando desde el presente. Por otro lado, es necesario recordar también, que la experiencia individual que se trae al presente en el acto de rememorar, está nutrida por la

⁴³ Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.

⁴⁴ Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2002, p.13.

vivencia propia, pero también por las de los otros, que han sido transmitidas e incorporadas al recuerdo individual.

Esta es precisamente la esencia de la noción de “marco social” acuñada por el sociólogo francés Maurice Halbwachs,⁴⁵ el primero en hacer alusión a lo que se ha denominado la “memoria colectiva” durante los años veinte del siglo XX, expresión que ha generado múltiples controversias en el mundo académico, al ser un concepto relativamente difícil de abordar, por el hecho de referir a un proceso que se puede confundir con un acto homogéneo, en el que todos los individuos que componen un grupo social, recuerdan lo mismo, desde un mismo enfoque.⁴⁶

Elizabeth Jelin halla otro inconveniente en esta noción, ya que implicaría el riesgo de entenderla como algo real, separado de los individuos, y destaca a su vez que la categoría de marco social, puede ser mucho más provechosa para establecer “la matriz grupal” dentro de la cual se ubican los recuerdos individuales. Así, a los recuerdos individuales los acompaña una estructura de códigos culturales compartidos, que forman un tejido de memorias.⁴⁷ En este mismo sentido, los marcos sociales son útiles para delimitar la identidad, pues esta, está determinada por parámetros grupales que resaltan identificaciones con unos y diferenciaciones con otros.

La definición aclaratoria de Jöel Candau, precisa mejor lo que se puede entender por lo colectivo de la memoria, así “podemos admitir que la sociedad produce ‘percepciones fundamentales’ (para citar una expresión de Diderot) que por analogías, por uniones entre lugares, personas, ideas, etc., provocan recuerdos que pueden ser compartidos por varios individuos, incluso por toda la sociedad [...]”.⁴⁸

⁴⁵ Halbwachs, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004.

⁴⁶ La historiadora Sandra Rodríguez afirma sobre las críticas a la noción de “memoria colectiva” de Halbwachs que se han producido porque el autor “sobrevaloró los efectos cohesionadores de la memoria colectiva; porque ubicó en segundo plano la transmisión y socialización de la memoria; porque ignoró la relación entre historia y conflictos; porque no analizó los actos conmemorativos que afectan las relaciones entre memoria y propaganda [...]”, en: Rodríguez Ávila, Sandra Patricia, “La memoria en la [...]”, *Op. Cit.*, p. 3.

⁴⁷ Jelin, Elizabeth, *Los trabajos [...]*, *Op. Cit.* p. 20.

⁴⁸ Candau, Jöel. *Op Cit.*, p. 62.

Por otro lado, de acuerdo con Jelin, existen dos tipos de memorias,⁴⁹ el primero es el de las memorias habituales, es decir, las relacionadas con la capacidad de cada individuo de recordar su rutina diaria y las nociones necesarias para llevar adelante su vida, puede decirse que este es el tipo de memorias que interesan a la medicina y la psicología.

El segundo tipo es el de las memorias narrativas, las cuáles implican una elaboración significativa del pasado, y que son en este sentido, el objeto de los estudios de la memoria, ya que no implican el simple acto de recordar nombres o rutinas como un acto cotidiano, si no que implica asignarle significado al recuerdo, ya no se trata entonces de recordar por ejemplo cuál es la temperatura adecuada para servir un té y no quemarse al beberlo, o cuál es el camino a casa, sino de la elaboración de sentido que presupone recordar cómo aprendimos a preparar el té, si fue nuestra abuela quien nos enseñó, en qué lugar, en qué momento de la vida o, para remitirse al segundo ejemplo, las relaciones que se establecen con los paisajes y los lugares por los que se pasaba en la infancia para volver al hogar.

En esta construcción narrativa de la memoria, juega un papel central el olvido, pues, se hace necesario en principio para posibilitar una narrativa. Sin embargo, hay que distinguir entre este tipo de olvido señalado por Jelin, que opera de manera conjunta con la memoria, debido a la imposibilidad para el ser humano de recordarlo todo; con otros tipos de olvido definidos por la misma autora, uno de ellos es el voluntario, surgido por ejemplo de procesos traumáticos o de violencia, en los que los protagonistas deciden autónomamente borrar o bloquear los recuerdos dolorosos como mecanismo de autoprotección.⁵⁰

⁴⁹ Jelin, Elizabeth, *Los trabajos [...]*, Op. Cit. pp. 28-29.

⁵⁰ Un ejemplo de este tipo de olvido - que en este caso no es fortuito o eventual sino que es un mecanismo cultural de olvido - es descrito por la autora Isabel Fonseca, en el texto titulado *Enterradme de pie, el camino de los gitanos*, a propósito de la reacción de los pueblos gitanos luego del genocidio ejecutado por los nazis que, "si por una parte los judíos han reaccionado al genocidio con 'una monumental tarea de rememoración', los gitanos han reaccionado con 'el arte del olvido', una singular fusión de fatalismo y tendencia a vivir al día. Entre los gitanos, 'olvidar' no implica complacencia sino más bien una especie de desafío despectivo [...]", en Passerini, Luisa, *Memoria y Utopía. La primacía de la intersubjetividad*, Valencia, Universidad de Valencia, 2006, p. 143.

Otro tipo de olvido es el impuesto, el cual implica una voluntad política de borrar ciertas partes del pasado de manera deliberada, por parte por ejemplo de un gobierno, como es el caso de los decretos de indulto del presidente Carlos Menem en la Argentina sobre los culpables de las desapariciones y asesinatos durante la dictadura militar (1976-1983), de este tipo de olvido derivan llamadas “disputas por la memoria”, las cuales se centran en analizar los conflictos que se generan en una sociedad cuando a raíz de un evento de significativa recordación no se observan unos consensos mínimos sobre la verdad histórica. A propósito de estas disputas y de este tipo de olvido, se puede citar un pasaje de Jacques Le Goff: “apoderarse de la memoria y del olvido es una de las máximas preocupaciones de las clases, de los grupos, de los individuos que han dominado y dominan las sociedades históricas”.⁵¹ Conseguir una versión acabada y unánime sobre el pasado, máxime cuando se trata de un pasado traumático o polémico se constituye en la ambición de diferentes grupos de poder, que en ocasiones son cuestionados por otros grupos sociales y es ahí precisamente que se generan las ya mencionadas disputas.

Finalmente se puede hacer referencia al olvido liberador, delineado por Tzvetan Todorov, en su texto *Los abusos de la memoria*,⁵² al referirse a la necesidad que tienen algunos pueblos de superar las heridas del pasado para poder perdonar, continuar y proyectarse hacia el futuro y por tanto deciden de manera conjunta y autónoma no rememorar ciertos eventos del pasado.

Otro elemento fundamental en el acto de hacer memoria, además del olvido ya señalado, es el lenguaje, esto en la medida en que el recuerdo se convierte efectivamente en tal mediante el acto en el que se lo comunica, con lo cual, las palabras, que a su vez constituyen significados, se posicionan de manera central en la transmisión del pasado. Las palabras que se utilizan

⁵¹ Le Goff, Jaques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1991, p. 134.

⁵² Todorov Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.

para referirse a un fenómeno tienen una carga significativa particular en cada momento histórico, y en el momento en el que se rememora, le dan nuevamente un sentido social tanto al fenómeno como al recuerdo, al reproducir convenciones gestadas en procesos colectivos.⁵³

Por esta razón es importante preguntarse de dónde surgen y cómo son utilizadas las palabras en el testimonio. En el caso de estudio de esta investigación, se ha podido observar que de alguna manera el lenguaje para referirse a las luchas estudiantiles ha cambiado; lo que para la generación de los estudiantes de los años ochenta era un lenguaje cotidiano y ceñido a significados y representaciones concretas comunes, ha entrado en un cierto desuso en este presente, como resultado de ello, en el acto de narrar, algunos de aquellos significados se pierden para el interlocutor actual. Por otro lado, en el afán de comunicar satisfactoriamente, de hacerse entender, los entrevistados en algunas ocasiones, intentan traducir los significados del pasado al lenguaje actual, proceso en el cuál indudablemente se presentan importantes pérdidas de la manera como los actores entendían esos significados en los años ochenta, pero al mismo tiempo, esta circunstancia brinda la oportunidad de acceder a pistas sobre las transformaciones de la memoria.

Palabras como “línea” o “Partido”, deben ser contextualizadas porque no están haciendo referencia a lo que hoy se puede entender cuando se habla de esos dos significantes, en contraste, durante los años ochenta acudir a estos no requería ningún tipo de explicación, pues sus significados devenían de la cotidianidad del presente político y social.

No se está entonces, ante al proceso visto con los ojos del pasado, sino con los ojos que llevan integrado a ese pasado, las reflexiones y las críticas que se han generado frente a este con los años, en el marco por

⁵³ Elizabeth Jelin hace alusión a este tema al afirmar que “La importancia del lenguaje ya había sido reconocida por el mismo Halbwachs. En un pasaje pocas veces citado, Halbwachs señala que ‘es el lenguaje y las convenciones sociales asociadas a él lo que nos permite reconstruir el pasado’ [...] A su vez, la mediación lingüística y narrativa implica que toda memoria – aun la más individual y privada – es constitutivamente de carácter social”, en Jelin, Elizabeth, *Los trabajos [...]*, Op. Cit., p. 34.

ejemplo de la dispersión de las luchas estudiantiles en la década de los noventa y la influencia entre otros acontecimientos que serán profundizados en el primer capítulo, de la Constitución Política de 1991, que independientemente de las críticas que se puedan hacer a su cumplimiento y alcances, abrió las puertas a los actores sociales de poder concebirse dentro de un contexto más democrático y respetuoso de los derechos individuales y colectivos.

La evaluación que los actores hacen a partir de estas variables incide pues, en el acto de recordar; se recuerda de manera crítica y a través del lenguaje actual.

En esta investigación, las fuentes orales y la memoria no son analizadas sólo desde los datos que ofrecen a la reconstrucción del proceso, sino que es también la memoria en sí misma el objeto de estudio. Ahora bien, no se trata de encontrar una respuesta final, sino de abrir la perspectiva sobre el estudio de las luchas estudiantiles en Colombia, y de hacer un aporte a los estudios de la memoria, desde la disciplina de la Historia.

Historia y memoria:

Las relaciones entre Historia y memoria como campos de saber se han desarrollado en la academia a través de tres tendencias principales:⁵⁴ la primera de ellas las opone entre sí, de acuerdo con Sandra Rodríguez, esta oposición es iniciada en el marco del proceso de conformación de referentes disciplinares de la sociología y la Historia durante la primera mitad del siglo XX, y el primer autor en delinearla es el ya referido Maurice Halbwachs, quien “define la memoria como un fenómeno predominantemente colectivo, que se inscribe en el presente y que otorga identidad a los grupos sociales. Este planteamiento establece una relación de oposición con la disciplina histórica, definida por el autor como un campo objetivo e imparcial, que se

⁵⁴ Estas tres tendencias han sido analizadas por la historiadora colombiana Sandra Rodríguez, ver: Rodríguez Ávila, Sandra Patricia, “La memoria en [...] *Op. Cit.*, pp. 1-16.

ocupa de un pasado universal, registrado como relevante para el género humano que contribuye a conformar la tradición occidental”.⁵⁵

Frente a la interpretación de Rodríguez, habría que recordar que Halbwachs se encontraba realizando una crítica a la disciplina de la Historia en el momento de inicio del proceso de renovación emprendido por Anales, y aun era blanco común de este tipo de objeciones sobre todo desde la sociología.

Otro de los autores que han continuado la postura de oposición entre Historia y memoria en épocas más recientes, es el historiador francés Pierre Norá,⁵⁶ al observar que la memoria como campo de conocimiento fue más allá de la Historia internándose en el terreno privado y, que se autodefine como más verdadera que la Historia, pues a través del testimonio accede a los recuerdos vividos.

Por su parte, en el ya citado texto *Los trabajos de la memoria*, Jelin afirma que esta oposición también se genera en la excesiva crítica de fuentes a la hora de trabajar con la memoria, lo que puede llevar a una oposición entre Historia y memoria, siendo la primera lo fáctico y científico, y la segunda, lo mítico y hasta romántico.⁵⁷

La segunda tendencia ubicada por Rodríguez es la que entiende a la memoria como crítica de la Historia, para lo cual retoma a Walter Benjamin, quien las entiende como dos apropiaciones distintas del pasado, siendo la primera una construcción del presente con materiales del pasado y la segunda una elaboración del pasado hecha por los vencedores, que elimina la versión de los vencidos, por lo que, la memoria sería más adecuada para la reconstrucción de proyectos sociales frustrados, que han sido víctimas del olvido. Y agrega que “esta posición fue asumida por muchos pensadores después de los años ochenta, cuando ante el trabajo sobre las fuentes testimoniales de los campos de concentración nazis, Ankersmit, F. propuso

⁵⁵ Rodríguez Ávila, Sandra Patricia, “La memoria en [...]”, *Op. Cit.*, p. 3.

⁵⁶ Nora, Pierre, *Les Lieux de memoire*, París, Gallimard, 1997.

⁵⁷ Jelin, Elizabeth, *Los trabajos [...]*, *Op. Cit.*, pp. 64 y 65.

junto con otros intelectuales 'que la memoria reemplace en su labor indagatoria a la historia y que lleve a cabo el proyecto tolstoniano de recoger las memorias de todos los que estuvieron envueltos en el evento de estudio', para evitar que la racionalización sobre el hecho, implique la pérdida de la experiencia, que de acuerdo con esta postura, solamente se puede recuperar mediante el testimonio de sobrevivientes".⁵⁸

La tercera tendencia que relaciona la Historia y la memoria, las entiende como conjugables en la lucha y acción políticas, e identifica esta tendencia en los trabajos que, como el de Elizabeth Jelin, entienden estos dos campos como complementarios en el análisis crítico y en las acciones políticas del presente. Frente a la complementariedad de estos dos campos de conocimiento, Paul Ricoeur⁵⁹ sostiene que no tienen una relación de subordinación, sino que en realidad expresan dos tipos diferentes de narrativas, la primera sería la de los testigos y la segunda la de los historiadores.

Esta misma idea es sostenida por el antropólogo francés Jöel Candau, para quien ambas, la Historia y la memoria, son representaciones del pasado y afirma que "si la historia apunta a aclarar lo mejor posible el pasado, la memoria busca, más bien instaurarlo, instauración inmanente al acto de memorización",⁶⁰ para poner un ejemplo preciso de cómo entiende Candau esta relación, conviene recordar su consideración de que la memoria modela el pasado, mientras que la Historia busca revelar esas formas y que ambas son complementarias, siendo lo ideal, que "no se le saque la memoria a la Historia".

En esta investigación se ha entendido a la memoria y la Historia como dos campos de estudio que se diferencian y se complementan entre sí, de esta forma, se reconoce que la memoria se encuentra fuertemente influenciada por las construcciones narrativas de la Historia, que llegan a

⁵⁸ Rodríguez Ávila, Sandra Patricia, "La memoria en [...]", *Op. Cit.*, p. 5.

⁵⁹ Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. México: Fondo de Cultura Económica. 2004.

⁶⁰ Candau, Jöel. *Op Cit.*, p. 56.

esta a través de la escuela, de los medios de comunicación y de los espacios cotidianos en los que se desenvuelven los actores sociales. Pero por otro lado, que la Historia también se nutre de la memoria, y no sólo a través de testimonios orales o las reconstrucciones museográficas, pues se recoge la definición de Le Goff, para quien el pasado es todo memoria, convertido en ciencia a través de la operación historiográfica, la cual como es sabido, se encarga de poner los documentos – en este caso, los de la memoria – aparte y convertirlos o no en monumentos que serán posteriormente nuevos referentes de la memoria social.⁶¹

La memoria complementa a la Historia, a través del análisis de los fenómenos o particularidades que no quedaron registradas y pueden indagarse a través de los testimonios, pero también del de aquellos hechos que podrían llamarse no-hechos, es decir planteamientos, proyectos o expectativas de los grupos sociales que no se concretaron en el pasado, pero que aun así representan un fuerte impacto en el recuerdo y en los lazos de cohesión e identidad, un ejemplo de esas frustraciones o proyectos trancos de las sociedades, es el programa político de Salvador Allende en Chile, que se vio bruscamente interrumpido por el golpe militar, lo que marcó un fuerte hito de memoria nacional, no sólo por la violencia de la dictadura sino precisamente por el proyecto que como sociedad algunos grupos se habían planteado y vieron frustrado.

Contemplar estos no-hechos es fundamental para acceder a una idea más compleja del pasado,⁶² y centrar la atención en los silencios históricos, Luisa Passerini afirma al respecto que, “en un sentido más amplio, podemos tomarlo como una invitación a escuchar culturas y pueblos que todavía no han sido escuchados lo suficientemente. Los estudios sobre la mujer, por ejemplo, han nacido de una sugerencia parecida, como también los

⁶¹ Le Goff, Jaques, *Op. Cit.*, p. 183.

⁶² En el siguiente artículo: Mate Ruperéz, Reyes, “Memoria e historia: dos lecturas del pasado”, en, *Letras libres*, Febrero de 2006, el autor hace alusión a esta necesidad, cubierta por la memoria, pero lo hace como una crítica a la Historia, argumentando que hay dos tipos de pasado, el que sobrevive en el presente, que se considera su heredero; y, el que desaparece de la historia, un pasado ausente al que identifica como el de “los vencidos”.

Subaltern Studies, por mencionar dos ejemplos importantes. En ambos casos, el esfuerzo ha supuesto condenar al silencio las tradicionales jerarquías del saber histórico y de sus objetos, para inaugurar nuevas maneras de escuchar”.⁶³

Algunas categorías de análisis

Para poder dar cuenta del proceso histórico de las luchas estudiantiles en Bogotá durante los años 1980-1991, y pretendiendo crear un entramado conceptual que apunte a guiar el transcurso de la investigación, se han seguido algunas relaciones categóricas, sugeridas algunas por el historiador Mauricio Archila en el texto *La historia al final del milenio*,⁶⁴ estas van a permitir definir las particularidades del proceso histórico en estudio, y se pueden sintetizar de la siguiente manera:

- Luchas o protestas sociales y movimiento sociales:

Archila señala que las luchas son acontecimientos puntuales del estallido de la protesta social, mientras los movimientos requieren una organización estable para ser considerados como tal. Esta distinción, permite, como ya se expuso, acogerse a lo largo de la investigación, a la categoría de luchas sociales, sin que esto implique la presencia de un movimiento social estructurado. Con lo cual se intenta aportar a los estudios recientes no sólo del sector estudiantil, sino de la protesta social en general en Colombia, en los que: “[...] hay problemas por la debilidad organizativa de los actores y su precaria autonomía con relación al Estado o a los actores armados. En consecuencia hemos optado por hacer seguimiento a una categoría más

⁶³ Passerini, Luisa, *Memoria y Utopía. La primacía de la intersubjetividad*, Valencia, Universitat de Valencia, 2006, p. 38.

⁶⁴ Archila Neira, Mauricio, “Historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia. Siglo XX”, en Tovar Zambrano, Bernardo, *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Vol. 1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1995, pp. 251-321.

aprehensible: las *protestas sociales*. Ellas constituyen el conjunto de acciones sociales colectivas que expresan intencionalmente demandas o presionan soluciones ante el Estado, las entidades privadas o los individuos. La gran distinción radica en lo puntual de estas acciones, mientras los movimientos sociales exigirían cierta permanencia en el tiempo. De ahí que una constante paradoja para los investigadores del caso colombiano es la persistencia de la protesta, a pesar de la aparente debilidad organizativa de los actores sociales”.⁶⁵

- Sociedad civil- movimientos sociales:

La dimensión de sociedad civil suele presentarse como una herramienta confusa en la que – de acuerdo con Archila – se pretende unificar a todos los sectores de la sociedad, “pobres y ricos, dominados y dominantes, para enfrentarlos a un Estado distante y etéreo, cuyos lazos con los grupos dominantes incluidos en esta curiosa alianza no están claros. En esta visión recortada se deja de lado el análisis de clase en la composición de la sociedad y se ocultan los conflictos que ella vive en su interior”,⁶⁶ por esta razón esta investigación no opone de manera estática y homogénea una sociedad civil “pura” contra un Estado per se, sino que por el contrario reconoce la existencia de la misma como una forma de acercarse al conocimiento de la sociedad, pero haciendo énfasis en su heterogeneidad y las relaciones de poder y diálogo que ocurren en la dualidad sociedad civil-Estado.

- Movimientos sociales- Estado:

Categoría en la que siguiendo nuevamente a Archila, sólo hay que señalar que los movimientos sociales no necesariamente quieren destruir al

⁶⁵ Archila Neira, Mauricio y Pardo, Mauricio (Editores), *Movimientos Sociales, estado y democracia*, Bogotá, CES-ICAHN, 2001. Pp. 18 y 19.

⁶⁶ Archila Neira, Mauricio, 1995, *Op, Cit.*, p.257.

Estado, su resistencia puede abarcar posibilidades como la oposición, la negociación y la concertación.

- Movimientos sociales y actores:

Se comprende aquí a los actores sociales como las expresiones concretas de la movilización, y se resalta la necesidad de incluir a los actores que no se movilizan, o a los que se comportan de manera más pasiva que otros, además de querer comprender no sólo a los líderes de las luchas, sino a las motivaciones y la heterogeneidad de expresiones que las compone.

- Movimientos sociales-identidad:

El estudio de los movimientos sociales trae implícito el ya largo debate sobre la identidad, íntimamente ligado al de conciencia tan estudiado por los materialistas históricos. La identidad es un factor clave para entender los movimientos sociales, existiendo diversas formas de identidad: de género, étnica, de clase, entre otras. La relevancia sobre la identidad le da un importante papel a la cultura y descentra la lectura exclusivamente económica que si bien sirve para explicar la conciencia de clase no necesariamente una de género o étnica, muchas veces leídas como esenciales. Ahora bien, es evidente que hay una profunda relación entre las identidades de clase, de género y étnicas que llevan a muchas de estas a manifestarse en movimientos sociales.

A través de la dimensión de la identidad se busca comprender las motivaciones de quienes se movilizan y cómo se generan lazos que a través de la memoria, de los mitos fundacionales, de los símbolos, los rituales y el papel de los líderes, se constituyen en cohesionadores que dan sentido a la unidad de un grupo y con él de un movimiento. Esta perspectiva no implica homogeneizar a los movimientos, por el contrario, busca abordar las diferentes identidades que se conjugan en lo colectivo y la manera como lo

hacen. Como lo señala Múnera, la identidad abre las puertas para comprender el paso de la acción individual a la acción colectiva”.⁶⁷

- Movimientos sociales- memoria:

La categoría de memoria es concebida como un vehículo de acceso a la identidad de lo individual y lo colectivo, y se la asume como ya se mencionó, como la interpretación y lectura del pasado de los actores sociales, y que se encuentra mediada por el marco cultural colectivo y por el contexto histórico en los que estos se encuentran inmersos, así como por las condiciones y expectativas del presente, al mismo tiempo se asume como central el papel de la memoria en la elaboración de una identidad colectiva y de un sentido de pertenencia que determinan el accionar de estos individuos a través del tiempo.

Estructura

Esta investigación está dividida en cuatro capítulos, el primero de ellos, se encuentra enfocado al estudio general del contexto social y político de Colombia durante los 11 años que abarca la investigación, a partir de lo cual se pretende comprender y ubicar el problema particular de las luchas estudiantiles dentro del contexto social político e institucional más amplio.

El segundo capítulo se encuentra dedicado al estudio de las características de la educación superior en Colombia y Bogotá, las leyes y reformas básicas que la influyeron y el tema de la autonomía, para en el tercer capítulo entrar directamente al asunto específico de las luchas estudiantiles, en relación con sus antecedentes, trayectorias, repertorios de protesta, actores, y demandas de manera que se pueda obtener una caracterización. Finalmente, el cuarto capítulo, de acuerdo con los objetivos

⁶⁷ Munera Ruíz, Leopoldo, 1993, *Op. Cit.*, p. 57.

planteados, se dedica al análisis de los relatos de la memoria estudiantil, con base en los testimonios recabados para esta investigación. En este capítulo se pretende mostrar la lectura realizada por los actores sociales del proceso de las luchas estudiantiles que se analiza en esta tesis, así como los principales referentes de memoria generacional.

Fuentes

Esta investigación se ha construido a partir de la metodología de la investigación histórica, en principio a partir de la lectura, análisis y contraste de la bibliografía pertinente para cada uno de los capítulos planteados y de la interrogación a fuentes de carácter primario como son las leyes promulgadas previamente y durante el periodo de estudio,⁶⁸ la prensa, específicamente los periódicos *Voz Proletaria*,⁶⁹ órgano de difusión del Partido Comunista, el diario nacional *El Tiempo*,⁷⁰ el cual es una publicación de contenido político y de actualidad y la revista especializada en temas de educación superior titulada *Diálogos Universitarios*.⁷¹

Otras fuentes primarias que han sido consultadas para la construcción de esta investigación son el archivo personal del profesor Gabriel Restrepo,⁷² y el fondo de la Oficina de Prensa Estudiantil ubicado en el Archivo Central e Histórico de la Universidad Nacional de Colombia.⁷³

También se ha hecho uso de las herramientas metodológicas de la historia oral como recurso para reconstruir la memoria de los actores

⁶⁸ Ministerio de Educación Nacional, *Decreto 1860 de 1994*, Diario Oficial No 41.473, del 5 de agosto de 1994, en http://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-172061_archivo_pdf_decreto1860_94.pdf
Ministerio de Educación Nacional, *Ley 9 de 1971*, septiembre 22 de 1971, en http://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-104787_archivo_pdf.pdf
Ministerio de Educación Nacional, “Ley 65 de 1963”, en Diario oficial Número 31270, 17 de enero de 1964.

Universidad Pedagógica Nacional, Consejo Directivo, *Acuerdo No. 18 del 2 de diciembre de 1980. Por el cual se adopta en Reglamento Estudiantil*.

⁶⁹ *Voz Proletaria*, Bogotá, 1980-1991.

⁷⁰ *El Tiempo*, Bogotá, 1980-1991.

⁷¹ Revista *Diálogos Universitarios*, Bogotá, Asociación Universitaria de Información, 1980, 1981, 1984.

⁷² Restrepo, Gabriel, *Archivo personal*, 1960-2011.

⁷³ *Fondo de la Oficina de Prensa Estudiantil*, Archivo Central e Histórico, Universidad Nacional de Colombia.

sociales, a través de entrevistas abiertas y semiestructuradas que dieron acceso a algunos de los relatos y referentes de memoria del periodo en cuestión. Esto permitió conocer las formas de articulación cotidiana y los debates internos de la organización y la vida estudiantil. Las entrevistas fueron realizadas a un total de nueve testigos, quienes en su juventud cursaron sus estudios universitarios en instituciones tanto públicas como privadas de Bogotá, concretamente las universidades Nacional, Pedagógica Nacional y de los Andes.

En la recolección de testimonios se buscó reflejar la diversidad de los actores de las luchas y la vida universitaria de la Bogotá de los años ochenta, no sólo por su procedencia universitaria, sino por su origen social, y su militancia y actividad durante el periodo, sin embargo es necesario aclarar que se trata en todo caso de una diversidad relativa y que los testimonios que han guiado este estudio representan tan solo una muestra, una parte de la compleja composición social, política y cultural que caracterizó a los sectores estudiantiles y a las luchas que estos se ejercieron durante los años 1980-1991.

Capítulo 1. “Colombia durante 1980 - 1991. Una mirada a través del contexto”

1.1. Introducción

Se ha considerado para el presente escrito, la necesidad de realizar un acercamiento al contexto político, económico y social a nivel nacional de la década de estudio, para poder dimensionar la complejidad de las dinámicas, los cambios y las coyunturas en las que se desarrollaron las luchas sociales de la época y dentro de ellas, concretamente la del sector estudiantil, y comprender así sus motivaciones, reivindicaciones, heterogeneidad y repertorios de protesta.

En este estudio, el periodo comprende la década de los ochenta hasta el año de 1991, bajo la consideración de que en este año se presentó el cierre de un periodo marcado por una fuerte crisis en las instituciones del Estado y en el pacto político y social del país, y la apertura de otro caracterizado por la búsqueda de salidas a esa crisis, por parte del Estado, con una relativa participación de sectores de la sociedad, por la inflexión económica que representó la vía libre hacia el neoliberalismo, y, por la inserción del grupo guerrillero M-19 a la vida civil, entre los factores más destacados.

En otro orden de factores, los años ochenta fueron el escenario de aparición de organización y luchas de carácter cívico que enarbolan una variedad de demandas y de inconformidades desligadas ya de los factores estrictamente gremiales, y que se enfocaron hacia las demandas ciudadanas y de derechos humanos, situación similar a lo que ocurrió con las luchas estudiantiles.

A continuación, se presentan algunas consideraciones económicas y políticas del periodo, en el que destacan los acuerdos de paz del Estado con las guerrillas, las estrategias del gobierno en materia económica y política, la presencia del paramilitarismo y el narcotráfico en la vida nacional; todo ello,

bajo la premisa de la existencia de una crisis estructural del país, que de alguna manera trata de ser enfrentada por el Estado, entre otras estrategias, a través de una salida normativa con la Asamblea Nacional Constituyente y la promulgación de la Constitución Política de 1991.

Durante las siguientes páginas se busca mostrar cuáles fueron los principales cambios políticos y económicos que determinaron las inconformidades sociales de los grupos que se movilizaron, para, posteriormente pasar a la caracterización concreta de las luchas y movilizaciones sociales de la década, con un énfasis particular en Bogotá.

1.2. Algunas consideraciones en torno a la Economía

La economía colombiana, llega a la década de los ochenta tras haber atravesado por un intento de industrialización, basada en la estrategia denominada *industrialización por substitución de importaciones*, y por la entrada en crisis de dicho modelo. Fue precisamente durante esta década que se asumió de manera abierta un nuevo modelo económico oficial por parte del Estado, inspirado en la ideología del neoliberalismo,⁷⁴ que ya había venido configurándose años atrás.

A este nuevo modelo, que entró en remplazo de la acumulación basada en la industrialización dirigida por el Estado se le conoce también como régimen de *financiarización*, en cuya instauración influyeron decisivamente las políticas de reforma del llamado Consenso de Washington. Una de las características que este nuevo modelo empezó a tener desde la década de los ochentas fue lo que el economista Jairo Estrada Álvarez

74 Para dar una idea de los orígenes e implicaciones que tiene este, el economista Salomón Kalmanovitz aporta una aproximación, al afirmar que en todo el mundo: “La misma crisis internacional, su intensidad y larga duración y los intentos fallidos por reactivar las economías, sentaron a los keynesianos en el banco de los acusados. La intervención estatal fue identificada por las derechas del mundo capitalista como la responsable del desbarajuste, que asumió ahora una forma peculiar: una combinación de estancamiento e inflación, denominada estanflación. Con Chicago a la cabeza, la derecha adujo que la expansión de la oferta monetaria mediante el crédito abundante y barato a los particulares y al Estado conducía necesariamente al alza del nivel de precios”, en: Kalmanovitz, Salomón, *Economía y Nación. Una breve historia de Colombia*, Bogotá, Siglo XXI, 1988, p. 450.

denomina la *Acumulación por desposesión*, es decir, la tendencia a la concentración de la riqueza y la propiedad y el acento en la desigualdad en diversos campos de la sociedad, entre ellos se puede mencionar la propiedad de la tierra y el ingreso social, de este último Estrada afirma que “la tendencia incremental a la organización de la educación, de la salud, de las pensiones, de la provisión de vivienda, del acceso a la cultura y el deporte, entre otros, de acuerdo con lógicas de mercado es un incontrovertible indicador en ese sentido. Ello no debe conducir al equívoco de la nostalgia por un Estado de bienestar que, en sentido estricto, nunca ha existido en nuestro país [...]”.⁷⁵ En cuanto al problema de la concentración de la tierra, la década de los ochenta fue sin lugar a dudas el periodo en el que se reprodujo uno de los más sanguinarios fenómenos de desposesión a través de la violencia que ha conocido la historia del país, este es el del paramilitarismo, el cual se presentará más adelante.

Ahora bien, para ubicar la situación económica del país en el periodo de estudio, conviene ir un poco más atrás y establecer algunas tendencias presentadas en el tiempo, siguiendo para ello al economista Guillermo Perry,⁷⁶ quien establece cuatro sub periodos que van hasta 1985, de la siguiente forma:

El primero de estos subperiodos comprende los años 1970-1974, durante los cuales se presentó un dinamismo en la actividad económica en particular de la industria, como muestra, el crecimiento del PIB de 6.1% y el de la industria del 9% (anuales). Esta tendencia se generó entre otros factores por el auge del comercio mundial y de la inversión pública y privada. Además contribuyeron, el crecimiento de la inversión y del gasto público, la inversión privada en la actividad constructora, y una amplia disponibilidad de crédito.

⁷⁵ Estrada Álvarez, Jairo, “Transformaciones del capitalismo en Colombia. Dinámicas de acumulación y nueva espacialidad”, en *Revista Espacio Crítico*, Bogotá, Espacio Crítico Centro de Estudios, No 12, Enero-Junio de 2010, p. 8.

⁷⁶ Perry Guillermo, “La economía colombiana, desde 1970 hasta nuestros días”, en *Nueva Historia de Colombia*, Bogotá, Editorial Planeta, 1989, Vol. V, pp. 189-212.

El segundo subperiodo señalado por Perry comprende solamente el año de 1975, en el cuál ocurrió una pausa moderada en el dinamismo que venía presentándose en los cuatro años anteriores, dicha pausa tuvo su origen en el impacto de la recesión internacional de 1974-1975, y en los efectos tanto de la reforma tributaria de 1974 como en las medidas adoptadas para frenar la inflación generada en el sub periodo anterior. Las cifras para ese año fueron de un crecimiento del PIB de 2.3% y de la industria el 1.2%.

El tercer subperiodo comprende los años 1976-1980, caracterizados por un crecimiento moderado, con cifras para la economía y la industria de 5.4% y 4.6% respectivamente. Finalmente, Perry ubica a los años 1981-1985 como el cuarto subperiodo en el cuál se destaca el deterioro del sector externo que produjo una recesión, agudizada por problemas de la oferta agrícola; el PIB creció tan sólo el 1.8% y la industria el 0.6%.

Se puede entonces observar una clara crisis en los primeros años del periodo de estudio, la cual estuvo acompañada por tendencias estructurales, como la escasez de alimentos, el problema del agro y el debilitamiento del proceso de industrialización. Efectivamente, a partir de 1975, se presentó una importante reducción en el crecimiento industrial y desde de 1980 un completo freno en el mismo. Así, Perry afirma que, “se advierte una ‘sobre-expansión’ en ramas como la textil, bebidas y tabaco, y una deficiencia relativa en las demás ramas industriales, especialmente notoria en la producción de maquinaria y equipo. Desafortunadamente, las ramas sobre-expandidas tienen un potencial de crecimiento muy precario, puesto que tanto la demanda interna como la internacional por ese tipo de productos de consumo final crece inevitablemente muy despacio y el proceso de sustitución de importaciones en ellas se había completado virtualmente desde finales de los sesenta [...] En otras palabras, la estructura industrial del país no evolucionó en la última década en correspondencia con la

dinámica relativa del comercio internacional, ni con la demanda interna, ni con las posibilidades de sustitución de importaciones”.⁷⁷

Sin embargo, es importante destacar que la crisis económica no fue tan drástica como la que sufrieron otros países de Latinoamérica durante la década de los ochenta, se trató más bien de ciclos de escaso crecimiento industrial y económico, acompañados por una fuerte crisis de violencia política y deslegitimación del Estado.

Pero la crisis en la industrialización, como ya se resaltó, no obedeció solamente a las variaciones propias de la economía, sino a un estructurado diseño de políticas económicas provenientes de organismos internacionales y adoptados por las autoridades económicas nacionales, mediante un proceso en el que tuvo un papel decisivo la formación de estudiantes colombianos en universidades estadounidenses como Chicago, MIT, Rice, Stanford y California y su posterior acogida en instituciones económicas públicas y privadas tales como Fedesarrollo, la Universidad de los Andes (de carácter privado y bastión de la formación de nuevos economistas), y el Banco de la República, entre otras.⁷⁸ El economista chileno Oscar Landerretche observaba en el año 1991 esta tendencia en los siguientes términos: “en años recientes se ha puesto de moda criticar radicalmente el proceso de sustitución de importaciones con base en el cual se desarrolló la industrialización latinoamericana y, en particular, la colombiana [...]”.⁷⁹ Por su parte, el también economista José Antonio Ocampo afirmaba en el año 1992 que, “los vientos neoliberales han llegado al país al mismo tiempo, con tanta o mayor fuerza que en otros países de la región”.⁸⁰

Si bien la ideología neoliberal se empezó a estructurar de manera clara durante los años ochenta y es presentada oficialmente después de

⁷⁷ *Ibid.*, p. 203.

⁷⁸ Este proceso es señalado por Jairo Estrada Álvarez y Salomón Kalmanovitz. Ver: Estrada Álvarez, Jairo, *Construcción del modelo neoliberal en Colombia 1970-2004*, Bogotá, Ediciones Aurora, 2004; y, Kalmanovitz, Salomón, *Economía y Nación. Una breve historia de Colombia*, Bogotá, Siglo XXI, 1988.

⁷⁹ Landerretche, Oscar, “Apertura económica, Estado nacional y soberanía: reflexiones sobre el caso colombiano para promover un debate”, en *Análisis Político*, Bogotá, IEPRI-Universidad Nacional de Colombia, No 10, mayo-agosto de 1990, p. 48.

⁸⁰ Ocampo José Antonio, Op. Cit., p.5.

1990, durante el gobierno de César Gaviria Trujillo (1990-1994), ya desde el gobierno de Misael Pastrana (1970-1974) se habían introducido reformas tendientes a la instalación de políticas neoliberales, destacando dentro de estas, la implementación de la financiación de la vivienda basada en las unidades de poder adquisitivo UPAC, que entró en una dramática crisis al final de la década de los noventa.

Posteriormente, durante el gobierno de Alfonso López Michelsen (1974-1978) se presentó – de acuerdo con Estrada Álvarez⁸¹ – un intento más consciente de establecer políticas neoliberales, lo que puede observarse concretamente en que el diseño de la política económica de su gobierno estuvo a cargo de Ronald Mackinnon de la Universidad de Stanford, abanderado de la escuela neoliberal. Así, “como resultado de tal política, se apreció una expansión del negocio financiero y, al finalizar la década de los setenta, un incremento de la especulación financiera que llevaría a la crisis del sector en los primeros años de la década de los ochenta”.⁸² Algunos intentos tempranos de este gobierno por reformar la legislación laboral, y de introducir el salario integral, así como la estrategia de promulgar la tesis del libre mercado, se vieron frustrados por el célebre Paro Cívico Nacional de 1977.⁸³

En esa misma tendencia, el siguiente gobierno, en cabeza de Julio César Turbay Ayala (1978-1982), continuó intentando introducir políticas de liberalización del comercio, concretamente el campo del comercio exterior. Sin embargo, este periodo como ya se señaló con Perry, comprende una crisis importante, pero por otro lado, representa un momento marcado por la represión estatal signada en la promulgación de lo que se denominó Estatuto de Seguridad, política gubernamental bajo la cual se buscaba controlar el orden público y la violencia política, que dio facultades de policía judicial a las

⁸¹ Estrada Álvarez, Jairo, “*Construcción del modelo...*”, pp. 66 y 67.

⁸² *Ibid.*, p. 66.

⁸³ Realizado el 14 de septiembre de 1977, y organizado por 252 asociaciones sindicales y no sindicales, en protesta ante el gobierno de Alfonso López Michelsen por las difíciles y costosas condiciones de vida, es definido por Estrada Álvarez como el más importante movimiento de protesta social del siglo XX en Colombia.

Fuerzas Militares, por lo que en la práctica representaba la posibilidad de violación a las libertades individuales y del debido proceso.

Aunque el gobierno de Belisario Betancur (1982-1986) fue percibido como de retroceso de la implantación de las políticas neoliberales y más asociado con las ya debilitadas políticas de la Cepal, Estrada Álvarez señala que esta percepción es equivocada, ya que en realidad la aplicación de las reformas tendientes a la neoliberalización de la economía no se frenaron desde finales de la década de los años setenta. Sin embargo, cabe mencionar que el Plan de la administración Betancur “Cambio con equidad”, fue el único que no presentó críticas a la sustitución de importaciones durante varias décadas. Así mismo, el gobierno de Virgilio Barco (1986-1990) desde el debate electoral “había puesto en evidencia su simpatía por la tesis y las políticas neoliberales”.⁸⁴ Finalmente, fue el gobierno de César Gaviria Trujillo (1990-1994) el que marcó un punto de inflexión en materia de política económica a nivel nacional, orientada resueltamente como neoliberal, y a partir del cual se presentaron intensivas reformas de flexibilización laboral,⁸⁵ y concesión a particulares de empresas públicas como las de telecomunicaciones,⁸⁶ entre muchas otras.

Ahora bien, es necesario señalar que la aplicación del modelo neoliberal fue un proceso independiente de la filiación partidista de los gobiernos en turno, ya que tuvo una continuidad durante gobiernos liberales – en su mayoría – y conservadores como el de Misael Pastrana y Belisario Betancur, por lo que puede afirmarse que se ha tratado de una política oficial del Estado colombiano, presentada como una estrategia de modernización y legitimada en la normatividad que tiene respaldo en el régimen democrático.

Las consecuencias de la implementación del modelo neoliberal han tenido sin lugar a dudas, un fuerte impacto en el modelo de la educación superior, sin que se pueda afirmar que reglamentaciones hechas por el

⁸⁴ Estrada Álvarez, Jairo, “*Construcción del modelo...*”, *Op. Cit.*, p. 70.

⁸⁵ Por ejemplo la ley 50 de 1990, que reformó el Código Sustantivo del Trabajo.

⁸⁶ Con base en la ley 72 de 1989.

Estado a partir de reformas como la 080 de 1980⁸⁷, identificadas por sectores estudiantiles como tendientes a la privatización, hayan tenido inmediatamente ese efecto, pero lo que si se puede afirmar y será materia del capítulo segundo de esta investigación, es cómo si bien la inversión del Estado colombiano en educación superior de carácter público creció durante las décadas del sesenta, setenta y ochenta, no lo hizo al mismo ritmo ni del crecimiento del sector ni de la demanda por ingresar al mismo, lo que implicó que a medida que el sector empezó a crecer, el Estado redujo cada vez más su presencia en éste, mientras que el sector privado la amplió.

No se puede culminar una aproximación a las circunstancias económicas de Colombia en el periodo de estudio sin mencionar el problema de la tierra, en lo referente a colonización de frontera agrícola y el problema del narcotráfico, en cuanto a lo que se puede destacar que las políticas de Reforma Agraria tímidamente impulsadas décadas atrás, fueron abiertamente frenadas desde los años ochenta, especialmente a partir del denominado *Pacto de Chicoral* del año 1972, en el que un amplio sector de las clases dominantes acordó poner freno a la reforma agraria, incluso acudiendo a la represión de los campesinos que continuaran con aspiraciones a ella.⁸⁸

La siguiente apreciación de Salomón Kalmanovitz, resume en términos generales lo que se ha venido presentando en este escrito:

“En la década de los ochentas, podemos afirmarlo, el país está bien lejos de la felicidad después de un siglo de desarrollo capitalista. Fieramente dividido entre los que lo tienen todo y los que nada tienen, entre campesinos sin tierra y terratenientes a los que les sobra, entre la patronal y los trabajadores, entre ejército y movimientos guerrilleros, entre Estado y oposición, el país se enfrenta, además, a una crisis económica profunda y protractada [...] Por último, los partidos tradicionales conservan su tradicional

⁸⁷ Ministerio de Educación Nacional, *Reforma Universitaria. Decreto No 080 de 1980 (Enero 22)*, Bogotá, 1980.

⁸⁸ Ver al respecto: Leal Buitrago, Francisco, *Estado y política en Colombia*, Bogotá, Siglo XXI, 1984, pp. 153 y 154.

hegemonía y continúan sin ofrecer soluciones: evaden, más bien, las realidades de la desigualdad en lo económico y de la exclusión de la población en lo político, la cual busca entonces avenidas de salida por fuera unos cauces legales que ignoran la magnitud de las corrientes sociales”.⁸⁹

1.3. Situación política

Hablar de la situación política de los años ochenta en Colombia hace necesario referirse a la violencia como fenómeno omnipresente en la gran mayoría de regiones del país, incluso en el ámbito urbano de las principales ciudades como Bogotá. Como hilo conductor de este relato se seguirán a los autores Medófilo Medina y Francisco Leal Buitrago, quienes entienden este periodo como la expresión de una *crisis* nacional. Respecto a las implicaciones de la categoría *crisis*, Medina aclara que si bien hace alusión al paso de un estado al otro o a una duración breve, se puede acudir a ella “para expresar la idea de un funcionamiento anómalo de la sociedad y del Estado durante un período relativamente prolongado”.⁹⁰

Así mismo, se ha partido de la consideración de que dicha crisis, puso en entre dicho la legitimidad de las instituciones y funciones del Estado, y la cohesión de la nación, que si bien, desde su constitución como tal había estado en la búsqueda de esa misma cohesión sin lograrlo por completo, fueron los años ochenta del siglo XX, uno de los momentos más críticos para el proyecto nacional, aunque es necesario aclarar que esta crisis no culminó con el cierre de este periodo, sino que continuó y varió sus alcances y características durante las décadas de los años noventa y dos mil, aun a pesar de que el país haya declarado un nuevo pacto político a través de la Constitución de 1991, con lo cual, sea cual sea la interpretación de los motivos y salidas del conflicto político y la crisis estructural del país, se hace

⁸⁹ Kalmanovitz, Salomón, *Op. Cit.*, pp. 521-522.

⁹⁰ Medina, Medófilo, “Dos décadas de crisis política en Colombia, 1977-1997”, en Arango, Luz Gabriela (Comp), *La crisis socio-política colombiana: un análisis no coyuntural de la coyuntura*, Bogotá, Universidad nacional de Colombia, 1997, p. 28.

evidente las profundas raíces que encarna y los pocos alcances que han tenido las estrategias de los sucesivos gobiernos en el poder para intentar darle salida, con estrategias que han ido desde el dialogo y los planes de superación de las desigualdades, hasta, más recientemente la vía resueltamente militar.

Una de las características que se hicieron evidentes en este periodo y que precisamente comprometieron la legitimidad del proyecto de nación, tienen que ver con la precariedad del monopolio del uso de la fuerza por parte de las instituciones que representantes del Estado y el control de éste sobre la totalidad del territorio, dentro de los criterios objetivos más tradicionales para la definición de una nación citados por Eric Hobsbawm,⁹¹ constituidos precisamente por la lengua, el territorio, la historia en común o una combinación de los mismos. Pero también se hacen evidentes, características que tienen que ver con criterios subjetivos, como el desconocimiento de la diversidad étnica y cultural que habitaba dentro del territorio. En cualquier caso, hay que recordar que para la determinación de si existe o no una nación, el mismo Hobsbawm recuerda que tanto las definiciones objetivas como las subjetivas son engañosas, y aunque no adopta ninguna noción apriorística de lo que es una nación, considera que como requisito mínimo, la unidad política y nacional debe ser congruente, y es esto precisamente lo que estuvo en juego durante el periodo de estudio: la congruencia entre los proyectos políticos y las necesidades del conjunto de la nación.

En este sentido, es importante considerar que las naciones son “fenómenos duales, contruidos desde arriba, pero que no pueden entenderse a menos que se analicen también desde abajo, esto es, en términos de los supuestos, las esperanzas, las necesidades, los anhelos y los intereses de las personas normales y corrientes, que no son necesariamente nacionales y menos todavía nacionalistas”.⁹² Esta es quizá

⁹¹ Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1998, pp. 1-43.

⁹² *Ibid.*, pp. 18 y 19.

una de las claves más importantes para comprender no sólo el porqué de la sistemática crisis de Colombia como proyecto nacional, sino el espacio que en esta se ha abierto para la expresión de sectores sociales que difieren del proyecto político engendrado desde arriba, a través de expresiones de organización social como la de los estudiantes.

Así, para ampliar algunos de los síntomas de la ya mencionada crisis, Medina confirma algunas de las funciones básicas del Estado que en Colombia se han visto distorsionadas: “la organización del poder de acuerdo con una división territorial interna y en relación con otros Estados; el monopolio de la coerción física con respecto a la población; el derecho soberano de promulgación de leyes y reglamentos de obligatorio cumplimiento para toda la sociedad; y el monopolio del recaudo de los tributos fiscales. Las anteriores funciones que cualquier definición elemental de Estado hace explícitas se han visto interferidas o distorsionadas de manera grave y continua en el tiempo. La inhibición para el ejercicio de esas funciones constituye una demostración de una crisis política prolongada”.⁹³

Puede hablarse además de la casi inexistencia de un lugar para la oposición política, pues fueron los viejos partidos los que tomaron en sus manos los proyectos de reformas. Un importante motivo para la ausencia de una oposición visible – en el ámbito legal – lo constituyó la llamada *guerra sucia*, ataque violento frontal contra todo lo que significara una oposición al sistema imperante, incluidos partidos políticos legales como la Unión Patriótica⁹⁴ y A Luchar, estudiantes, miembros de sindicatos, y organizaciones populares en general, a cargo de oscuras fuerzas en las que se entrecruzan el paramilitarismo, el narcotráfico y en algunas ocasiones las mismas fuerzas del Estado.

⁹³ Medina, Medófilo, “Dos décadas de crisis...” *Op. Cit.*, p. 31.

⁹⁴ Movimiento político surgido en el marco de las conversaciones de paz entre el gobierno de Belisario Betancur y las FARC, que pretendía estructurar los medios para que los guerrilleros desmovilizados pudieran integrarse a la vida política legal y que contó con la participación de numerosas organizaciones cívicas y políticas ligadas en su mayoría al Partido Comunista. La Unión Patriótica fue víctima de una sistemática persecución que desencadenó uno de los genocidios más desgarradores de la historia de Colombia, dando como resultado más de 3.000 víctimas entre asesinados y desaparecidos.

Leal Buitrago asigna una fuerte responsabilidad de la crisis al fenómeno del narcotráfico, y lo califica como *catalizador* de la misma, aun cuando no fuera su generador, y señala como un síntoma de la injerencia de éste en el conflicto colombiano los asesinatos del Ministro de Justicia Rodrigo Lara Bonilla en 1984 y del candidato a la Presidencia de la República Luis Carlos Galán en 1989, a manos de los carteles de la droga, que aunado a los conflictos con las guerrillas provocó una falta de confianza en el gobierno y contribuyó a su deslegitimación.

Una interesante concepción de esta crisis es resumida por la autora Ana María Bejarano,⁹⁵ al expresar que durante los años ochenta, ni el Estado, ni los partidos políticos, ni las guerrillas, podían representar los diversos intereses y conflictos del país, es decir, ninguna de estas fuerzas era lo suficientemente cohesionadora de la sociedad en su conjunto.

A lo largo de la década, los sucesivos gobiernos en el poder asumieron fundamentalmente dos tipos de estrategias para enfrentar la mencionada crisis, por un lado, el ataque frontal y la represión y por otro, el diálogo con los bandos armados que enfrentaba.⁹⁶ Aunque es necesario aclarar que los gobiernos que decidieron iniciar procesos de diálogo también implementaron la estrategia de la fuerza, y los combates entre fuerzas del orden y guerrillas no cesaron ni aun durante los procesos de diálogo.⁹⁷

La estrategia de represión tuvo su máxima expresión normativa durante esta década, en el Estatuto de Seguridad promulgado durante la administración de Julio César Turbay Ayala, mientras que la de diálogo fue asumida sobre todo durante el gobierno de Belisario Betancur, pero también en la del Presidente Virgilio Barco Vargas, el cual planteó el lema de “la

⁹⁵ Bejarano, Ana María, “Estrategias de paz y apertura democrática: un balance de las administraciones de Betancur y Barco” en Leal Buitrago, Francisco y Zamosc, León, *Al filo del caos. Crisis política en la Colombia de los años ochenta*. Bogotá. IEPRI-Tercer Mundo Editores, 1991, pp. 57-124.

⁹⁶ Concretamente se hace referencia a las guerrillas de filiación izquierdista, el país asistirá a una concertación con los grupos paramilitares sólo hasta el periodo del Presidente Álvaro Uribe Vélez (2002-2010), proceso que aun no concluye.

⁹⁷ Cabe recordar los episodios de la retoma del Palacio de Justicia el 6 y 7 de noviembre de 1985, en los que se asumió el uso de la fuerza, a pesar de haberse dado en el marco del gobierno de Belisario Betancur, el cual estableció continuos diálogos con varios grupos guerrilleros.

mano tendida y el pulso firme”, que implicaba la combinación de las dos estrategias. Sobre los proyectos de las dos primeras administraciones, Leal Buitrago afirma que “en efecto, el primero, el represivo del presidente Turbay, tuvo el respaldo de muchos sectores dominantes, de no pocos de las clases medias y de casi todo el bipartidismo, pero un heterogéneo rechazo popular. El segundo esfuerzo, el del diálogo y la retórica, tuvo un repudio casi unánime de las clases dominantes, no recibió el apoyo del bipartidismo y solamente se sostuvo, dando tumbos, gracias al espontáneo y variable soporte de sectores populares y clases medias carentes de una dirección política”.⁹⁸

Los diálogos propuestos por el gobierno Betancur no contaron con el respaldo de las clases dirigentes, así como tampoco de las fuerzas Militares que por el contrario se constituyeron en obstáculos a las treguas pactadas en numerosas ocasiones. Así mismo, tanto el Partido Liberal como el Conservador en el Congreso, se constituyeron también en efectivas barreras al desarrollo de los diálogos de paz, al ser estos representantes de intereses opuestos a la apertura democrática en el país.

El Plan Nacional de Rehabilitación fue el único programa de gran escala tendiente a dar salidas a la crisis social y de violencia, que implicaba cubrir las carencias básicas de las poblaciones que se encontraban en el centro del conflicto. Sin embargo, este proyecto sólo incluía las zonas de mayor expansión guerrillera, principalmente las ubicadas en la frontera agrícola del sur del país, dejando por fuera por un lado, a las zonas rurales del resto del territorio, y por otro, a los sectores urbanos enfrentados a numerosos problemas tales como la escases de vivienda, de educación y de servicios público en general.⁹⁹

Sin embargo, las estrategias asumidas propendieron por atacar los factores de crisis no solo superficialmente sino de manera separada, sin

⁹⁸ Leal Buitrago, Francisco, “Estructura y coyuntura de la crisis política”, en Leal Buitrago, Francisco y Zamosc, León, *Al filo del caos. Crisis política en la Colombia de los años ochenta*. Bogotá. IEPRI-Tercer Mundo Editores, 1991, p. 41.

⁹⁹ Ver: Torres Carrillo, Alfonso, *La ciudad en la sombra*, Bogotá, Cinep, 1997.

entender a la sociedad como un conjunto, así por ejemplo, los diálogos con los grupos armados al margen de la ley, difícilmente convocaban la participación de sectores de la sociedad civil, y en los casos en que esta se acercó, fue víctima de persecuciones dentro del marco de la “guerra sucia”. Pero más allá de eso, no se asumió una estrategia de concertación que incluyera a todos los sectores de la sociedad, sobre aspectos relacionados con la inclusión social y política, el conflicto armado, la distribución de la tierra y de la riqueza, lo cual es en sí mismo un indicador de la superficialidad con que se pretendía dar salidas a la crisis política y de legitimidad del pacto nacional, lo cual finalmente – sin desconocer sus falencias tanto a nivel de convocatoria como de alcances posteriores – sería asumido por la Asamblea Nacional Constituyente del año 1991, tras un proceso de continuas manifestaciones de inconformidad por parte de sectores sociales tanto al margen como fuera de la ley.

1.3.1. Guerrillas

La década de los ochenta es el escenario de varias iniciativas de procesos de paz entre los sucesivos gobiernos y las guerrillas que, por su parte, asumieron diversas posturas, más o menos comprometidas con los mismos y en muchos casos, aprovechando tales procesos como vitrinas de popularidad o – como en el caso de las FARC – como resguardo para la estrategia de guerra prolongada. Sin embargo, algunos grupos guerrilleros como el Ejército Popular de Liberación EPL y el Movimiento 19 de Abril M-19 finalmente firmaron ya en los primeros años de la década de los noventa, la entrega de armas y la vinculación a la vida política legal, a través del movimiento Esperanza Paz y Libertad, que formó parte de la Unión Patriótica y la Alianza Democrática M-19 respectivamente.

1.3.1.1. Las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia FARC y la Unión Patriótica

Las FARC son el grupo guerrillero de mayor antigüedad en la historia de Colombia, cuyos orígenes se remontan a las guerrillas partidistas de los años cuarenta y cincuenta del siglo XX, pero que se constituyó como tal en el año 1964, asumiendo la corriente comunista.

Durante los diálogos con Betancur, “este grupo, dotado de un mayor pragmatismo y apoyado en sus vínculos con un aparato partidista legal, el Partido Comunista, supo aprovechar muy hábilmente el pequeño resquicio abierto a raíz de los acuerdos de tregua firmados en marzo de 1984 y terminó convirtiéndose en el principal y único interlocutor del gobierno al finalizar el proceso. La Unión Patriótica, UP, movimiento creado para servir como mecanismo de integración de la guerrilla a la lucha política legal, constituyó el fenómeno político más novedoso del proceso electoral de 1986”.¹⁰⁰

Con el apoyo del Partido Comunista PC, cuyos vínculos con las FARC se prolongaron por varias décadas, surge entonces el movimiento Unión Patriótica, que vinculó a algunos guerrilleros desmovilizados, pero sobre todo a organizaciones sociales asociadas al PC que pretendían conformar un movimiento social y político cohesionado, y que, tras las constantes rupturas de la tregua por parte de las Fuerzas Armadas y la ruptura de los diálogos, fue objeto de la aniquilación física de la casi totalidad de sus miembros.

Puede afirmarse que durante el periodo de estudio, la guerrilla de las FARC vivió un proceso en el que mezcló la iniciativa de participar en procesos de paz con la estrategia de expansión tanto en territorialidad como en número de combatientes, además de haber ampliado sus fuentes de financiación a través del usufructo del narcotráfico en regiones productoras de coca, inicialmente a través del cobro de impuestos por su cultivo y

¹⁰⁰ Bejarano, Ana María, *Op. Cit.*, p. 67.

comercialización, para luego convertirse en comercializadores como tal. Esta suma de estrategias – que incluyeron la de la participación en la política legal con el Partido Comunista y posteriormente la Unión Patriótica, en lo que se ha denominado la “combinación de todas las formas de lucha” – sirvió a esta guerrilla para fortalecerse a largo plazo.

1.3.1.2. Ejército de Liberación Nacional ELN

El Ejército de Liberación Nacional ELN, ha abanderado durante sus 42 años de combate el discurso nacionalista de la liberación, y como centro del mismo, la defensa de la propiedad de los recursos naturales y el petróleo. Su conformación se remonta al denominado “Manifiesto de Simacota”, poblado del departamento de Santander, en el que se originó su primer núcleo en el año 1964. Antes del manifiesto que supuso la aparición pública del ELN, su creación se había dado ya en 1962 con la conformación en Cuba de la “Brigada pro-liberación José Antonio Galán”. Desde el principio, el ELN estuvo fuertemente influido por la Revolución Cubana, de hecho, en sus primeros años, los nuevos militantes, en su mayoría estudiantes, intelectuales y algunos campesinos, recibían instrucción política, ideológica y militar en Cuba.

La vinculación del sacerdote Camilo Torres Restrepo a las filas del ELN, le permitió a éste, granjearse un importante prestigio, “Camilo, conocido en el plano político legal y en la academia colombiana y latinoamericana, se va a convertir en un fuerte símbolo de la izquierda de la región”.¹⁰¹ Sin embargo, su muerte en combate representó una fuerte crisis al interior del movimiento.

En las décadas siguientes y tras la crisis generada en sus filas tras el ataque de Anorí (Antioquia) en 1973, en la que murieron 400 guerrilleros, incluidos Manuel y Antonio Vásquez Castaño. El movimiento guerrillero

¹⁰¹ Archila Neira, Mauricio, Cote, Jorge, Delgado, Álvaro, García, Martha Cecilia y otros. *Una historia inconclusa. Izquierdas políticas y sociales en Colombia*. Bogotá, CINEP-COLCIENCIAS, 2010, p. 219.

asumió una reestructuración en la que se sumaron – siguiendo la imagen de Camilo – simpatizantes de la Teología de la Liberación. El ELN no se vinculó a la tregua del gobierno de Belisario Betancur, argumentando que la pretensión de dichas negociaciones era mantener la democracia liberal-burguesa, y ello podía implicar la desaparición del movimiento, este periodo se prestó más bien para que se realizaran acercamientos a otros grupos guerrilleros que tampoco se sumaron a la tregua, como el MIR-Patria Libre y el Partido Revolucionario de los Trabajadores PRT. De la fusión de los primeros surgió la Unión Camilista Ejército de Liberación nacional UC-ELN, que llegó a su fin en 1991, cuando el MIR-Patria Libre después de muchos tropiezos conformó la Corriente de Renovación Socialista CRS como organización legal.

De esta manera, el ELN experimentó varios procesos durante el periodo, caracterizados en su mayoría por la búsqueda del establecimiento de alianzas con otros grupos guerrilleros, y la reflexión dentro de su propio movimiento, sobre las perspectivas políticas que implicaba permanecer en combate.

1.3.1.3. Movimiento 19 de Abril M-19

El Movimiento 19 de Abril M-19, surgió en la década de los setentas, caracterizado por una estrategia de comunicación de masas y golpes mediáticos, además de la utilización de un lenguaje popular, separado de las controversias de la izquierda; así, lejos de considerarlas como un obstáculo para la revolución, se valió de la idiosincrasia nacional y de la religiosidad popular. Destaca dentro de su conformación la presencia de liderazgos carismáticos como el de Jaime Bateman Cayón y Carlos Pizarro. El Eme, como popularmente se le conoce, surgió a finales de 1973, cuando un grupo de jóvenes, provenientes de la Alianza Nacional Popular (ANAPO), del grupo *Comuneros* y algunos ex integrantes de las FARC crearon un movimiento armado bajo las banderas de la ANAPO, de hecho, su nombre surgió de las

elecciones presidenciales del 19 de abril de 1970, en las que se presumió un fraude electoral en contra del candidato y ex dictador Gustavo Rojas Pinilla, líder de dicho grupo político, y que sirvieron como justificación a la oposición armada, bajo la premisa de la imposibilidad de utilizar las vías democráticas para transformar el país. Posteriormente, y tras el rechazo por parte de la ANAPO – organización política legal – de los vínculos con el grupo armado, el Eme rompió con cualquier vínculo oficial con aquella. Finalmente, el M-19 depuso las armas en el año 1990.

La pretensión del M-19 era representar al pueblo y no a un partido o tendencia política, así, en la VIII Conferencia realizada en 1982, Jaime Bateman expresaba, “que cuando digamos que las masas piensan de tal manera, sea realmente el sentimiento de millones de personas y no el sentir de un grupito de intelectuales trasnochados”.¹⁰²

El M-19 fue uno de los grupos guerrilleros con más visibilidad a lo largo periodo, no sólo por sus estrategias mediáticas, sino por haberse beneficiado políticamente de los diálogos de paz, que finalmente lo condujeron a conformar un grupo político de gran figuración en la vida política nacional. Sin embargo, durante este periodo, el grupo inicial sufrió importantes bajas dentro de sus principalmente líderes.

1.3.2. Bipartidismo

Los partidos tradicionales en Colombia, de acuerdo con Gary Hoskin “corresponden a los partidos de cuadro de Duverger [...] Las estructuras partidistas no están bien diferenciadas, no hay organizaciones permanentes en la base de las jerarquías. La actividad en este nivel tiende a alcanzar un pico durante las elecciones, para ceder posteriormente hasta los siguientes

¹⁰² Archila Neira, Mauricio, Cote, Jorge, Delgado, Álvaro, García, Martha Cecilia y otros, *Op. Cit.*, p. 250.

comicios”.¹⁰³ Una importante característica, de los partidos Liberal y Conservador, destacadas por este autor, es el personalismo en sus estructuras, es decir, la configuración de grupos alrededor de figuras como Gómez Hurtado, y Turbay Ayala, representativos de esta década. Por otro lado, es importante destacar que el centro de la actividad política estuvo y está aun en el Congreso, lo cual es una característica de las organizaciones tipo cuadro, además las estructuras de movilidad en su interior, sobre todo de las bases hacia arriba, es bastante limitada, por lo que puede afirmarse que los cargos altos de ambos partidos están en manos de las capas medias y altas de la sociedad.

Una expresión que es ya común en los tiempos que corren, el llamado *voto de opinión*, tuvo sus primeras manifestaciones durante la década de los ochenta, debido a la existencia de un creciente número de ciudadanos que empezaban a votar autónomamente, desapegados de alguna filiación partidista, este fenómeno puede asignarse al incremento de los niveles educativos de la población, en rechazo, por ejemplo al clientelismo bipartidista, lo cual va empezar a moldear la posibilidad de que grupos de ciudadanos, respaldados por los correspondientes avales estatales, hiciera parte de iniciativas como la Asamblea Nacional Constituyente, e incluso abrió la posibilidad de que los partidos de izquierda empezaran a tener representación en los cuerpos colegiados.

La presencia de una crisis estructural a nivel socio-político en el país durante la década de los años ochenta tiene también relación con la fuerza del bipartidismo durante el siglo XX, así, “la profunda crisis política de Colombia parte de las dificultades inherentes al tránsito de una democracia liberal basada en una participación política limitada”.¹⁰⁴ La relación de los gobiernos partidistas con los grupos sociales y concretamente con los movimientos sociales, generó durante este periodo un proceso de constante

¹⁰³ Hoskin, Gary, “Los partidos tradicionales ¿hasta dónde son responsables de la crisis?”, en Leal Buitrago, Francisco y Zamora, León, *Al filo del caos. Crisis política en la Colombia de los años ochenta*. Bogotá. IEPRI-Tercer Mundo Editores, 1991, p. 151.

¹⁰⁴ Hoskin, Gary, “Los partidos tradicionales [...]” *Op. Cit.*, p. 161.

tensión, con algunos acercamientos, pero siempre como dos polos distanciados, lo cual implicó necesariamente la construcción de un sistema político alejado de las bases, de las expresiones sociales y de la divergencia y sentir del total de la población.¹⁰⁵

Esta situación por supuesto no es exclusiva de la década de los ochenta, sino que se trata de un proceso construido durante décadas de división entre los grupos políticos y los grupos sociales, lo que ya durante los años treinta y cuarenta del siglo XX, Jorge Eliecer Gaitán denominaba la separación entre el *país político* y *país nacional*, es decir, entre las clases políticas y los grupos sociales que conformaban el resto de la nación, se expresaba al respecto de la siguiente manera:

“¿Cómo es posible que estos hombres cambien tan fácilmente de opinión?, por una razón terriblemente sencilla: porque el hombre no puede incendiarse sino por grandes ideales, porque el hombre no se aferra con empeño sino por sus ideas, por sus amores, por sus hogares, por su pedazo de tierra, por sus tumbas, por su escuela, por las cosas que dan sentido a la vida. Pero toda esa mecánica política no tiene tales raigambres en la entraña de la vida nacional. No tiene odios porque apenas conoce la degeneración del odio, la antipatía, no tiene amores, porque apenas conoce la degeneración del amor, los caprichos, por eso cambian votos, pareceres, decisiones [...] Los ciudadanos meditan en sus problemas económicos y sociales, en la educación de sus hijos, en el enriquecimiento de la agricultura...Y en el parangón desesperante, otro grupo que piensa en los votos más o en los votos menos, la firma del fulano o el escamoteo del

¹⁰⁵ Recuerdese el antecedente del Frente Nacional: Pacto político establecido por los partidos Conservador y Liberal, que consistía en la alternancia del poder exclusivamente entre uno y otro, con la misma cantidad de parlamentarios en el Congreso, este pacto estuvo vigente durante los años 1958-1974, y se organizó como estrategia para “reorganizar” al país tras la dictadura militar del General Gustavo Rojas Pinilla y bajo el argumento de disminuir los efectos de la violencia política partidista que en los años cincuenta impactó en el campo colombiano. Sin embargo, este pacto redujo sustancialmente los espacios de participación a grupos diferentes a los tradicionales partidos políticos.

zutano, la promesa de la embajada, el halago del contrato...En Colombia hay dos países: el país político, y el país nacional".¹⁰⁶

1.3.3. Paramilitarismo

Siguiendo a Medófilo Medina,¹⁰⁷ a fines de los años sesenta eran dos los actores armados en conflicto, la Fuerza Pública y unas guerrillas con una baja potencialidad, sin embargo, desde 1968 la Ley 48 reglamentó la formación de grupos civiles controlados por las Fuerzas Armadas, es quizá esta la primera fecha en que se tiene conocimiento del fenómeno del paramilitarismo legalizado en el país. Esto facilitó que los grupos ganaderos y terratenientes que crearon las primeras autodefensas contemporáneas a finales de los años ochenta, se acogieran a esta ley. Medina observa al respecto que "el sistema político mismo ha instituido dispositivos muy poderosos para socavar su legitimidad".¹⁰⁸

Durante los años ochenta, el paramilitarismo gozaba de plena aceptación en los círculos oficiales, y hay que recordar una vez más, que en muchas ocasiones actuaron bajo el mando o en asociación con las Fuerzas Militares. La principal causa del origen del paramilitarismo de los años setenta y ochenta que se ha expuesto, tanto en los argumentos de sus patrocinadores como en los análisis que se han hecho del mismo, tiene que ver con la asociación que las Fuerzas Armadas y algunos grupos de terratenientes realizaron con estos grupos armados para enfrentarse a las extorciones de las guerrillas. Sin embargo, una explicación más detallada mostraría que el papel del narcotráfico y el problema de la apropiación de la tierra están en el fondo de estas oscuras alianzas, lo cual explicaría por qué durante tantos años no se les combatió a pesar de las masacres,

¹⁰⁶ Gaitán, Jorge Eliecer, "Discurso de apertura de campaña 'Por la restauración moral y democrática', en Córdoba José María, *Jorge Eliécer Gaitán tribuno popular de Colombia*, Bogotá, ED. Temis, 1970, p. 30.

¹⁰⁷ Medina, Medófilo, "Dos décadas de crisis...", *Op. Cit.*, pp. 39.

¹⁰⁸ *Idem.*

desapariciones, asesinatos y secuestros, y sus consecuentes denuncias por parte de la sociedad civil, en la medida en que estos ejércitos privados asociados con el narcotráfico permitían la entrada de capitales ilegales a los círculos legales.

Así, las autodefensas se constituyeron como un cuerpo militar de trascendencia cuando los grupos de terratenientes se inmiscuyeron con el narcotráfico, a mediados de la década de los ochenta, y fueron actuando como auxiliares del Estado en la lucha contra la subversión, y aun contra cualquier manifestación de movimiento social y de defensa de los derechos humanos, “con una dirección más o menos centralizada se organizaron asesinatos colectivos de campesinos supuestamente auxiliares de las guerrillas, de líderes sindicales, de dirigentes populares y de miembros de grupos de defensa de derechos humanos”.¹⁰⁹

La frontera agrícola del Magdalena Medio fue el área escogida para establecer el centro de operaciones de la ya mencionada “guerra sucia”, para expandirse durante los años ochenta, noventa y la primera década del 2000 por amplias regiones del territorio nacional, muchas de ellas como producto de una disputa con las guerrillas, tras el monopolio de la siembra y comercio de la coca.

El paramilitarismo es uno de los fenómenos más polémicos y sangrientos del periodo de estudio, en el cuál de hecho aparecen como un actor más e ingrediente aportado por las derechas terratenientes al conflicto armado.

1.3.4. Narcotráfico

En este sentido, un factor a tener en cuenta en el análisis del contexto político, social, económico y del disfuncionamiento de las instituciones en Colombia durante los años ochenta, es indudablemente el de la presencia

¹⁰⁹ Leal Buitrago, Francisco, *Op. Cit.*, p. 47. Para un relato ilustrativo ver: Abad Faciolince, Héctor, *El olvido que seremos*, Bogotá, Editorial Planeta, 2009.

del narcotráfico, el cual, como afirma José Antonio Ocampo, “[no solo] se ha inmiscuido en la dinámica de las fronteras agrarias, sino que ha llevado el conflicto a zonas rurales relativamente pacíficas hasta hace pocos años y, particularmente, ha generado fenómenos de violencia en zonas urbanas. Estas últimas han estado asociadas no sólo a las guerras intestinas características de este tipo de negocios ilegales, sino, además, a la explotación de la violencia reprimida de sectores marginales de las ciudades, que han venido a conformar sus cuadros de sicarios. Como la violencia del narcotráfico se ha dirigido en forma casi continua hacia los jueces, y en forma más esporádica hacia los políticos, ha tenido efectos devastadores, especialmente sobre el sistema judicial. Todos estos efectos superan con creces los quizá exagerados cálculos económicos de la dimensión de esta actividad ilícita”.¹¹⁰

Autores como Hermes Tovar y Belen Boville Luca de Tena¹¹¹ afirman que la persecución del tráfico de drogas en los países productores, iniciada desde los últimos años de la década de los ochenta tiene que ver con una nueva ideología que entró a remplazar la del enemigo externo representada en la guerra fría. Boville afirma al respecto que, “el actual narcotráfico es consecuencia de la iniciativa política y militar que en tiempos de Reagan vino a sustituir la extinta lucha contra el comunismo por una nueva lucha, la lucha contra las drogas”.¹¹² La presencia del narcotráfico vino entonces durante este periodo, a nutrir y complejizar, la ya de por sí complicada violencia política de los años ochenta.

1.4. Crisis, Constituyente y Constitución de 1991

El complejo escenario de crisis vivido en Colombia durante la década de estudio, originó diversas iniciativas para su posible solución, algunas de ellas

¹¹⁰ Ocampo José Antonio, *Op. Cit.*, p. 11.

¹¹¹ Boville Luca de Tena, Belén, *La guerra de la cocaína*, Madrid, Editorial debate, 2000.

¹¹² *Ibid.*, p 191.

como ya vimos, tuvieron que ver con la represión militar y con el establecimiento de políticas de diálogo con las guerrillas de izquierda y de planes que pretendían contrarrestar las desigualdades económicas y de infraestructura a nivel regional. Sin embargo, este tipo de recursos se mostraron insuficientes frente a la deslegitimación del Estado, la desconfianza en el mismo, y el sentimiento de exclusión política – profundizada durante el Frente nacional –, social y económica de amplias capas de la población, esta es la principal explicación de la convocatoria a una constituyente en primario, que diera nuevas herramientas a la conducción de la nación a través de su principal reglamentación que es la Constitución Política, esta convocatoria, realizada por el gobierno Barco y concretada durante la administración Gaviria, fue presionada por los movimientos guerrilleros ya desde los procesos de paz del gobierno Barco.

En este proceso, si bien más abierto a la participación de diversos sectores políticos y sociales que la tradicional concepción bipartidista, tan sólo acogió a una de las guerrillas, al desmovilizado M-19, al Partido Liberal, el Conservador y algunos sectores indígenas y afrocolombianos, por lo que se puede afirmar que aun a pesar del esfuerzo que significó, no se concibió desde sus orígenes como una iniciativa lo suficientemente cohesionadora.

Los cimientos de la Constituyente y la Constitución de 1991, que concibieron un país más participativo, diverso y heterogéneo, han ido mostrando su falta de herramientas para llevar a cabo efectivas reformas y transformaciones sociales, un ejemplo de esto es la contradicción entre la Constitución y el Plan de Desarrollo del gobierno Gaviria – de tendencia neoliberal –, que entrañaban dos concepciones diferentes del Estado, como lo afirma José Antonio Ocampo, “Cualquiera que sea la lectura de la nueva Constitución, no queda la menor duda [...] que el fruto de los consensos en la Asamblea fue la de ampliar las esferas de la intervención del Estado, aunque con espíritu moderno: permitiendo una participación privada en sectores tradicionalmente reservados al sector público, facilitando su operación y forzando al sector público a ser eficiente y competir, cuando ello

sea posible- El Plan de Desarrollo se esfuerza por el contrario, en delimitar las áreas del Estado”.¹¹³

Son muchas las críticas que se han hecho a la Constitución de 1991 desde su promulgación, pero quizá una de las más polémicas es la realizada por Carolina Jiménez Martín, al presentarla como un deliberado proceso de encubrimiento del modelo económico neoliberal y de la reproducción de la ideología de la democracia liberal bajo la legitimidad de la democracia representativa. Pues, “se asimila la democracia a un mecanismo del mercado, donde los votantes son consumidores y los políticos son los empresarios. Así, la democracia se constituye en el mecanismo para elegir y autorizar a los gobiernos, a través de una competencia entre dos o más grupos autoelegidos”.¹¹⁴

La autora presenta a los movimientos sociales - como el estudiantil – que presionaron e impulsaron la convocatoria a una Asamblea Constituyente, como simples instrumentos de los que se valieron las elites liberales para legitimar y reglamente su ideología. Conviene analizar con detenimiento las afirmaciones de Jiménez Martín pues claramente es esta una reforma que los grupos dominantes se adjudicaron y en ciertos momentos dirigieron, pero este reconocimiento no debe implicar necesariamente que se desconozca el papel de los movimientos ciudadanos y de la participación estudiantil, dentro del complejo panorama de los años ochenta en Colombia, y su presencia en una iniciativa como la de la Constituyente.

1.5. Movilización social urbana en Colombia 1980-1991

Durante el periodo de estudio, la movilización social – que procedía de un periodo de particular agitación en la década de los setenta, dentro de la que destaca el paro cívico de 1977 – si bien siguió siendo importante la presencia

¹¹³ Ocampo José Antonio, *Op. Cit.*, p. 13.

¹¹⁴ Jiménez Martín, Carolina, “La carta constitucional de 1991 como nuevo mito fundacional”, en *Revista Espacio Crítico*, Bogotá, Espacio Crítico Centro de Estudios, No 03, Julio-diciembre de 2005, p. 24.

de los tradicionales actores sociales, como los sindicatos y los campesinos, entraron en escena otros sectores de la población, con acciones de tipo cívico, es decir, que propendían por una serie de demandas relacionadas entre otros aspectos, con el ejercicio de la ciudadanía. Los analistas han coincidido en denominar a estos actores como “cívicos”, categoría que puede definirse de la siguiente manera “lo cívico ha servido para definir las acciones colectivas y contestatarias de comunidades urbanas y rurales, que no pueden ser reducidas a las prácticas sociales de un sector determinado por su posición estructural”.¹¹⁵

Los autores hacen alusión a este como el abanderado de las luchas de pobladores urbanos, que apelan a un sentimiento de pertenencia territorial, pero más que a un territorio geográfico, a un espacio de significados, dentro de los cuales sus principales demandas suelen tener que ver con los servicios públicos, pero también con los derechos ciudadanos. Otros autores hacen alusión directa a las luchas urbanas o ciudadanas, dentro de las que también caben las protestas con fines políticos, pero que al presentarse en el espacio urbano y por actores sociales no definidos, entran a formar parte de esta categoría, este apartado se acogere a la segunda tendencia.

Este fenómeno no es nuevo en la historia de Colombia y si bien ha estado asociado a las grandes ciudades, debe resaltarse que se ha presentado también en ciudades intermedias y pequeñas.

Durante el siglo XX se presentaron varias importantes protestas de este corte, dentro de las que se pueden contar las jornadas de protesta de artesanos y estudiantes contra los tratados Cortés-Root y Cortés-Aroseman que en 1909 ayudaron a derrocar al gobierno de Rafael Reyes. Otra de las manifestaciones de gran impacto fueron las realizadas en Bogotá contra denominada “Rosca” en 1929, con una importante participación estudiantil y

¹¹⁵ Múnera, Leopoldo, *Rupturas y continuidades: poder y movimiento popular en Colombia, 1968-1988*. Bogotá, Universidad Nacional-Iepri-Cerec, 1998, p. 406.

que terminaron debilitando la hegemonía del Partido Conservador en el gobierno.

Otro episodio de mayores y mucho más violentas dimensiones, fueron los acontecimientos del 9 de abril de 1948, tras el asesinato del líder político liberal Jorge Eliecer Gaitán y que “representó la explosión popular urbana de mayor trascendencia política en el presente siglo”.¹¹⁶ Vale la pena mencionar las protestas de 1957 que condujeron a la caída de Gustavo Rojas Pinilla, en las que como se verá en el tercer capítulo tuvieron un papel trascendental los estudiantes, y desde luego el gran hito que representó el Paro Cívico Nacional de 1977 por haberse presentado como una manifestación unificada y de grandes dimensiones desde las bases sociales, no solo desde los sindicatos sino también desde organizaciones populares, además de que a partir de las expectativas que se generaron a partir de este, tuvo una marcada influencia en la generación estudiantil del periodo de estudio.

Durante los años ochenta, este tipo de expresiones de lucha, pueden relacionarse, por un lado, con un posicionamiento de independencia frente al bipartidismo, y por otro como una defensa frente a la violencia, al distanciarse de los actores en conflicto. En términos generales, lo que estos actores representan es la necesidad de establecer un tipo particular de comunicación con un Estado en crisis y con un alto grado de ilegitimidad, para poder canalizar sus reivindicaciones e inquietudes, apelando a “tratar de construir con su praxis un tipo diferente de ciudadanía”.¹¹⁷

El tema de la protección a la vida, a la integridad personal y al medio ambiente, se fueron constituyendo cada vez más, durante nuestro periodo, como factores de reivindicación de los actores cívicos. Lo que estaba ocurriendo era un fortalecimiento de la sociedad civil, en el que convergía no sólo su expresión de protesta, sino también su relación con el Estado, como lo cita Archila “[...] los proceso de apertura democrática de los ochenta, otorgaron espacios de participación que presagiaban nuevas formas de

¹¹⁶ Múnera, Leopoldo, *Op. Cit.*, p. 404.

¹¹⁷ Múnera, Leopoldo, *Op. Cit.*, P. 409.

relación. Como nos lo recordaba la dirigente afrocolombiana [...] ‘La ley abre posibilidades pero nada se logra sin movilización’”.¹¹⁸

Es en esta dirección que en esta tesis se pretende analizar el significado de las protestas estudiantiles de los años de 1980 a 1991 y su desenvolvimiento, posturas y propuestas en el escenario nacional que ha sido descrito en este capítulo.

¹¹⁸ Archila Neira, Mauricio. *Idas y venidas Vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia 1958 – 1990*. Bogotá: ICANH-CINEP. 2005, p. 372.

Capítulo 2. “Educación superior en Colombia y Bogotá 1980-1991”

2.1. Educación superior en Latinoamérica, Colombia y en Bogotá durante el período

Para abordar el problema de las luchas estudiantiles¹¹⁹ universitarias en Bogotá durante el periodo de estudio, es necesario en primer término reconocer las características, dimensiones y alcances de la educación superior a nivel nacional y local, para comprender el espacio social, legal e institucional en el que se desarrolla. En este capítulo se tocan tres temas fundamentales: en primer lugar la ampliación del sistema educación superior en términos cuantitativos, y el peso de la universidad pública y la privada en el mismo, en segundo lugar la política de reformas de los gobiernos nacionales de los años ochenta, en el marco de las reformas latinoamericanas; y el tema de la autonomía como parte de la política educativa nacional.

Se pretende problematizar el tema del crecimiento del sistema educativo bajo la lógica de que tanto en Latinoamérica como en Colombia y por supuesto en Bogotá, se presentó una fuerte demanda del sistema de educación superior desde la segunda mitad del siglo XX, por razones del crecimiento de la población en edad universitaria, el cual fue enfrentado por el Estado impulsando el crecimiento sobre todo del aumento de la universidad privada y en menor medida de la pública.

En cuanto a la reforma del sistema de educación superior, que en Colombia se tradujo en el Decreto 080 de 1980, se pretende mostrar cómo a pesar de las fuertes oposiciones por parte de los sectores estudiantiles, su

¹¹⁹ Acudimos aquí a la definición aportada en la introducción de esta investigación que trata sobre la categoría luchas sociales-movimientos sociales. Así, como ya se expresó: “Archila señala que las luchas son acontecimientos puntuales del estallido de la protesta social, mientras los movimientos requieren una organización estable para ser considerados como tal”. De esta forma, haremos referencia a la presencia de expresiones de protesta, descontento, organización y manifestación por parte de los estudiantes universitarios utilizando el término de luchas o protestas estudiantiles.

principal pretensión fue poner en orden un sistema de educación que había venido creciendo de manera desordenada y sin vigilancia alguna, y cómo la política estatal de impulso a la universidad privada se salió de cauce, y por tanto ésta ley fue una manera de meter en cintura a las instituciones de reciente creación, pues de eso dependía el tema de la calidad. Sin embargo, la nueva normatividad no planteaba suficientes estrategias para convertir al sistema de educación superior colombiano, en un sistema competitivo a nivel internacional, que aportara al crecimiento del país, ni definía sus parámetros, sus alcances ni sus proyecciones.

Frente al tema de la autonomía como política educativa, se afirma la ausencia de tal elemento en la universidad colombiana a lo largo del siglo XX, por falta de un sustento constitucional que la resguardara y más allá de ello, de una voluntad política de los gobiernos nacionales, lo cual se evidencia en primera instancia en la normatividad y en la dependencia de las universidades públicas respecto al Estado.

En un primer momento se presenta una breve contextualización en el escenario latinoamericano, para posteriormente centrarse en algunos de los principales problemas de la educación superior en Colombia y en Bogotá. Se realiza un análisis de datos cuantitativos recolectados de algunas fuentes bibliográficas,¹²⁰ y del Departamento Administrativo Nacional de Estadística DANE, con el propósito de constatar tanto el crecimiento de la demanda educativa como de las universidades que cubren sólo algunas regiones del país.¹²¹ Finalmente, se presenta un recuento histórico de la categoría de autonomía en Colombia y un análisis de la normatividad de la política educativa durante el periodo de estudio.

¹²⁰ Alzate de, Martha, "Tipología del Estudiante universitario en Bogotá", en Revista *Mundo Universitario*, Bogotá, Asociación Colombiana de Universidades – Ascun, 1981; Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *La educación superior: tendencias y políticas estatales*, Bogotá, IEPRI, 1992; Kent, Rollin (Comp.), *Los temas críticos de la educación superior en América Latina en los años noventa*, México, Flacso-Universidad Autónoma de Aguascalientes-FCE, 2002.

¹²¹ Departamento Administrativo Nacional de Estadística, *XV Censo Nacional de Población y Cuarto de Vivienda*, acceso virtual: http://www.dane.gov.co/daneweb_V09/index.php?option=com_wrapper&view=wrapper&Itemid=156

Debe resaltarse que para el presente texto, se ha asumido a la educación superior como el conjunto de instituciones que ofrecen programas académicos posteriores a la educación secundaria, no solamente los que conducen a títulos universitarios, recogiendo con ello las definiciones consignadas en la Reforma de la Educación Post Secundaria del gobierno nacional del año 1980,¹²² que contemplaba cuatro tipos de modalidades educativas: formación intermedia profesional; formación tecnológica; formación universitaria; y, formación avanzada y de postgrado, las cuales se tienen en cuenta a la hora de contabilizar las instituciones, los programas académicos y la matrícula atendida en ellos, así como de abordar el universo de población que concentra el análisis.

2.1.1. Breve contexto latinoamericano

La educación superior en la década de los ochenta en Colombia no puede aislarse de los procesos sociales, demográficos y de políticas educativas ocurridas en el contexto latinoamericano, que guarda rasgos comunes entre los diferentes países, pero también especificidades que hacen único cada fenómeno nacional.

Los años ochenta reflejan una complejidad generada por fenómenos iniciados por lo menos en la década de los cincuenta, como el crecimiento demográfico, la urbanización, la consolidación de una nueva clase media urbana y el ingreso progresivo de la mujer al sistema educativo, entre otros, ocurridos en las décadas anteriores en todo el continente, pero que como señalan Puyana y Serrano “en esa semejanza de orígenes, procesos y situaciones históricas se comprende mejor lo específico: la urbanización argentina por ejemplo, producto de procesos de inmigración únicos en Latinoamérica, hizo que la expansión de las clases medias se anticipara notoriamente a la de los otros países, con consecuencias inmediatas y

¹²² Ministerio de Educación Nacional, *Reforma Universitaria [...] Op. Cit.*, p. 12.

específicas en la expansión universitaria; así mismo, el proceso de laicización del Estado a comienzos de siglo y la ruptura final con las tradiciones educativas coloniales, muy radical en México y bastante parcial en Colombia, contribuyó a que la consolidación de la educación y de la universidad pública fuera muy diferente en los dos países”.¹²³

De la expansión de la población surgieron fenómenos ligados a la educación superior, tales como su crecimiento en términos de matrícula y de número de instituciones, y la diversificación del carácter de las mismas, entre públicas y privadas, en unos países más que en otros, dependiendo del nivel de inversión e intervención por parte del Estado.

Así por ejemplo, la diversificación del sistema entre universidades privadas y públicas fue bastante marcada en Brasil desde principios de siglo, mientras que en Argentina fue casi nulo hasta la adopción de las políticas neoliberales posteriores a la dictadura. Así por ejemplo, en la década de los cincuenta, en Argentina existían 6 universidades públicas nacionales y una obrera (también pública), mientras que en Brasil había casi 20 universidades, de las cuales 8 eran privadas y las públicas dependían de los estados locales, es decir el Estado Nacional no era el encargado directo de tales instituciones.¹²⁴

En Colombia ocurría algo muy similar a Brasil, pues para 1950 existían 23 instituciones en total, 16 oficiales y 7 privadas,¹²⁵ y aunque algunas de las oficiales eran regionales por lo que estaban a cargo de los departamentos, esto no quiere decir que no dependieran directamente del Estado central, ya que hasta la Constitución de 1991, Colombia fue un país centralizado financieramente hablando, de esta manera, a mediados del siglo XX existía en Colombia un sistema de educación superior relativamente diversificado,

¹²³ Puyana, Aura María y Serrano, Mariana, *Reforma o inercia en la universidad Latinoamericana*, Bogotá, Tercer Mundo Editores/Iepri. 2000, p. X.

¹²⁴ Buchbinder, Pablo, “Los sistemas universitarios de Argentina y Brasil: una perspectiva histórica y comparada de su evolución desde mediados del siglo XX”, en Buchbinder, Pablo, Califa, Juan y Millán, Mariano, *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino (1943-1973)*, Buenos Aires, Final Abierto, 2010, p. 10.

¹²⁵ Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *La educación superior: tendencias y políticas estatales*, Bogotá, IEPRI, 1992. Cuadro I.1, p. 89.

pues ya contaba con presencia de oferta privada, aunque aún la estatal era superior, tendencia que se iría reduciendo en las décadas siguientes como se verá más adelante. El caso de Argentina es bastante singular si se tiene en cuenta que a principios del siglo XX, no existían universidades privadas, a diferencia de la mayoría de países latinoamericanos que contaban con por lo menos una universidad privada de carácter confesional desde la Colonia.

A partir de 1945 se presentó un despegue en los índices de matrícula en todo Latinoamérica, en el caso colombiano con más fuerza a partir de 1950, de hecho en Argentina se dio un fenómeno de masificación debido a las políticas peronistas que quitaron algunas barreras para la entrada a la universidad, como la supresión de aranceles e incluso de los exámenes de admisión.

Las cifras sin embargo son bastante disimiles de un país a otro, mientras que en Argentina la cifra de estudiantes universitarios pasó de 47.400 en 1945 a casi 160.000 en 1960, en Colombia las cifras para los mismos años fueron de 4.730 a 23.013 respectivamente.¹²⁶ En ambos países se presentó un incremento significativo en la matrícula, pero las cifras del país austral son muy superiores a las de Colombia, a pesar de que contaba con menos instituciones, lo que expresa que estas tenían un tamaño mucho mayor a las de Colombia. Ahora bien, la representatividad de la cobertura de matrícula en ambos casos es muy baja, así, los anteriores datos equivalen a que en Argentina, de la población total sólo se inscribía a la educación superior el 0.29% en 1945 y el 0.79% en 1960, mientras que en Colombia, para el año 1960 lo hacía el 0.14% de la población.¹²⁷

Lo que puede diferenciar de manera marcada a Colombia de países como Argentina y Brasil, es que a pesar de los proyectos de un sector de la clase política, no se consiguió articular a la investigación científica de nivel superior como un factor de la política de Estado para impulsar el modelo de

¹²⁶ Buchbinder, Pablo, *Op. Cit.*, p. 15; y Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.*, p. 90.

¹²⁷ Datos de población extraídos de: http://www.dane.gov.co/index.php?option=com_content&view=article&id=437&Itemid=162 y <http://www.censo2010.indec.gov.ar/>

crecimiento económico, sobre todo después de la posguerra, esto se evidencia por ejemplo en que la institución encargada de la investigación en Argentina CONICET fue creada en el año 1958, y siguió haciendo presencia durante la dictadura, aunque alejada de la Universidad,¹²⁸ mientras que en Colombia una institución semejante, COLCIENCIAS fue legalizada hasta los años 1990-1991. Se puede apreciar entonces en Colombia el funcionamiento de un sistema de educación superior que se abre paso de manera más tardía y en menor escala que en el resto de la región, lo cual puede deberse a la incapacidad del Estado y sus élites políticas de asumir satisfactoriamente las principales tareas de bienestar social, dentro de las cuales se encuentra la educación, pero también de una lectura miope de las potencialidades de generar y solventar un proyecto educativo que concordara con un proyecto económico y de identidad nacional.

Ahora bien, otra de las razones para este rezago puede encontrarse en las condiciones generales del país en contraste con otros países de la región, las cuales reflejan un escenario mucho más rural, con un escaso proyecto industrializador y que ya presenciaba importantes fenómenos de violencia en el campo asociadas a la política bipartidista y al problema de la tierra, lo que sin lugar a dudas debió tener incidencia en la capacidad económica y de planeación en relación con la constitución de un sólido sistema educativo.

La educación superior en la historia latinoamericana ha sido analizada por algunos autores desde las diferentes reformas de las que ha sido objeto, así, el investigador argentino Claudio Rama,¹²⁹ describe tres grandes reformas a la educación superior en América Latina. La primera de ellas está representada especialmente por el movimiento de Córdoba de 1918, que buscaba la autonomía y el co-gobierno de las instituciones de educación superior. Esta primera reforma es propia de países como México y Argentina,

¹²⁸ A raíz de la identificación, por parte de los militares de la Universidad como un foco de subversión, por lo que se intentó despolitizarla y limitar el acceso a la misma.

¹²⁹ Rama, Claudio, *La Tercera Reforma de la educación superior en América Latina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

en donde significó “la expresión del poder creciente de la sociedad y de sus elites profesionales”,¹³⁰ así como el ascenso de una clase media ilustrada.

La segunda reforma descrita por Rama, a la que denomina como de “mercantilización y educación dual”, ocurrió de manera general en el continente hasta mediados de la década del setenta – pero para el caso colombiano, como lo mostrarán las cifras, puede llevarse hasta los años ochenta – se produjo a raíz de la incapacidad del Estado de cubrir la demanda generada por la urbanización y el crecimiento de población, con lo cual se abrió paso a la mercantilización y a la oferta de las cada vez más presentes instituciones de carácter privado, algunas de ellas dirigidas hacia las elites y otras, generalmente de menor calidad y costos relativamente más accesibles, orientadas a absorber la demanda de sectores populares excluidos de las instituciones públicas, que aun cuando aumentaban sus cupos no lo hacían al mismo ritmo de las solicitudes y contaban con exámenes de ingreso que representaban una barrera a los demandantes.

La definición que de esta reforma latinoamericana hace el autor, evidencia perfectamente lo ocurrido en Colombia durante las décadas de los setenta y ochenta, y sirve para ubicar el caso de estudio en el contexto regional. Así, se “comenzó a conformar un nuevo modelo universitario de carácter dual: una educación pública con restricciones de acceso, basada en limitaciones del financiamiento público y en exámenes de conocimiento adquiridos en el ciclo educativo previo, y un sector privado con restricciones en función de los ingresos de los hogares y de la desigual distributiva [sic] de la renta”.¹³¹

Es importante resaltar que esta situación no fue homogénea en todos los países de la región, siendo casos excepcionales el de Argentina y México, donde el sector público siguió siendo el de mayor presencia, y en los cuales, los gobiernos continuaron aumentando los niveles de inversión.¹³²

¹³⁰ Rama, Claudio, *Op. Cit.*, p. 39.

¹³¹ *Ibid.*, p. 32.

¹³² Rollin, Kent (Comp.), *Los temas críticos de la educación superior en América Latina en los años noventa*, México, Flacso-Universidad Autónoma de Aguascalientes-FCE, 2002. P. 112.

Finalmente, la tercera reforma es ubicada por Rama ya en el siglo XXI, la cual se caracteriza por la internacionalización de las políticas públicas sobre universidad, entendida ésta como la receptora de la diversidad de las sociedades contemporáneas, que ha debido implementar varias innovaciones para corresponder con esa internacionalización, entre ellas los sistemas de acreditación y estandarización de los programas académicos y las herramientas virtuales que permiten que los estudiantes adelanten sus carreras no sólo de manera presencial. Estos campus virtuales han hecho posible que se puedan impartir nuevas áreas de estudio, que vienen a cubrir la mayor demanda de especializaciones y que en muchos casos no pueden ser todas atendidas de manera física por un campus.

2.1.2. Antecedentes históricos de la educación superior en Colombia

Un destacado antecedente de la historia de la universidad en Colombia, reside en la fundación de la Universidad Nacional en el año 1867, en el marco de los proyectos liberales de ese siglo. A partir de esta fundación, un primer acontecimiento a destacar es el del año 1935, en el que, durante el gobierno liberal de Alfonso López Pumarejo, y con la influencia de intelectuales como el etnólogo francés Paul Rivet, se intentaron rescatar algunos de los principios del ideario y tradición liberales sobre universidad entre ellos, la relativa autonomía, la separación con la Iglesia católica, y un gobierno institucional con presencia de profesores y estudiantes, entre otros esfuerzos, a través de la Ley 68 de 1935.¹³³

En palabras del escritor e historiador Germán Arciniegas: “nunca había habido aquí en Colombia un experimento tan importante como la reforma universitaria propiciada por Paul Rivet, por don Urbano González de la Calle, por Pablo Villa [...]”.¹³⁴

¹³³ Puyana, Aura María y Serrano, Mariana, *Ibid.*, p. 49.

¹³⁴ Universidad Nacional de Colombia, *Proyecto Patrimonio Vivo*, “*Documental sobre Virginia Gutiérrez de Pineda*”, video original ubicado en Archivo Central, Universidad Nacional de Colombia.

Sin embargo, en los años cuarenta del siglo XX y durante las dos décadas posteriores, los gobiernos conservadores intentaron frenar este concepto de universidad, llegando incluso a clausurar proyectos de formación superior identificados ya no sólo con su opositor liberal sino también con el fantasma del comunismo. Es así como durante el gobierno de Laureano Gómez (1950-1953),¹³⁵ se procedió a la escisión de la Escuela Normal Superior,¹³⁶ proyecto educativo del psiquiatra José Francisco Socarrás, inspirado en el esquema de la Escuela Normal Superior de París, y donde se formaron algunos de los pioneros de las ciencias humanas en Colombia, como la antropóloga Virginia Gutiérrez de Pineda y el historiador Jaime Jaramillo Uribe. Además, como se verá en el apartado sobre autonomía, durante este gobierno se volvió a dar un papel a la iglesia católica dentro del Consejo Superior de la Universidad Nacional y se restringió el de los estudiantes.

Durante los años previos a la formación del Frente Nacional (1958-1974), se produjo un proceso de diversificación del sistema educativo, con la aparición de universidades privadas no confesionales, como es el caso de la Universidad de los Andes en 1948, paralelamente “la universidad estatal se consolida lentamente en las regiones y la universidad privada se concentra en Bogotá”.¹³⁷

Posteriormente, durante el Frente Nacional, las disputas entre las tendencias de los partidos Conservador y Liberal disminuyeron incluso en los temas relacionados con la educación superior, Ricardo Lucio afirma que en ese escenario de reconciliación y acuerdos perdió fuerza la defensa de la

¹³⁵ El fin de su gobierno se dio por golpe militar de Gustavo Rojas Pinilla, quién estaría en el poder hasta 1957, derrocado a su vez por una junta militar luego de un acuerdo entre los principales líderes de los partidos políticos Liberal y Conservador, Alberto Lleras Restrepo y el mismo Laureano Gómez, que dio lugar al Frente Nacional.

¹³⁶ Lucio y Serrano relatan que “en septiembre de 1951, Laureano Gómez, a través del decreto de 1955, separa la Normal en dos instituciones, una masculina y otra femenina, que quedarán funcionando en Tunja y en Bogotá, respectivamente [...] La verdad es que, además de las razones de índole moral (que la educación mixta era peligrosa para la juventud) que se argumentaron para el desmonte de este importante experimento pedagógico, intervinieron discrepancias políticas e ideológicas, que llevaron a sus miembros a dispersarse por todo el país y el exterior”, en: Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.*, pp. 42 y 43.

¹³⁷ Puyana, Aura María y Serrano, Mariana, *Op. Cit.*, p. 53.

educación estatal, autónoma y laica, abanderada por los sectores progresistas del partido liberal, en contra de la defensa conservadora de una universidad privada, confesional y católica.¹³⁸

Así, durante esta etapa se impulsó la búsqueda de una universidad moderna, en el marco de las propuestas que demandaban también modernizar económicamente al país. Fue durante este periodo cuando se empezaron a consolidar los actores y agremiaciones de la política educativa de nivel superior en el país, como es el caso de la Asociación Colombiana de Universidades ASCUN, que tendrán un total protagonismo a partir de entonces en los debates sobre el tipo de educación superior que requería el país y sobre los mecanismos para definirla y delimitarla en relación a una propuesta de desarrollo nacional.

Una importante coyuntura de transformación universitaria en Colombia fue la denominada “Reforma Patiño” en la Universidad Nacional entre 1964 y 1968, caracterizada por intentar seguir los modelos de la universidad norteamericana, esta reforma se ha interpretado como una derivación natural del informe elaborado por Rudolph Atcon para los gobiernos de Honduras, Brasil, Chile y Colombia, posteriormente conocido como el “Plan Atcon” y que tendía a la privatización de las universidades estatales, lo cual sin duda fue ya desde este momento una pretensión del Estado colombiano. No obstante, esta reforma tuvo también un interesante antecedente más académico que político, que no tendía por sí mismo a la privatización, si no quizá más bien a la modernización de la docencia y la investigación, desde la iniciativa previa de académicos como el ex rector Mario Laserna, durante el primer gobierno del Frente Nacional.

Durante esta rectoría se empezó a implantar la idea de seguir el modelo norteamericano en la Universidad Nacional, organizándola por departamentos que se reunirían dentro de grandes facultades, ya que hasta

¹³⁸ Lucio Álvarez, Ricardo, “Algunos elementos históricos para reflexionar sobre la propuesta”, en *Centro de Estudios Sociales, “Sistema de Universidades del Estado (Públicas)”*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1989, p. 11.

ese momento, prácticamente cada carrera conformaba una facultad. Esto era interpretado como una manera de aislar el conocimiento, no sólo por Laserna sino por profesores como el sociólogo Orlando Fals Borda, quien posteriormente apoyó al rector José Félix Patiño para llevar a cabo esa transformación en el año 1966. La transformación consistía en reunir a disciplinas afines en ocho facultades, Fals Borda lo recuerda de la siguiente forma:

“Me parece a mí que a él [Patiño] le llamó la atención lo que estábamos haciendo en Sociología, de integrar las Ciencias Sociales, bajo una mamá que era la Sociología y luego las diferentes carreras. Hasta ese momento, la Universidad Nacional se había caracterizado por una gran dispersión en la estructura docente, toda carrera nueva o vieja que quería independizarse o adquirir una personalidad propia, aspiraba a ser facultad, pero yo tenía una idea distinta de la universidad y en eso el doctor Patiño hizo eco, y era una universidad integrada en el sentido de combinar los conocimientos afines de diversas disciplinas”.¹³⁹

Estas reformas si bien polémicas intentaron integrar al estudiantado, por ejemplo, durante la rectoría de Laserna, se organizó una visita a universidades norteamericanas con la participación de líderes estudiantiles, para que estos pudieran ver directamente ojos las ventajas del modelo que se quería implementar.¹⁴⁰

¹³⁹ Universidad Nacional de Colombia, *Proyecto Patrimonio Vivo*, “[Documental sobre Orlando Fals Borda]”, video original ubicado en Archivo Central Universidad Nacional de Colombia.

¹⁴⁰ Ruíz Montealegre, Manuel, *Op. Cit.*, p. 101.

2.1.3. Principales problemáticas de la educación superior en Colombia 1980-1991

2.1.3.1. Ampliación del sistema

Como se ha señalado previamente, siendo parte de una tendencia latinoamericana, la educación en Colombia tuvo un importante despegue en términos cuantitativos a partir de la década de 1950, que se convirtió en un asenso vertiginoso durante los años 70 y 80. Así, de 2.990 alumnos matriculados a nivel nacional en 1940, la cifra fue ascendiendo a 10.632 en 1950; 20.013 en 1960; 85.560 en 1970; 271.650 en 1980 y 457.680 para finales de la década de 1980.¹⁴¹

Estas cifras enmarcan a su vez un crecimiento igualmente vertiginoso de la universidad privada, que terminó siendo más acelerado que el de la pública, al pasar de 7 instituciones en 1950 a 166 al final de los años ochenta, mientras que en el sector público se pasó en estos mismo años de 16 a 69 instituciones. De esta manera, se puede observar el impulso del sector privado bajo la permisividad del Estado, pero fue durante los años ochenta que el propio gobierno requirió intervenir en dicho proceso de crecimiento para regularlo, a través de la nueva normatividad educativa.

Esto no quiere decir que durante los años ochenta, el gobierno haya frenado el crecimiento del sector privado, ni mucho menos impulsado el del público, ya que este no era visto como un potencial de desarrollo para el país, sino más bien como el origen de problemas de orden público. Al respecto baste apreciar la opinión del gobierno: una entrevista publicada por el diario *El Tiempo*, recordaba que “el Presidente Betancur afirmó recientemente que un peso invertido en la universidad pública no se veía mientras que un peso invertido en la privada sí se veía”.¹⁴²

¹⁴¹ Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.*, pp. 89,90, 173 y 174.

¹⁴² Santamaría, Germán, “U.N. habrá que manejarla con medidas de excepción”, en *El Tiempo*, 27 de mayo de 1984, p. 1 y 5c.

Los años ochenta fueron un periodo de crecimiento global y sobre todo del sector privado, el cual tendió a continuar de manera sostenida. La tabla No. 1 y las gráficas 1, 2 y 3 señalan el ritmo de crecimiento de la educación superior en Colombia durante el periodo de 1975 a 1988,¹⁴³ que corresponde a los años inmediatamente anteriores y a gran parte del periodo de estudio.

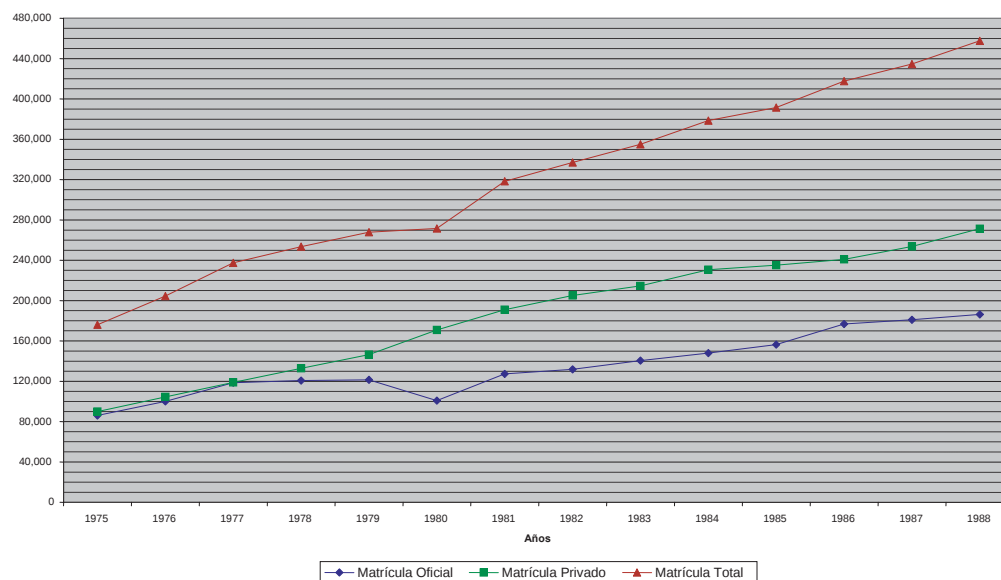
Tabla No. 1 “ESTADÍSTICAS DE LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN COLOMBIA: 1975-1988”

Año	Matrícula			Instituciones			Programas		
	Oficial	Privado	Total	Oficial	Privado	Total	Oficial	Privado	Total
1975	86.089	90.009	176.098	43	61	104	495	414	909
1976	100.015	104.548	204.563	46	66	112	509	472	981
1977	118.568	118.909	237.477	45	69	114	525	513	1.038
1978	120.724	132.823	253.547	46	70	116	549	519	1.068
1979	121.448	146.437	267.885	48	73	121	541	520	1.061
1980	100.803	170.847	271.650	56	132	188	596	793	1.389
1981	127.352	190.941	318.293	59	141	200	729	864	1.593
1982	131.843	205.121	336.964	63	147	210	718	864	1.582
1983	140.455	214.594	355.049	65	152	217	745	907	1.652
1984	147.970	230.616	378.586	68	157	225	794	966	1.760
1985	156.317	235.173	391.490	69	156	225	882	1.054	1.936
1986	176.796	240.858	417.654	70	156	226	938	1.131	2.069
1987	180.979	253.644	434.623	71	162	233	937	1.157	2.094
1988	186.329	271.351	457.680	69	166	235	951	1.220	2.171

Fuente: Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.* “Cuadro II.21”, p. 173.

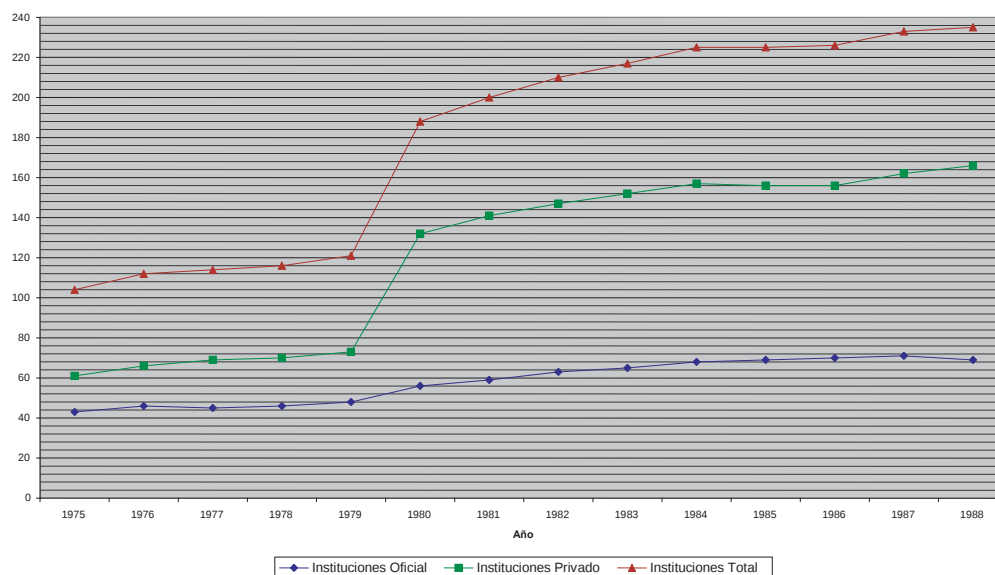
¹⁴³ Se han tomado los datos hasta 1988, por ser los que Lucio y Serrano recolectan del Instituto Colombiano de Fomento de la Educación Superior ICFES para su estudio, fuente a la que la autora no ha conseguido tener acceso directo.

Gráfica No.1 “Alumnos Matriculados Periodo 1975-1988”



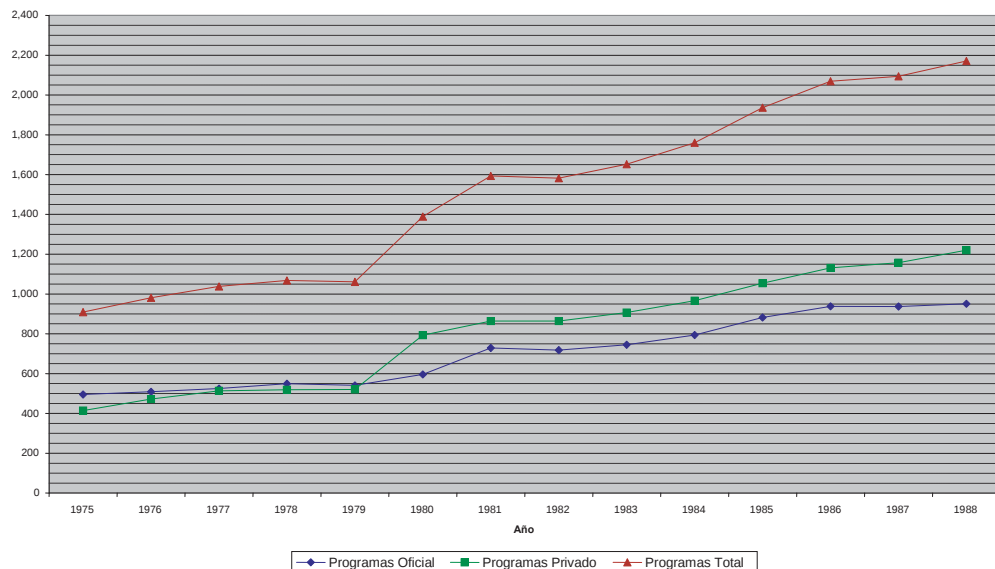
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos proporcionados por Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.* “Cuadro II.21”, p. 173.

Gráfica No. 2 “Número de Instituciones Periodo 1975-1988”



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos proporcionados por Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.* “Cuadro II.21”, p. 173.

Gráfica No. 3 “Programas existentes Periodo 1975-1988”



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos proporcionados por Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.* “Cuadro II.21”, p. 173.

En los gráficos anteriores, se puede apreciar una clara tendencia de aumento en las tres variables consideradas: matrícula, instituciones y programas educativos que ofrecen, con un mayor despegue a partir de 1979. Como se puede ver en la tabla No. 1, de 1975 a 1988, la cifra de matriculados pasó de 176.098 a 457.680, lo que equivale a que ocurrió un aumento de casi el triple del número de alumnos. Las instituciones por su parte tuvieron un crecimiento similar, al pasar de 104 a 235, es decir un aumento de 2.2 veces.

En relación con la matrícula se puede apreciar que efectivamente es el sector privado el que más crece de los dos, y que en el año 1979 se presentó una baja en la matrícula de la universidad oficial, esto se explica en parte por la crisis política por la que estas instituciones atravesaron, debido a los constantes paros y cierres que vivieron a finales de la década de los setenta las universidades públicas. Este tipo de instituciones condujo a un menor

índice de matriculados, algunos de ellos absorbidos por la universidad privada.¹⁴⁴

El número de instituciones refleja también una superioridad del sector privado, con un fuerte despegue entre 1979 y 1980, año a partir del cual el ascenso continuó de manera regular, las instituciones públicas en cambio, si bien presentan un incremento, este es mucho menor al del sector privado, pasando de 43 a 69 instituciones, todas ellas regionales, ya que en Bogotá, desde la creación en 1948 de la Universidad Distrital, no se abrieron nuevos centros públicos de enseñanza. El peso del aumento en la universidad privada, como puede apreciarse es menor en el número de programas, pero aun así, logra triplicarlo.

El proceso de expansión de la educación superior en Colombia también obedeció a la tendencia del crecimiento de las ciudades, en el que se evidenció la necesidad de formación no sólo para un número más grande de pobladores, sino para una nueva variedad de oficios y profesiones que aparecen en la complejidad de estas ciudades en crecimiento. Ciudades que desde la década del cincuenta vieron incrementar su población, por factores tanto de expulsión – crisis agrarias, agotamiento de la frontera agrícola y el fenómeno de la violencia de la década de los cincuenta y parte de los sesenta –, como de atracción, tales como las oportunidades laborales y de mejoramiento de la calidad de vida.

Lo que aquí se encuentra de nuevo, tal como fue descrito para mediados de siglo XX es la escasa visión del Estado y su incapacidad de generar políticas de educación tendientes a la consolidación social y económica del país, máxime si se tiene en cuenta la manera desorganizada como se enfrentó el crecimiento en la demanda por educación superior, dejando esta tarea cada vez más en manos del sector privado sin haber consolidado antes el tipo de educación que requería la nación.

¹⁴⁴ *Idem*, pp. 107 y 108.

El despegue de la urbanización trajo consigo no sólo la proliferación de clases medias emergentes que demandaban por educación en todos los niveles en general y por educación superior en particular, sino la progresiva participación de la mujer en la matrícula universitaria, que para el final del periodo que nos ocupa, terminó superando a la de los hombres a nivel nacional, así, ésta “creció durante las décadas de los setenta y ochenta: del 23% en 1965 pasó al 36% en 1975 y al 49% en 1985 [...] Ya en 1990 las mujeres eran más de la mitad de la población universitaria (52%)”.¹⁴⁵ Lo cual pudo deberse al crecimiento de las facultades de educación y a la profesionalización del magisterio, ramo en el que la participación femenina siempre ha sido muy fuerte.

Otros factores que ayudaron a incrementar el volumen de la matrícula fueron, la expansión de la educación secundaria y la presencia de carreras técnicas y tecnológicas, a partir de la legislación de 1980.

Si bien la demanda incrementó las cifras, la oferta que surgió en respuesta a ella es el principal indicador de crecimiento, y se puede explicar en el surgimiento de universidades públicas regionales, en la proliferación de instituciones de carácter privado, y en la adopción de la jornada nocturna en la mayoría de estas últimas.

La proliferación de pequeñas pero numerosas instituciones privadas—al amparo de la legislación— y la opción de la jornada nocturna, son las principales características de lo que los autores han denominado la “universidad de masas”, que cubría la demanda fundamentalmente de los sectores populares, algunos de ellos trabajadores, que aspiraban a mejorar sus niveles educativos.

Esta población, en muchos casos había sido excluida de la educación pública, por los ya referidos exámenes de ingreso que de alguna manera constituían mecanismos de exclusión, pues la formación anterior influía directamente en la posibilidad de obtener mejores resultados en éstos,

¹⁴⁵ Arango, Luz Gabriela, *Jóvenes en la universidad: género, clase e identidad profesional*, Bogotá, Siglo del hombre-Universidad Nacional, 2006, p. 72.

teniendo en cuenta que la educación secundaria de carácter privado ha ostentado tradicionalmente una mejor calidad que la de carácter público.

Un fenómeno interesante que se empezó a reproducir en esta universidad de masas fue el de la desvinculación de sus estudiantes con lo “universal” de la universidad, es decir con todas aquellas prácticas y socializaciones que permite el hecho de formarse en un campus, en universidades con diversidad de facultades en donde los estudiantes pueden acceder a diferentes tipos de conocimiento y no sólo al de su área de especialización, así “no son, por tanto, estudiantes de ‘tiempo completo’ y su vinculación al mundo universitario (al *campus*, con todas sus implicaciones académicas, culturales y de ‘curriculum oculto’) es muy fragmentaria”.¹⁴⁶

El fenómeno de la universidad de masas no es exclusivo de Colombia, Claudio Rama afirma para Latinoamérica que esta significó la entrada de grupos sociales con un perfil diferente de los estudiantes tradicionales, más jóvenes, pero más ligados al mundo del trabajo, que se separaba de cierta forma de los intereses de las “antiguas elites estudiantiles”.¹⁴⁷

Este panorama de creciente privatización, masificación negativa, baja calidad y desvinculación de una gran mayoría de estudiantes universitarios con el campus, contribuyó a que los sectores estudiantiles hayan perdido fuerza como actores políticos en la sociedad, y a una cierta despolitización vinculada con esas universidades diseñadas para quienes ya se encontraban en el mercado laboral, en las que por el corto tiempo que pasaban en ellas tanto estudiantes como profesores, se imposibilitaban espacios de diálogo y discusión sobre la política y los problemas nacionales. Estos espacios por tanto, siguieron siendo privilegio de las grandes universidades públicas y algunas privadas con esta tradición.

¹⁴⁶ Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.*, p. 119.

¹⁴⁷ Rama, Claudio, *Op. Cit.*, p. 45.

2.1.3.2. Modelo de universidades públicas y privadas:

Como se ha podido apreciar, el fenómeno de la expansión de la universidad estuvo ligado estrechamente al de la diversificación del carácter de la educación superior: pública y privada, pero dentro de estas dos vertientes también se presentaba una división en lo que Lucio y Serrano han denominado universidades de “cúspide” y de “base”, es decir, de mayor y menor calidad, tamaño y diversidad de facultades.

En un análisis¹⁴⁸ elaborado en 1985 – cinco años después de la promulgación de la primera ley que regulaba la educación superior en Colombia – el historiador Jorge Orlando Melo, destacó que la diversificación entre universidades públicas y privadas se estaba dando de manera desorganizada, sin una política clara por parte del Estado, que había permitido el surgimiento de un “mercado persa” en la educación superior, el cual cosechaba de las ilusiones de sectores medios de la población que aspiraban a alcanzar un título universitario no sólo por razones económicas sino de reconocimiento y ascenso social.

Así, “surgió una proliferación de instituciones dispuestas a ofrecer un cartón, cualquier cartón, a la clase media insatisfecha”.¹⁴⁹ Además, con las dificultades por las que atravesaba la universidad pública en relación con los constantes paros estudiantiles cierres “preventivos del orden público” por parte de las autoridades, en muchos casos los padres preferían asumir los costos de universidades privadas, que someter a sus hijos a los inciertos ritmos del sector público.

El tema de la calidad se entrecruza necesariamente con este panorama de diversificación, frente a la que Melo comenta el surgimiento de una tesis que sostenía que ante los problemas de la universidad pública, la privada ofrecía una mejor calidad, al tiempo que aclara que esta afirmación

¹⁴⁸ Melo, Jorge Orlando, “Crecimiento y expansión de la educación superior en Colombia: una feria de ilusiones”, en *Lecturas de economía*, No 16, Medellín, CEIPA, 1984.

¹⁴⁹ *Ibid*, p. 261.

no podía generalizarse, ya que si bien algunas universidades privadas podían estar a nivel de las mejores públicas, esto no era lo común. El autor agrega en cuanto a la calidad que “la debilidad del sistema la muestran los resultados: la proliferación de carreras y programas dudosos, con la bendición del ICFES, y el hecho de que nadie sepa cuál es la calidad de los diversos programas, y que el ICFES no haya podido presentar un análisis global de la calidad de la educación, a pesar de llevar más de quince años haciendo esta evaluación”.¹⁵⁰

El tema de la calidad educativa se encuentra sobre todo asociado a la ausencia de un modelo educativo de carácter nacional, en donde la demanda se fue canalizando a través de un modelo de exclusión en el que la educación pública tuvo cada vez menor cobertura en relación con el aumento de la población y en el que quienes querían estudiar, encontraron necesario poseer recursos económicos para acceder a educación privada.

2.1.3.3. Educación superior en Bogotá. Algunas aproximaciones:

El caso concreto bogotano se suscribe al del nivel nacional, de hecho se constituye en el principal escenario de la expansión y diversificación del sistema, al ser el más grande polo de desarrollo urbano del país y el que de lejos concentró el mayor número tanto de instituciones de educación superior como de índices de matrícula.

Dentro de las universidades existentes en Bogotá para el periodo de estudio, se pueden destacar en el sector público la Universidad Nacional de Colombia, la más grande del país, que para ese momento ya tenía sedes, además de la de Bogotá, en las ciudades de Medellín, Manizales y Palmira, y era es la única que contaba con un carácter nacional. Otra de las universidades presentes en Bogotá fue la Universidad Distrital Francisco José de Caldas, fundada en el año 1948, bajo la administración de la ciudad

¹⁵⁰ *Idem.*

de Bogotá y por último, se encuentra la Universidad Pedagógica Nacional, proveniente inicialmente del Instituto Pedagógico Nacional para Señoritas, fundado en 1927, proyecto conservador que recogió la facción femenina de la Escuela Normal Superior, clausurada como ya se comentó, durante el gobierno de Laureano Gómez. Esta Universidad se ha dedicado desde su creación a la formación de maestros.

Dentro del sector privado destacan para el periodo, por su tamaño y relevancia, las Universidades Libre y Externado de Colombia, fundadas a finales del siglo por sectores de tendencia liberal, así mismo, las Universidades Javeriana y del Rosario, de carácter confesional y con presencia en el país desde la Colonia. También se debe hacer mención a la ya referida Universidad de los Andes, fundada en 1948 con la intención de formar cuadros dirigentes dentro de un ambiente laico y moderno. Estas universidades eran ya en ese momento, de acceso restringido por sus altos costos, al contrario de universidades de menor perfil y más bajos costos como el INDESCO, la Gran Colombia o la Universidad Autónoma de Colombia.

La tabla No. 2 permite ver la evolución de la matrícula en las diferentes zonas del país de 1975 a 1988, estas zonas recogen los datos de los departamentos que concentran, salvo en el caso de Bogotá D.E.,¹⁵¹ que se ha aislado de la zona central a la que pertenece para poder apreciar su peso real dentro de las cifras nacionales. Los departamentos que pertenecen a la zona central son Boyacá, Cundinamarca y Meta; a la zona centro occidental, Caldas, Caquetá, Huila, Quindío, Risaralda y Tolima; a la zona Norte los de Atlántico, Bolívar, Cesar, Córdoba, Guajira, Magdalena y Sucre; a la zona noroccidente los de Antioquia y Chocó; a la zona nororiental los de Norte de Santander y Santander; y finalmente, a la zona suroccidental los de Cauca, Nariño y Valle.

¹⁵¹ Bogotá tuvo el rango Distrito Especial D.E. como capital de la República desde 1954, hasta 1991 cuando la Constitución cambió la denominación a Distrito Capital D.C.

Tabla No. 2 "Alumnos matriculados por zonas geográficas 1975-1988"

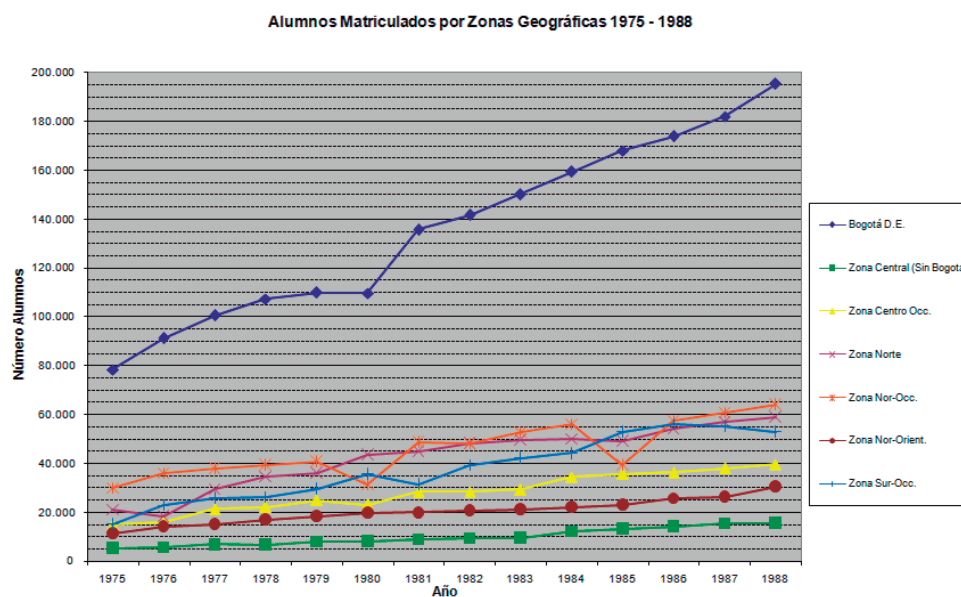
	1975	1976	1977	1978	1979	1980	1981	1982	1983	1984	1985	1986	1987	1988
Bogotá D.E.	78.357	91.287	100.638	107.406	109.961	109.704	135.747	141.724	150.207	159.481	167.981	173.775	182.059	195.423
Zona Central (Sin Bogotá)	5.426	5.681	6.892	6.784	7.956	8.258	8.947	9.332	9.650	12.122	13.324	14.315	15.435	15.658
Zona Centro Occ.	14.981	15.982	21.376	22.214	24.963	23.150	28.366	28.467	29.295	34.580	35.756	36.312	37.952	39.737
Zona Norte	21.057	18.455	29.418	34.531	36.086	43.641	44.951	48.302	49.599	49.920	49.291	54.215	56.880	59.078
Zona Nor-Occ.	29.834	35.935	38.052	39.392	40.860	31.323	48.873	48.116	52.828	56.024	39.541	57.298	60.667	64.077
Zona Nor-Orient.	11.303	14.267	15.220	16.999	18.534	19.804	19.970	20.667	21.313	22.266	23.197	25.648	26.315	30.649
Zona Sur-Occ.	15.230	22.956	25.881	26.221	29.525	35.750	31.439	39.225	42.157	44.243	52.975	56.091	55.315	53.058

Fuente: Elaboración propia a partir de los datos proporcionados por Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.* "Cuadro II.24", pp. 176 y 177.

La Gráfica No. 4 permite apreciar la evolución en la matrícula, en la que de manera general se ilustra un crecimiento leve pero sostenido en las 6 regiones restantes a la de Bogotá D.E., mientras que en esta última se presenta un notorio ascenso con una pequeña baja en 1980, el cual coincide con los datos nacionales que ya se vieron en la tabla y gráfica No. 1.

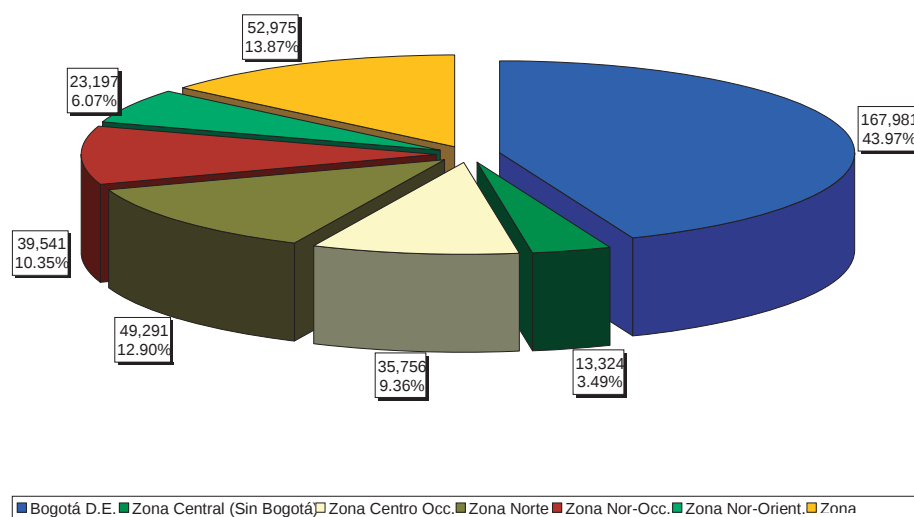
La zona noroccidental es la que, aunque de lejos, sigue a Bogotá, con unas bajas en el crecimiento en los años 1980 y 1985, destacan dentro de estas zona, la presencia de la Universidad de Antioquia, y la Universidad Pontifica Bolivariana, pública y privada respectivamente, así como de numerosas instituciones que recogen la demanda de la población de Medellín, la segunda ciudad en tamaño del país. Las zonas norte y suroccidental siguen de cerca a la noroccidental en la tendencia de crecimiento, sobresaliendo en ellas la presencia de las ciudades de la costa Atlántica y de Cali y Popayán respectivamente. Mientras que la zona con menos representatividad en el nivel de crecimiento durante estos años, es la del centro, que al desvincularse de los datos de Bogotá, no cuenta con la presencia de grandes ciudades.

Gráfica No. 4 “Alumnos matriculados por zonas geográficas 1975-1988”



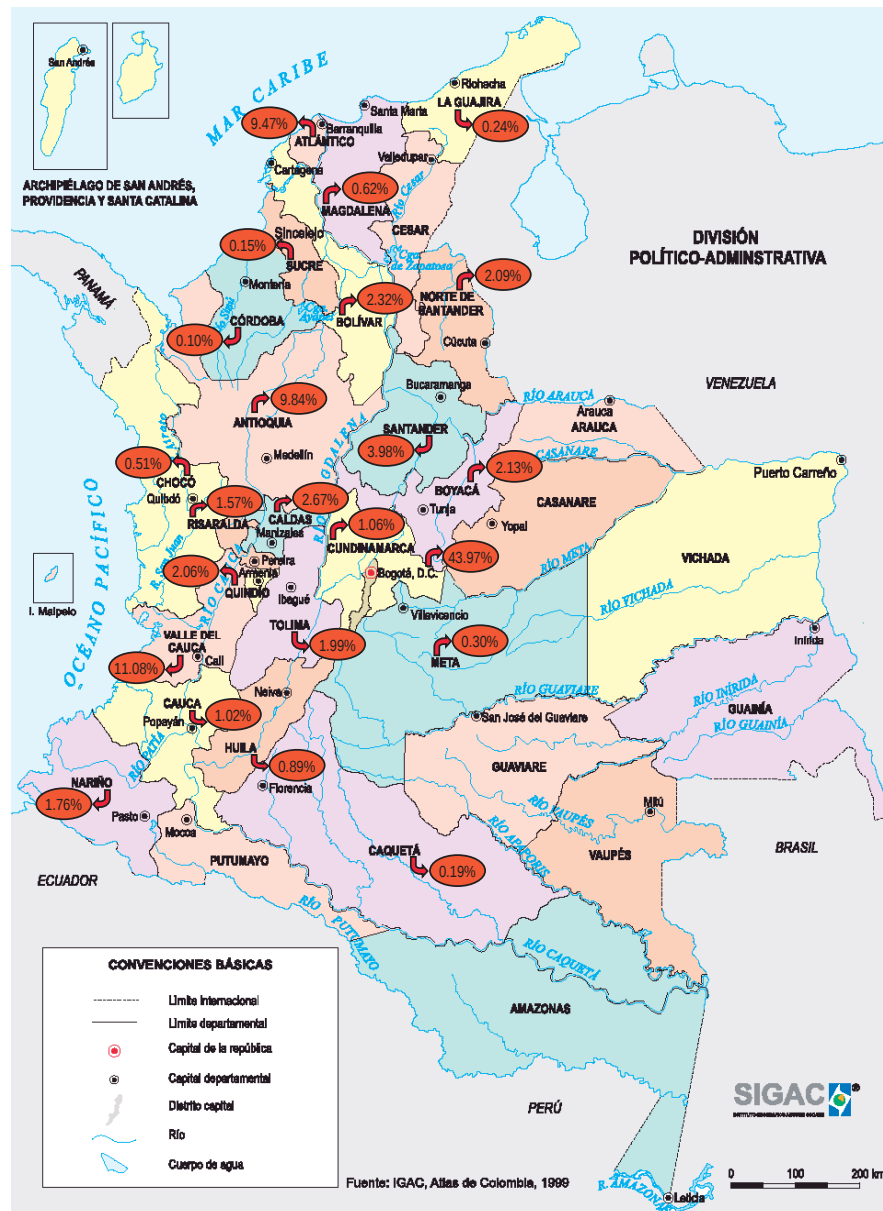
Fuente: Elaboración propia a partir de los datos proporcionados por Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.* “Cuadro II.24”, pp. 176 y 177.

Gráfica No. 5 “Alumnos matriculados por zonas geográficas 1985”



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos proporcionados por Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.* “Cuadro II.24”, pp. 176 y 177.

Mapa No. 1. “Alumnos matriculados por departamento 1985”



Fuente: Elaboración propia a partir de los datos proporcionados por Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *Op. Cit.* “Cuadro II.24”, pp. 176 y 177.

Mapa tomado de IGAC 1999

La gráficas 5 y el mapa No. 1 muestran el peso de Bogotá en cifras para el año de 1985, que ha sido seleccionado de manera ilustrativa y a razón de ser el año en el que se realiza el XV Censo Nacional de Población, único caso del periodo de estudio. La tendencia para este año continua siendo la misma, el peso indiscutible de Bogotá frente a las demás zonas y departamentos a nivel nacional, salvo por la preeminencia de la Zonas Suroccidente y Norte sobre la Noroccidente, debido a la caída que se presentó en este año en esta región y que puede explicarse en parte por los cierres en la Universidad de Antioquia realizados por parte de las autoridades.

Tabla No. 3 “Porcentaje de Alumnos Matriculados por Población. Bogotá 1985”

Bogotá D.E.	Número Estudiantes 1985
Población total de Bogotá	4,225,649
Población entre 18 y 28 años (1)	1,047,776
Población No Matriculada	879,795
Alumnos Matriculados (2)	167,981
%	16.03%

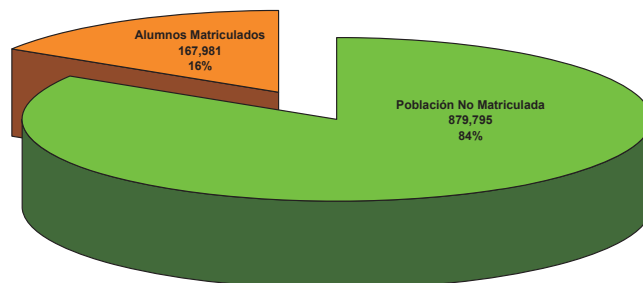
Fuente:

(1) XV Censo Nacional de Población y IV de Vivienda. Colombia. Volumen I. Cuadro 2: Población por Sexo, según Edades Simples y Grupo de Edad. Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). Julio de 1986. Pág. 109.

(2) Lucio - Serrano. Cuadro II.24. Alumnos Matriculados por Zonas Geográficas 1975 – 1988.

Gráfica No. 7 “Porcentaje de Alumnos Matriculados por Población. Bogotá 1985”

Estudiantes Matriculados Vs Población en Bogotá D.E. - 1985



Fuente:

⁽¹⁾ XV Censo Nacional de Población y IV de Vivienda. Colombia. Volumen I. Cuadro 2: Población por Sexo, según Edades Simples y Grupo de Edad. Departamento Administrativo Nacional de Estadística (DANE). Julio de 1986. Pág. 109.

⁽²⁾ Lucio - Serrano. Cuadro II.24. Alumnos Matriculados por Zonas Geográficas 1975 – 1988.

Finalmente, la tabla No. 3 y la gráfica No. 7 dan cuenta de qué tanto recoge el sistema educativo superior en Bogotá, a la población en edad susceptible de asistir a la universidad. Para la realización de estas, se han contrastado los datos que Lucio y Serrano tomaron de las estadísticas del ICFES para el año 1985, sobre matrícula universitaria, contra el número de personas que habitaban en Bogotá en ese año en una edad de los 18 a los 28 años, que se ha considerado como el periodo en promedio en el que una persona asiste a la universidad. Este número de habitantes se ha extraído del XV Censo Nacional de Población y IV de Vivienda realizado por el DANE en 1985.¹⁵²

El resultado de esta comparación muestra que mientras que un total de 1.047.776 de personas en la franja de los 18 a los 28 años habitaban en Bogotá para ese año, sólo 167.981 se encontraban matriculados en el sistema de educación superior. Asumiendo¹⁵³ que el promedio de estudiantes

¹⁵² Departamento Administrativo Nacional de Estadística, *XV Censo Nacional de Población y Cuarto de Vivienda*, acceso virtual: http://www.dane.gov.co/daneweb_V09/index.php?option=com_wrapper&view=wrapper&Itemid=156

¹⁵³ Ya que en las estadísticas proporcionadas por el ICFES y recogidas por Lucio y Serrano no se cuenta con el dato de la edad de los estudiantes matriculados.

matriculados se encuentre en esta franja de edad, ello representaría un porcentaje de cobertura del 16%. Ahora bien, hay que tener en cuenta que los habitantes de Bogotá no representaban a toda la población que necesitaba y hacía uso de la educación superior de esta ciudad, debido a la existencia de regiones sin oferta universitaria (Mapa No.1), y a que generalmente las elites regionales, optaban por enviar a sus hijos a estudiar a las universidades de la capital, bajo criterios de calidad - en relación con las universidades de provincia - y de los motivos de atracción de la ciudad que ya fueron comentados.

De esta forma, lo que evidencian las gráficas es la escasa cobertura educativa de la ciudad, aun a pesar del crecimiento en matrícula, instituciones y programas ocurrido antes y durante el periodo de estudio, y de ser la ciudad con mayor oferta educativa del país, lo que demuestra que la política educativa nacional estaba lejos de plantearse el tema de la cobertura como un asunto central del Estado.

2.1.3.4. Reforma a la Educación Superior del año 1980:

La Educación Superior en Colombia durante el periodo de estudio estuvo regida normativamente por la Reforma que fue promulgada por el Ministerio de Educación en el año 1980 bajo el Decreto 080, ley a partir de la cual las instituciones diseñaron sus estatutos internos. Puede afirmarse que el fin último de la promulgación de esta norma fue organizar el sistema de educación en el nivel superior en la mayor cantidad de aspectos posibles, debido al crecimiento vertiginoso y caótico de éste en décadas anteriores, y con ello mejorar la calidad del mismo, la cual se encontraba públicamente en cuestión. Además se buscaba frenar fenómenos como el ya referido de la proliferación de universidades pequeñas de muy baja calidad conocidas como “piratas” o “de garaje”, o el de la llamada “doctoritis”, fenómeno que se explicará más adelante. Sin embargo, el tema de la excesiva intervención del Estado en los asuntos académicos, administrativos y organizativos de la

universidad denotaba un contenido que iba en contra de la autonomía universitaria.

En este sentido, la controversia y las críticas a la norma no se hicieron esperar, de hecho, el rechazo a su promulgación se dejó sentir en las luchas estudiantiles del periodo, sobre todo de las universidades públicas. Los debates públicos más destacados al respecto se llevaron a cabo en Bogotá, en cabeza, por ejemplo, de los estudiantes afiliados a la Juventud Comunista y por un numeroso grupo de estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional, que se oponían tanto a la Reforma, como a su adaptación en el estatuto interno de dicha universidad,¹⁵⁴ en parte por una escasa difusión y concertación por parte del gobierno.

Una de las publicaciones que más dio espacio a este debate fue *Diálogos Universitarios*, iniciativa editorial de un grupo de académicos y políticos dentro de los que destacan Ernesto Samper Pizano, presidente de la República durante el periodo 1994-1998 y Augusto Franco Arbeláez, rector para ese momento de la Universidad Pedagógica Nacional.

Dentro de dicho debate se pusieron de manifiesto tanto las virtudes como las falencias de la norma. En cuanto a las virtudes se pueden destacar opiniones en torno a lo favorable de la exigencia de que las universidades definieran los diferentes tipos de contratación de profesores, con lo cual se lograría que al haber al interior de las mismas un buen número de profesores de dedicación exclusiva, y ya que la ley lo reglamentaba, evitar que trabajaran en varias universidades simultáneamente en detrimento de la calidad en la enseñanza y la investigación.¹⁵⁵

Este había sido un inconveniente incluso en las universidades públicas más grandes, en las que los profesores eran contratados por pocas horas, lo que ocasionaba que debieran trabajar también en el sector privado para

¹⁵⁴ Sin autor, "En la reforma Post-Secundaria", en *Diálogos Universitarios*, No. 114, Bogotá, Noviembre de 1979, p. 14.

¹⁵⁵ Argumento expuesto por José Hernán Vélez, representante de la Universidad Libre de Cali: Azcuénaga, Claudia, "El Valle habla de la Reforma", en *Diálogos Universitarios*, No. 118, Bogotá, Abril de 1980, p. 2.

complementar su salario por lo que el tiempo para la asesoría a estudiantes era muy reducido, además, al no haber una estandarización a nivel nacional sobre la dedicación de los profesores en las instituciones, las labores investigativas sufrían indudablemente un embate, eso sin olvidar el detrimento que en esas circunstancias afrontaba la profesión docente universitaria.

A partir de la reforma de 1980, las instituciones debían reglamentar los tipos de contrato de acuerdo a las siguientes categorías: instructor o profesor auxiliar; profesor asistente; profesor asociado; y, profesor titular. Estas categorías hacían parte de un escalafón docente que dividía a los profesores entre ocupaciones de tiempo parcial y tiempo completo, y cada categoría otorgaba una estabilidad laboral que iba en asenso a partir de los dos años, en los que la promoción y el asenso dependerían de las investigaciones realizadas, las publicaciones y los títulos o actualizaciones obtenidas.¹⁵⁶

Otro de los argumentos a favor de la norma tienen que ver con la unidad en la legislación educativa, así, en entrevista dada a *Diálogos Universitarios* el padre Alejandro Montealegre rector de la Universidad San Buenaventura explicaba que: “Mi concepto sobre la Reforma Universitaria es altamente positivo. En primer lugar porque era necesario darle una estructura jurídica orgánica a la Educación Superior, ya que la legislación existente estaba dispersa y, en muchos casos obsoleta”.¹⁵⁷

Como se ha expuesto, una de las pretensiones del Gobierno con la expedición de la norma era acabar con el fenómeno de la “doctoritis”, expresión con la que se denominaba el hecho de que a todo egresado universitario o incluso a alguien con mínimos conocimientos en alguna profesión – como es el caso del ejercicio de la abogacía – se le denominara “doctor”, al punto de que este significante, utilizado tradicionalmente como herramienta de distinción por parte de las clases medias y altas fuera

¹⁵⁶ Ministerio de Educación Nacional, *Op. Cit.*, Artículo 108º al 113º, pp. 16-18.

¹⁵⁷ Azcuénaga, Claudia, “El Valle habla de la Reforma”, en *Diálogos Universitarios*, No. 118, Bogotá, Abril de 1980, p. 3.

progresivamente perdiendo su prestigio, tal como había ocurrido en el pasado con la expresión “don”.

El Ministro de Educación Rodrigo Lloreda expresaba al respecto que “en adelante solamente serán doctores los colombianos que alcancen el mayor grado de la educación académica de posgrado y no, simplemente, como hasta ahora quienes ejerzan cualquier profesión. Según explicó el ministro Rodrigo Lloreda Caicedo, la reforma universitaria acaba con la característica nacional de la ‘doctoritis’”.¹⁵⁸ El ministro también explicaba, de acuerdo con el citado artículo, que se otorgarían títulos correspondientes a la profesión y no certificados y diplomas que era lo que se usaba antes.

Dichos títulos acreditaban a quienes los ostentaran como técnicos profesionales, tecnólogos y profesionales, de acuerdo con las modalidades aprobadas en esta misma norma por el Ministerio. En el caso de los títulos profesionales, estos llevarían el nombre de cada profesión, por ejemplo: médico, abogado, ingeniero, arquitecto, etc., y únicamente se otorgarían títulos de Doctor a quienes hubiesen completado un programa académico de Doctorado y hubiesen sustentado un trabajo que constituyera un aporte original a la ciencia.¹⁵⁹

Al parecer el desprestigio de la categoría “doctor” llamó mucho la atención de un sector de la sociedad, empezando por el propio gobierno que en cabeza de su Ministerio de Educación decidió ir en su rescate. La opinión editorial del diario *El Tiempo* también es una muestra de ello: “Como bien lo dice el ministro ‘aquí doctora el que limpia el carro, el que lustra los zapatos, o el que da los recados’. Somos un país de doctores y de poetas. Inclusive a distinguidas personalidades se les quiso rebajar su altísima condición tratándoselas de ‘don’, como si este vocativo no fuera tan enaltecedor”.¹⁶⁰

Otro tema considerado por un buen número de académicos como benéfico para el sistema, pero que paradójicamente fue uno de los más

¹⁵⁸ Sin autor, “La reforma universitaria acaba con la ‘doctoritis’, dice el ministro Lloreda”, en *El Tiempo*, Bogotá, enero 14 de 1980, p. 10A.

¹⁵⁹ Ministerio de Educación Nacional, *Op. Cit.*, Artículos 31º y 36º, p. 5.

¹⁶⁰ Sin autor, “Eso de la ‘doctoritis’”, en *El Tiempo*, Bogotá, enero 16 de 1980, p. 4A.

rechazados por los sectores estudiantiles por considerar que iba en detrimento de la calidad de la educación, fue el del reconocimiento a las instituciones de carácter tecnológico como de educación superior aunque no como universidad, de esta ley derivó por ejemplo la creación en 1981 de la institución de educación superior de carácter privado denominada Politécnico Grancolombiano.

La idea era reglamentar los diferentes tipos de titulación, que como ya se mencionó, no sólo incluían el nivel profesional. Como lo diagnosticaba el rector de la Universidad Pedagógica Nacional, Augusto Franco Arbeláez, “Colombia es un país de doctores y las instituciones universitarias casi que fábricas de títulos [...] [¿] Será que no se necesitan tantos doctores sino más técnicos? [...]”.¹⁶¹

Por otro lado, en cuanto a las críticas que se presentaron a los textos de la norma, una de ellas la refería José Hernán Vélez, representante institucional de la Universidad Libre de Cali, al opinar que una de las falencias de la reforma consistía en que se le había quitado peso a las universidades públicas regionales, pues en sus consejos superiores se le dio una silla a un delegado del Presidente y no de los estamentos regionales de la rama ejecutiva, además opinaba respecto al ya referido tema de la autonomía que “se le restó importancia a la autonomía que tenía el rector en el MANEJO UNIVERSITARIO, donde el rector, ahora va a tener únicamente voz, pero sin voto. Donde el representante del gobernador, el representante del Presidente de la República, el del Alcalde de la ciudad, son los que realmente van a dar las directrices del manejo de la universidad”.¹⁶²

Se puede afirmar que esta reforma representa un primer esfuerzo ambicioso por parte del gobierno por legislar sobre el sistema de educación superior y por definir qué tipo de profesionales eran los que se esperaba para el país, en pro de su calidad y pertinencia. Sin embargo, se trató sólo de eso,

¹⁶¹ Franco Arbeláez, Augusto, “En la reforma Post-Secundaria”, en *Diálogos Universitarios*, No. 114, Bogotá, noviembre de 1979, p. 14.

¹⁶² Azcuénaga, Claudia, “El Valle habla de la Reforma”, en *Diálogos Universitarios*, No. 118, Bogotá, Abril de 1980, p. 2.

de un primer esfuerzo con buenas intenciones, pero que no contó con la participación de todos los sectores de la sociedad, dejando por fuera de su redacción y discusión al más importante de ellos: al estudiantado, y que fue muy ambiguo en la aplicación explícita de la autonomía y la definición precisa de lo que se pretendía con la formación tecnológica.

2.1.3.5. El tema de la autonomía:

La autonomía universitaria ha sido un término característico de las discusiones acerca de la universidad en Latinoamérica desde los primeros años del siglo XX, incluso desde antes del movimiento universitario de Córdoba del año 1918 y de la posterior oficialización de esta categoría en el marco del “Congreso Internacional de Estudiantes” en México en el año 1929. De hecho, en el caso de Brasil, la ley estableció a partir del año 1915 que las instituciones estatales y privadas de educación superior no serían sometidas a ningún tipo de regulación por parte del Gobierno Federal, en términos académicos, administrativos, o financieros, esto es ni más ni menos que la declaración de autonomía universitaria. Esta ley se reversaría a partir de 1930 con los cambios de régimen político.¹⁶³

Sin embargo, es el ideario de Córdoba el que influyó en mayor medida a los estudiantes latinoamericanos, este se basó fundamentalmente en la necesidad de que la universidad fuera un espacio democrático legitimado en la integración de todos los miembros de la universidad, principalmente en los estudiantes.¹⁶⁴ Algunos de sus planteamientos tienen que ver con: la autonomía universitaria en materias político-docente, administrativa y económica; la elección de las autoridades universitarias por parte de la

¹⁶³ Buchbinder, Pablo, “Los sistemas universitarios de Argentina y Brasil: una perspectiva histórica y comparada de su evolución desde mediados del siglo XX”, en Buchbinder, Pablo; Califa, Juan y Millán, Mariano, *Op. Cit.*, p. 11.

¹⁶⁴ Molina, Gerardo, “Pasado y presente de la autonomía universitaria”, en *Revista de divulgación cultural*, No.1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1966, p. 31.

comunidad; la participación de la comunidad en los organismos de dirección; la gratuidad de la educación y la función social de la universidad.¹⁶⁵

Es necesario entender que el movimiento de Córdoba representaba por un lado la manifestación de la necesidad de integración de unas clases sociales en asenso en la Argentina de la época, pero por otro, la influencia de todo un pensamiento de corte eminentemente americanista, que manifestaba los deseos de romper el vínculo con la dominación imperialista, para acceder a un siglo XX en el que una nueva generación de intelectuales latinoamericanos sería la grandes protagonistas, ante el desolador panorama europeo que había dejado la primera guerra mundial. Se trataba de un protagonismo donde los intelectuales y los estudiantes llevarían la batuta. Las principales influencias para la construcción de dicho pensamiento pueden encontrarse en los autores de la denominada generación del 900, tales como José Ingenieros y José Vasconcelos, pero se pueden llevar más atrás hasta José Enrique Rodó e incluso Bolívar y José Martí.¹⁶⁶

Pasando al escenario colombiano, puede afirmarse que la autonomía se ha constituido como uno de los principales referentes de la memoria estudiantil universitaria, dado que históricamente ha sido la más importante bandera de las luchas estudiantiles y, que a lo largo de todo el siglo XX ha estado presente como un tema obligado en las discusiones sobre el ideal de universidad, y no solo por lo que a la legislación y reglamentación compete, sino por la crítica a su aplicación en términos prácticos, en la que continuamente han sido discutidos temas reivindicados desde los años de Córdoba, que siguieron siendo un reclamo y una demanda, por ejemplo el de la participación estudiantil en los cuerpos directivos de las universidades y su papel en la toma de decisiones de los claustros, o el de la no intervención de

¹⁶⁵ "Manifiesto Liminar", en Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la Reforma universitaria*, México, Siglo XXI, 1987, p. 131.

¹⁶⁶ Zea, Leopoldo, *La autonomía universitaria como institución latinoamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988. Y, Harraca, Mariano y Ogando, Martín, "Los dolores que quedan son las libertades que faltan": una mirada sobre el significado y los alcances de la Reforma Universitaria", en Bonavena, Pablo; Califa, Juan Sebastián y Millán, Mariano, *El movimiento estudiantil argentino. Historias con presente*, Buenos Aires, UBA-Ediciones Cooperativas, 2007, pp. 33-57.

los gobiernos nacionales y locales en las políticas internas respecto a asuntos académicos y administrativos.

Las primeras referencias sobre autonomía en el país fueron hechas varios años antes del movimiento de Córdoba, a través de un representante de la política nacional, concretamente del ala liberal: el General Rafael Uribe Uribe, quien al hacer alusión a ésta, propendía por poner a salvo a la universidad de las manipulaciones y conveniencias que para este momento se disputaban los partidos Liberal y Conservador, por lo que para Uribe era necesario deslindar a la universidad del Gobierno, ya que la Constitución reglamentaba que la instrucción pública dependía directamente del Presidente de la República. Las alusiones de Uribe Uribe fueron realizadas en su calidad de congresista y a propósito del proyecto de ley orgánica de la Universidad Nacional presentado en el año 1909, que finalmente no pasó a segundas sesiones en el Congreso.¹⁶⁷

Luego de este debate, interrumpido por el asesinato de Uribe Uribe, el tema de la autonomía no perdió vigencia, por el contrario, la influencia del movimiento argentino de 1918 llegó a Colombia, donde también giró en torno a la importancia de la participación estudiantil, tal como ocurrió en el sur del continente, pero también al tema de la intervención de sectores externos a la universidad, tal como lo describe Gerardo Molina para el periodo de 1918 a 1930 “una larga serie de intervenciones de las autoridades eclesiásticas y del gobierno en el sentido de impedir que desde la cátedra se expusieran doctrinas que el dogma creía inaceptables, llevó a que se impusiera en la juventud una manera de entender la autonomía, tal vez la más representativa de las aspiraciones reformistas en Colombia: la libertad de cátedra y de investigación”.¹⁶⁸

Esta tendencia de censurar y decidir lo apropiado e inapropiado para los contenidos académicos por parte de las autoridades civiles y eclesiásticas

¹⁶⁷ Molina, Gerardo, *Op. Cit.*, pp. 27-30.

¹⁶⁸ *Ibid.*, p. 33.

explica por qué desde este momento se empezó a identificar a la autonomía casi exclusivamente con la libertad de cátedra.

El reclamo por una educación universitaria autónoma seguía teniendo la urgencia derivada de las disputas bipartidistas. Para principios de los años 30, ya con el liberalismo en la presidencia, una importante figura académica que en sus años universitarios participó de las luchas estudiantiles, Germán Arciniegas, en su condición de representante a la Cámara, presentó un proyecto de ley orgánica para la Universidad Nacional,¹⁶⁹ que sostenía que el régimen universitario debía fundamentarse solamente en sus tres elementos constitutivos: profesores, estudiantes y egresados. Además defendía la necesidad de la autonomía total, para hacer independiente a la universidad de los cambios de régimen, el Estado por tanto debía hacerse cargo, solamente de los títulos universitarios, el resto de asuntos le competían exclusivamente a los tres estamentos ya mencionados. Al no ser esta una reforma moderada, se vio truncada en el Congreso, pero sirvió de sustento a una más moderada, realizada por el presidente López Pumarejo: la Ley 68 de 1935.

Para López, con el liberalismo en el poder y sobre todo con su proyecto de “Revolución en Marcha”, ya no era necesario luchar por la autonomía universitaria, pues aunque él mismo fue uno de los que la aclamó cuando se encontraba en la oposición, lo había hecho porque la consideraba un vehículo para conseguir las reformas que necesitaba el país, las cuales en teoría ya se estaban llevando a cabo, por tanto la autonomía debía llegar de una forma natural y tranquila, de la mano de los procesos de reforma del gobierno, debía ser un derecho adquirido.

En lo referente a autonomía, la Ley 68 de 1935 que regía a la Universidad Nacional, incluía a profesores y alumnos en los espacios de decisión, solamente dejaba fuera a los ex alumnos, pero es de destacar que cuatro miembros del Consejo Directivo dependían del presidente: dos

¹⁶⁹ *Ibid.*, p. 34.

ministros, un representante y el mismo rector. No obstante esta fuerte presencia gubernamental, se trataba de una ley de avanzada con respecto a los periodos anteriores, además de que por primera vez abrió espacios democráticos al interior de una universidad que representaba a un país cuyo gobierno intentaba también ser democrático.

Tal como Uribe Uribe y Arciniegas lo habían advertido años atrás, el regreso del conservatismo al gobierno en 1946 cambió de nuevo la política universitaria, con medidas reaccionarias ya mencionadas como el cierre de la Escuela Normal Superior, y en relación con la autonomía, con la derogación de la ley 68 de 1935.

A pesar del retroceso en la legislación y en la aplicación de la autonomía, el tema no estuvo menguado en el ambiente universitario, a partir de 1954,¹⁷⁰ las voces en reclamo por la autonomía, se empezaron a escuchar de nuevo, tal como lo refiere el pronunciamiento del estudiante Crispín Villazón, en artículo publicado en el periódico *el Tiempo* del año 1955:

“Lo que nosotros pedimos es cosa vieja en las universidades modernas. Basta repasar el contenido de las peticiones estudiantiles en aquellos países latinoamericanos donde los estudiantes, por su unidad, han logrado reformar la institución universitaria [...] Los estudiantes no son locos sino se les trata como tales. Lo peor es el miedo que se le tiene a la palabra ‘Reforma’. Nosotros no se lo tenemos porque aspiramos a una reforma limpia. Creemos que la reforma supone inmediatamente la autonomía plena”.¹⁷¹

En efecto, como Villazón lo señala, los estudiantes estaban tocando nuevamente un tema que estaba lejos de ser nuevo, por el contrario, se trataba de una demanda recurrente a escala nacional, que tomó especial

¹⁷⁰ Momento en el que los estudiantes cazaron una fuerte pelea con el presidente dictador, Gustavo Rojas Pinilla, debido a la represión de la que fueron víctimas en las jornadas del 8 y 9 de junio de 1954 y que generaron una visibilidad importante de los estudiantes en los medios de comunicación y a la postre, una organización relativamente estable.

¹⁷¹ Villazón de Armas, Crispín, “El debate sobre la reforma universitaria: autonomía y nuevos métodos”, en *El Tiempo-Lecturas Dominicales*, 12 de junio de 1955, p. 2.

fuerza en los primeros años de la década del sesenta. Luego de duros años en los que la Universidad Nacional fue dirigida por rectores conservadores e incluso un militar, el sector estudiantil se había consolidado y fortalecido por su apoyo al movimiento que derrocó a Gustavo Rojas Pinilla, y había empezado a discutir asuntos de carácter gremial que tocaban directamente sus intereses.

Fue así como al interior de la Universidad Nacional, a partir de las huelgas y enfrentamientos generados con las administraciones y con el propio gobierno, se puso en discusión la necesidad de volver a reformar los estatutos orgánicos de la institución, lo que desembocó en la promulgación de la Ley 65 de 1963 de régimen orgánico de la Universidad Nacional, que intentó retomar las garantías expresadas en la ley de 1935, consagrando la autonomía en relación con la organización, el gobierno, y la reglamentación académica, docente y administrativa.¹⁷²

Esta ley volvía a incluir a los estudiantes dentro del proceso decisorio y organizativo de la universidad, no solo asignándoles nuevamente un lugar en el Consejo Superior Universitario CSU, sino reconociendo oficialmente al Consejo Superior Estudiantil, que se conformaba de los consejos estudiantiles de cada facultad, órganos creados por iniciativa de los estudiantes y que son un ejemplo de la fortaleza a la que habían llegado los estudiantes en términos conciencia como comunidad y en pro de su organización interna. No obstante, si bien esta ley garantizaba por un lado la autonomía, por otro estipulaba que uno de los fines de la universidad era formar a los estudiantes dentro de los valores en que se funda la civilización cristiana (Artículo 2°), al tiempo que incluía dentro del CSU a un representante de la iglesia, a un representante de las academias y a dos ministros, todos estos evidentemente ajenos a la vida de la institución, lo que denota de alguna forma el lento camino del proceso de secularización de la educación superior en Colombia.

¹⁷² Ministerio de Educación Nacional, "Ley 65 de 1963", en *Diario oficial* Número 31270, 17 de enero de 1964.

Los episodios de lucha estudiantil del año 1971, una de las más importantes expresiones de su organización a nivel nacional del siglo XX, que giró en torno a la oposición a las políticas relacionadas con el Plan Atcon en el país,¹⁷³ no fueron ajenos a la demanda de la autonomía, de hecho fue uno de los pilares de su pliego petitorio frente al gobierno, denominado “Programa Mínimo”, en él, se exigían la implantación del co-gobierno en las instituciones, a través de un organismo que supiera a los Consejos Superiores Universitarios, que debían ser abolidos pues para los estudiantes, era ilegítimo que incluyeran a representantes de los gremios y el clero.¹⁷⁴ Lo cual efectivamente ocurrió, aunque por unos pocos meses en las universidades de Antioquia y Nacional.

Como se ha visto hasta aquí, la necesidad de que las instituciones de educación superior gozaran de autonomía fue expresada a lo largo del siglo XX tanto por intelectuales y políticos como por la organización estudiantil, sin embargo, ni en términos legales ni en su aplicación había sido posible esa conquista, salvo por los meses en que funcionó el co-gobierno en 1971 en las referidas universidades.

A la falta de voluntad política por parte de los gobiernos nacionales para reconocer una plena autonomía a las universidades, se sumó un factor adverso de fondo: el hecho de no contar con un aterrizaje normativo constitucional, tal como lo señala la investigadora Carol Villamil,¹⁷⁵ quien afirma que fue sólo a partir de la Constitución de 1991 que se dio un piso legal a dicho derecho, mejor desglosado en la Ley General de Educación de 1992.

¹⁷³ Tema que será tratado de manera más amplia en el tercer capítulo.

¹⁷⁴ Sobre los episodios de 1971 ver: Pardo, Miguel Ángel y Urrego, Miguel Ángel, “El movimiento estudiantil de 1971 en Colombia”, en González Marín, Silvia y Sánchez Sáenz, Ana María, *154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011, pp.481-500; y, Cote, Jorge, “El movimiento estudiantil de 1971: entre la homogeneidad y la heterogeneidad”, en Archila Neira, Mauricio; Cote, Jorge; Delgado, Álvaro, y otros, *Una historia inconclusa. Izquierdas políticas y sociales en Colombia*, Bogotá, CINEP-COLCIENCIAS, 2010, pp. 413-462.

¹⁷⁵ Villamil Ardila, Carol, “Alcance de la autonomía universitaria en Colombia, 1980-2002. Una reflexión desde la evolución legislativa y jurisprudencial”, en Zaruk, Xiomara (Coordinadora), *Autonomía Universitaria. Un marco conceptual, histórico, jurídico de la autonomía universitaria y su ejercicio en Colombia*, Bogotá, Asociación Colombiana de Universidades, 2004, p. 227.

Este vacío constitucional permitió cambiar y revertir en repetidas ocasiones las normativas institucionales y sobre todo que se haya consignado la autonomía sólo de manera retórica, tal como ocurrió con la ley de 1963. Esta ausencia también explica el hecho de que con el transcurrir de las décadas, ni las posturas académicas ni la legislación se desprendieron del todo de la tradicional reducción de la categoría de autonomía a la de libertad de enseñanza, heredada de toda la legislación del siglo XX, puesto que este último era el derecho amparado por la Constitución de 1886.

De esta forma, durante los años ochenta, el referido vacío constitucional se siguió manifestando, a pesar de que la política educativa intentó delinear normativamente el concepto de autonomía, aunque de nuevo, no sin cierta ambigüedad.

Así, la Reforma a la Educación Post Secundaria de 1980 definía la autonomía de la siguiente forma: “Artículo 18. Dentro de los límites de la Constitución y la Ley, las instituciones de educación superior son autónomas para desarrollar sus programas académicos y de extensión o servicio; para designar su personal, admitir a sus alumnos, disponer de sus recursos y darse su organización y gobierno. Es de su propia naturaleza el ejercicio libre y responsable de la crítica, de la cátedra, del aprendizaje, de la investigación y de la controversia ideológica y política”.¹⁷⁶

Si bien esta definición contemplaba como principio de las instituciones el hecho de ser autónomas, la misma ley incurría en contradicciones, por ejemplo, dándole un papel definitorio al Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior ICFES (institución gubernamental) en la aprobación y regulación de los programas académicos. Además el Decreto 080, le asignó la dirección de la Educación Superior al Gobierno Nacional, como la Constitución lo consagraba con los demás servicios públicos, junto con ello se reservó la facultad tanto de aprobar los reglamentos del personal docente, administrativo y estudiantil de las universidades, como de nombrar a través

¹⁷⁶ Ministerio de Educación Nacional, *Op. Cit.*, p. 8.

de sus representantes en los gobiernos regionales y locales a los rectores de las instituciones.

Este tipo de ambigüedades fueron denunciadas por los sectores estudiantiles en su momento, así, un análisis de la Reforma de 1980 en relación con la autonomía, realizado por el dirigente estudiantil de la Juventud Comunista José Antequera expresa:

“Las instituciones de educación superior no son autónomas para definir los programas académicos, porque esta facultad la tiene el ICFES mediante el decreto 089 de 1976, que ahora simultáneo a la reforma, se refuerza con la creación de los Consejos Académicos Asesores por los acuerdos 57 y 58 de mayo de 1976 [...] en segundo lugar se dice que son ‘autónomas para designar su personal docente’, no siendo así por el artículo 101 establece que el Estatuto para dicho personal que adopte el respectivo consejo superior, para su validez requiere la aprobación del gobierno. En tercer lugar se dice en el proyecto de decreto que son autónomas ‘para disponer de sus recursos’. En verdad el consejo superior no determina la elaboración del presupuesto porque tiene que sujetarse a un estricto catálogo de normas y en todo caso, tendrá que someter cada presupuesto a la aprobación del Ministerio de Educación”.¹⁷⁷

Habría que decir que hasta cierto punto, la Reforma de 1980 intentó caracterizar de manera más explícita un concepto unificado de autonomía, no obstante, la ausencia de un piso constitucional siguió permitiendo por un lado ambigüedades como la intervención del gobierno en las decisiones universitarias, y por otro, las libres interpretaciones que tendían sobre todo a equiparar autonomía y libertad de cátedra.

Una reflexión que evidencia esta falencia, es la declaración del rector de la Universidad América de Bogotá, luego de la publicación de la reforma de 1980, al cuestionársele sobre los lineamientos generales de este nuevo

¹⁷⁷ Antequera, José, “Regresivo estatuto de la U. Nacional”, en *Voz Proletaria*, 31 de enero de 1980, p. 4.

estatuto, el entrevistado responde que tiene dos principios básicos: la dirección del Estado y la libertad de enseñanza que “también se hallan expresos en la carta constitucional, si bien al sentir de muchos podrían formularse de modo más moderno y preciso. El principio de la libertad de enseñanza deriva para la educación superior hacia el principio de la autonomía universitaria, que el Gobierno consagró en los textos de la Reforma”.¹⁷⁸

Así, sobre la doctrina existente en cuanto a autonomía universitaria durante los años ochenta en Colombia, Carol Villamil explica que “al observar la vía escogida para precisar el contenido de la autonomía, se concluye que no hubo una elaboración conceptual en la que se tratara de definir a partir de categorías del derecho [...] influyó [en ello] la omisión de la consagración constitucional de la autonomía universitaria, la cual trató de suplirse con el estudio del precepto referido a la libertad de enseñanza. Para ello, los análisis de la autonomía fueron abordados a manera de una derivación o consecuencia del derecho citado – Art. 41 de la Constitución Política –, como lo muestran los textos siguientes: ‘Consecuencia de la libertad de cátedra, en el campo de la Educación Superior, es la autonomía universitaria’. ‘El Estado debe garantizar la autonomía, consecuencia de la libertad de enseñanza y de la libertad de educación’”.¹⁷⁹

Por último, cabe mencionar que existió otro tema de disputa entre estudiantes y autoridades en torno al concepto de autonomía, se trata del hecho de que para los primeros, tal concepto debería incluir la soberanía de la Universidad sobre el campus, lo cual nunca ocurrió ni en términos normativos ni mucho menos prácticos, a tal punto que la mayoría de episodios trágicos de protestas estudiantiles se relacionaron con la incursión de la fuerza pública a las instalaciones universitarias, para mencionar solo dos episodios, recuérdese el 8 y 9 de junio de 1954 y el 16 de mayo de

¹⁷⁸ Sin autor, “Rector de la Universidad América analiza la Reforma Universitaria”, en *El Tiempo*, Bogotá, febrero 4 de 1980, p. 12E.

¹⁷⁹ Villamil Ardila, Carol, *Op. Cit.* p. 227.

1984,¹⁸⁰ ambos ocurridos en la Universidad Nacional, que a su vez ayudaron a formar una fuerte tradición en la memoria estudiantil ligada a los héroes caídos.

Para ilustrar la posición de las autoridades al respecto, se puede observar la opinión del rector de la U.N Fernando Sánchez Torres precisamente a partir de los episodios de mayo de 1984: “un factor que ha contribuido a la crisis de la Universidad es el concepto equivocado de algunos estudiantes sobre la cuestión de la autonomía. Esta no es otra cosa que la libertad que tiene la Universidad para darse su propio régimen académico que incluye por supuesto la libertad de enseñar y aprender. Empero el creer que autonomía es sinónimo de soberanía se ha prestado para cometer graves atentados contra la institución y contra la sociedad, en general”.¹⁸¹ El rector se refiere a uno de los problemas más graves del 16 de mayo, en el que se desalojaron las residencias estudiantiles, con el argumento de que se habían convertido en un lugar de expendio de drogas y guarida de delincuentes.

Retomando, lo que se puede observar en torno al tema de la autonomía es que efectivamente ha sido una preocupación recurrente de la comunidad universitaria y de la opinión nacional. A principios del siglo XX, cuando la universidad era un reducido núcleo para la formación de elites nacionales, hacía parte de una disputa entre los dos partidos políticos hegemónicos, quienes terciaban por la implantación de la autonomía eran los propios personajes de la política nacional, pero a medida que la educación superior fue creciendo y se fue abriendo a nuevos grupos sociales, los miembros de la comunidad académica, formados en la misma universidad empezaron a apropiarse del tema como demanda.

¹⁸⁰ Fecha en que tras la quema de un bus en frente de la Universidad Nacional, la policía allanó el campus y lo desalojó de manera violenta, dejando un saldo de más de 70 detenidos, decenas de heridos y el relato jamás comprobado de que se presentaron muertes y desapariciones. Tras estos episodios, la Universidad Nacional estuvo cerrada por cerca de un año. Este tema se ampliará en el tercer capítulo.

¹⁸¹ Santamaría, Germán, “U.N. habrá que manejarla con medidas de excepción”, en *El Tiempo*, 27 de mayo de 1984, pp. 1ª y 5C.

De esta forma los estudiantes, fueron asumiendo la autonomía como una de sus principales banderas, por ser la más clara, la más antigua y la que los acercaba a legitimar sus demandas al interior de la vida universitaria como sucede en el resto del continente latinoamericano. Durante todo el siglo XX, y con ello, también durante la década de los ochenta, no se dejó de debatir el tema y de ponerse en primer lugar como parte de las peticiones del sector estudiantil.

2.2. Conclusiones

Es importante tener en cuenta que el contexto educativo a nivel continental, nacional y local encierra el marco de posibilidades de acción de los grupos estudiantiles y el conjunto de temas y de lenguajes que permiten el desarrollo y socialización de las inconformidades, los disensos y las reacciones de la contraparte del Estado y de las políticas educativas que en este caso son precisamente los estudiantes.

Puede afirmarse de manera general que el panorama educativo superior a nivel nacional y local durante el periodo de estudio presenta un fenómeno de crecimiento, heredado de las décadas inmediatamente anteriores, lo cual también había venido ocurriendo en América Latina, en el que el sector privado había sido el principal beneficiario, a tal punto que se hizo necesario que el gobierno interviniera para regular, delimitar y controlar a través de la normatividad y con ello atacar fenómenos como el de la baja calidad, la proliferación de instituciones improvisadas y el de la llamada “doctoritis”, que por otra parte, se habían engendrado bajo su permisividad.

Sin embargo, también es necesario destacar que a pesar del crecimiento relativo, en contraste con otros países de Latinoamérica, como Argentina, los números eran muy inferiores, además de que el porcentaje de población en edad escolar atendida era muy bajo. Esto, sumado a la falta de políticas efectivas que promovieran la investigación, a pesar de haber sido una pretensión desde la segunda mitad del siglo XX, demuestra la debilidad

de las políticas educativas del estado colombiano y de cierta manera que el proceso de institucionalización de la educación superior en Colombia ha sido más lento que en el resto de la región.

La normatividad bajo la que se rigió el periodo intentó corregir errores y sobre todo unificar criterios que en realidad en muchos casos eran necesarios, pero continuó en la tradicional ambigüedad de todo el siglo XX, al reservar un fuerte papel interventor al Estado sobre las universidades, con lo que la autonomía siguió siendo una asignatura pendiente que los sectores estudiantiles continuaron abanderando entre sus demandas en cada una de sus movilizaciones.

Capítulo 3. “Luchas estudiantiles en Bogotá, 1980-1991”

“Pero la lucha continuó, porque los sueños no son patrimonio de una generación, ni de una época; el país exige transformaciones y la convicción de llevarlas a cabo ha perdurado en los estudiantes y otros sectores sociales”.

Manuel Ruíz Montealegre

El presente capítulo se encuentra dedicado al análisis específico de las luchas estudiantiles que se presentaron en Bogotá durante los años 1980-1991, en referencia al proceso histórico y a sus actores, para dar cuenta de su comportamiento, sus modelos de organización, sus principales demandas y sus manifestaciones representativas durante el periodo de estudio.

A lo largo del texto se mostrará cómo aunque las luchas se encontraban desarticuladas organizativamente en estos años, los estudiantes no guardaron silencio y manifestaron su preocupación y compromiso con asuntos tanto gremiales como políticos, fundamentalmente alrededor de temas como, los estatutos y reformas de la política educativa del periodo, el bienestar estudiantil, y el antineoliberalismo.

Así mismo, se ha querido destacar la existencia de nuevas formas de organización dentro y fuera de los partidos de izquierda y de las agremiaciones estudiantiles, a través sobre todo de los grupos de trabajo, estudio y cultura, los cuales poseían una postura crítica del sistema de educación superior y de la política nacional, que se ve reflejada en sus publicaciones y eventos.

3.1. Luchas estudiantiles 1980-1991, el caso de Bogotá

El texto que sigue a continuación se acoge a la aclaración de Mauricio Archila ya citada en la introducción en la que se refiere a la heterogeneidad de los sectores estudiantiles y su continuidad de cambio en el tiempo, por lo que se ha asumido la categoría de lucha o protesta, bajo el reconocimiento de que no existió la suficiente cohesión organizativa duradera para poder

hacer referencia a un movimiento, aunque tal como lo observa Álvaro Acevedo para las décadas anteriores, tales manifestaciones guardan una unidad en sus demandas. Además, las expresiones estudiantiles y la lucha por una universidad de calidad y un mejor país no cedió durante estos años, lo que ocurre es que cambiaron los frentes, se reforzaron los grupos de trabajo, y los estudiantes no se hicieron visibles a través de grandes coyunturas, como las de 1957 o 1971, pero no dejaron de estar visiblemente preocupados por su entorno gremial y generacional.

Se reconoce la existencia, de dos enfoques desde los cuales se ha estudiado a este actor y a sus luchas, que devienen justamente de sus principales reivindicaciones, a las que hemos hecho alusión como una agenda doble. Por un lado se encuentran entonces las preocupaciones en el orden específicamente gremial, es decir, los asuntos relacionados con presupuesto, bienestar estudiantil, instalaciones, o conflictos administrativos relativos a la universidad o al sistema educativo en general.

Por otro lado, se evidencian las inquietudes políticas y sociales del entorno local y nacional, que suelen estar ligadas a la militancia partidista casi siempre de izquierda o incluso anarquista, y como veremos al final del periodo, a una vinculación con la ciudadanía y el ejercicio de la democracia sin que medie necesariamente una filiación partidista.

Esta versión es confirmada por Claudio Rama para el contexto latinoamericano al afirmar que, “el movimiento estudiantil latinoamericano, desde su inicio, se orientará en dos direcciones: una, más inclinada hacia la política, y otra que, sin separarse de la acción social, centrará su actividad en los procesos internos de la universidad, en el acceso a ella y en los modos de participación”.¹⁸²

¹⁸² Rama, Claudio, *Op. Cit.*, p. 42. Sobre el caso colombiano ver también: García, Martha Cecilia, “Luchas estudiantiles”, en Archila Neira, Mauricio, Delgado, Álvaro, García, Martha Cecilia y Prada, Esmeralda. *25 años de luchas sociales en Colombia, 1975-2000*, Bogotá, Cinep, 2003; Jácome, Javier Mauricio y López Gómez, Manuel Eduardo, *El ocaso de una comunidad crítica, análisis del discurso en una universidad pública. Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, de 1983 a 1987*, Tesis para optar por el título de politólogos, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2004.

Se recoge también aquí, la objeción de Mauricio Archila, respecto a que la mayoría de los estudios que se han preocupado por las luchas de los estudiantes lo han hecho desde su militancia política, descuidando así sus dimensiones generacional y cultural.¹⁸³ Es por esta razón que se intenta leer a las luchas estudiantiles desde sus demandas gremiales y políticas, pero también desde la memoria de su generación estudiantil, asunto que se abordará en el cuarto capítulo.

3.1.1. Breve recorrido por las luchas estudiantiles a escala nacional

De acuerdo con el ya citado texto “Entre la academia y la política: el movimiento estudiantil en Colombia, 1920-1974” de Mauricio Archila las luchas estudiantiles comenzaron en Colombia desde los años veinte del siglo XX.

En la década existían muy pocas universidades en el país, de las cuales en Bogotá se encontraban tres privadas y una estatal, la Universidad Nacional. En este escenario, las ideas de Córdoba influyeron, en el pensamiento e ideas de los estudiantes colombianos y sobre todo de los bogotanos, que se desenvolvían en un ambiente institucional más urbano y elitista. De hecho, los estudiantes proclamaron sin éxito sendas reformas a la imagen de la de Córdoba en Medellín en 1922 y en Bogotá en 1924.¹⁸⁴

Durante este periodo se presentaron algunas protestas por motivos académicos, generalmente por choques políticos con el ambiente confesional que reinaba en la universidad. Otras protestas estuvieron relacionadas con la situación política del momento, por ejemplo la denominada “de la Rosca”, en el año 1929, desarrollada contra los presuntos malos manejos de la administración de la capital, y durante la cual fue asesinado el primer estudiante del que se tiene cuenta en la memoria de los héroes estudiantiles caídos: Gonzalo Bravo Pérez, este episodio constituyó a su vez el primer

¹⁸³ Archila Neira, Mauricio, “Entre la academia y la política...”, *Op. Cit.*, p. 158.

¹⁸⁴ Jiménez, Absalón, *Op. Cit.*, p. 2.

enfrentamiento en una larga lista de eventos que opusieron a los sectores estudiantiles con los militares.¹⁸⁵

El nivel económico de los estudiantes, junto con lo restringido de su acceso a la universidad, los convertía en una especie de élite letrada que contaba con el apoyo de los sectores políticos bipartidistas, es decir los partidos Liberal y Conservador y con la tribuna de la prensa, lo que desembocaba en la escasa independencia política de estos grupos, que de alguna manera se comportaban como cuadros juveniles de los partidos tradicionales, ya que “aunque algunos estudiantes coquetearon con el socialismo, el bipartidismo era la expresión mayoritaria de los jóvenes en esos años”.¹⁸⁶

Situación que no cambió significativamente en la década de los treinta, durante el gobierno liberal de Alfonso López Pumarejo, cuyo discurso logró envolver a un importante grupo de estudiantes, muchos de los cuales llegaron incluso a participar de su administración. A lo largo de los años cuarenta se presentaron menos protestas estudiantiles, o por lo menos, protestas visibles, y las que tuvieron lugar fueron de origen conservador, en contra del gobierno y propuestas realizadas por López. Durante estos años, concretamente durante el periodo de 1935 a 1939 se conformó la Federación de Estudiantes de Colombia FEC, hecho de importante significación en el proceso organizativo estudiantil, sin embargo, las federaciones estudiantiles se consolidaron y popularizaron a partir de la década del 70.

Un evento de importante trascendencia en la tradición de las luchas estudiantiles en Bogotá, y que a su vez es otro de los hitos fundacionales de la memoria estudiantil, es el de la activa participación de este grupo social en la caída de la dictadura de Gustavo Rojas Pinilla (1953-1957). El comienzo

¹⁸⁵ Algunos apartes del himno estudiantil enarbolado por los estudiante en la década de 1950 lo recuerdan de la siguiente forma:

“Bravo Pérez era el signo de la causa estudiantil. (bis)

Por eso lo asesinaron

con disparos de fusil”. (bis)

Fuente: “Himno de los Estudiantes Colombianos”, Colectivo Memoria y Palabra, <http://memoriaypalabra.blogspot.com/>, 9 de junio de 2010.

¹⁸⁶ Archila Neira, Mauricio, “Entre la academia y la política...”, *Op. Cit.*, p. 163.

del conflicto se generó a raíz del enfrentamiento entre estudiantes y fuerza pública en la Ciudad Universitaria el 8 de junio de 1954 durante una jornada de esparcimiento de los estudiantes, previa al carnaval universitario, en el que fue asesinado por el ejército, el estudiante de medicina y filosofía de la Universidad Nacional, Uriel Gutiérrez.¹⁸⁷

Ilustración No. 1: [Enfrentamiento entre estudiantes y fuerza pública en la Universidad Nacional. 8 de junio de 1954]



Fuente: *El Tiempo*, 9 de junio de 1954, p. 1A

La imagen ilustra los enfrentamientos entre la fuerza pública y los estudiantes en inmediaciones de la Calle 26 en la Ciudad Universitaria.

Al siguiente día, los estudiantes organizaron una manifestación hacia el centro de la ciudad en protesta por el asesinato de Gutiérrez, tras lo cual fueron recibidos con disparos por parte nuevamente de la fuerza pública, con un saldo de 10 estudiantes muertos. Este nuevo enfrentamiento entre el Estado, en este caso representado sobre todo por el militarismo que nuevamente se enfrentaba a los sectores estudiantiles, se ha constituido también en uno de los hitos de la memoria, de hecho se consagró el 9 de

¹⁸⁷ Otro apartado del citado Himno de los Estudiantes Colombianos reza:
 “Cuando nuestro Uriel cayó
 la verdad lo protegía; (bis)
 representaba el emblema
 de nuestra filosofía.(bis)
 Eran más de veinte cuerdas llenas de pañuelos blancos;
 (bis) los asesinos mataron
 por todos los cuatro flancos. (bis)”

junio como el día del estudiante en alusión a esta masacre, pero sobre todo en reivindicación de las luchas estudiantiles.

Los estudiantes se sumaban así al ambiente de descontento que reinaba en varios sectores de la sociedad respecto del gobierno militar, el cual se había desencadenado entre otras razones, por la censura del gobierno a la prensa y a la radio, y por la explosión de unos camiones del ejército que dejó varios centenares de muertos en la ciudad de Cali en 1956. Con estos antecedentes, los estudiantes y su movilización desempeñaron un importante papel a través de su presencia como conductores de la protesta social en las jornadas de 1957 que desencadenaron la caída de Rojas como Presidente de la República. Esta participación ocasionó un amplio reconocimiento por parte de la prensa y los partidos tradicionales, con lo que el Frente Nacional inició con muy buenas relaciones entre los estudiantes y las élites políticas.¹⁸⁸

Durante esta coyuntura política de liderazgo estudiantil fue creada la Federación de Estudiantes de Colombia FEC en el año 1954, en primer lugar como mecanismo de oposición a la dictadura, pero también por la necesidad de representación de los estudiantes ante las autoridades y el gobierno. Ahora bien, esta iniciativa y la organización durante la dictadura militar se llevó a cabo sobre todo en universidades privadas liberales ya en que la Universidad Nacional el gobierno había implantado un régimen bastante represivo, imponiendo rectores conservadores e incluso un militar, así “principalmente era en universidades privadas de ascendencia liberal, como la Universidad Libre y el Externado de Colombia, donde existía un ambiente más propicio para el debate y el cuestionamiento del régimen, y en consecuencia de la orientación que éste venía dando a la educación, pues por su condición de centros privados liberales se veían ausentes del influjo

¹⁸⁸ Ruíz Montealegre, Manuel, *Op. Cit.*, p. 54.

de la política oficial, a diferencia de lo que ocurría en la Universidad Nacional”.¹⁸⁹

Estos eran estudiantes progresistas y democráticos que conocían la reforma de Córdoba y querían que el país regresara a la democracia pero también que se hiciera una reforma a la universidad. Hay que tener en cuenta que en este momento había también dictaduras en otros países como Cuba, Nicaragua, Venezuela y Guatemala, por lo cual el sentimiento antimilitarista reinaba en la universidad.

Dentro de los fines de la FEC se encontraba entonces la búsqueda de una reforma universitaria con autonomía académica, administrativa y financiera y, otros puntos, todos gremiales, es decir, relacionados con la educación. En general se recogían los postulados de la reforma de Córdoba.

Posteriormente, tras la caída de Rojas Pinilla, en el marco del ambiente de conciliación nacional del naciente Frente Nacional se convocó el Primer Congreso Nacional Estudiantil para el 27 de junio del 57 en Bogotá, durante el cual se creó la Unión Nacional de Estudiantes de Colombia, como una organización gremial de carácter nacional, que recogía a la FEC y a la Federación de Universitarios de Colombia FUC, creada años atrás por el gobierno conservador.

En esta nueva etapa, llegaron al mundo universitario concepciones políticas y gremialistas que el ambiente democrático permitía. Por ejemplo se empezó a estudiar a profundidad el tema de la autonomía universitaria y otros temas que llegaron a innovar en el escenario. En periódicos como *Junio* de la UNEC se publicaban artículos del filósofo Estanislao Zuleta sobre homosexualismo y prostitución, también se debatía sobre el ideario del peruano José Carlos Mariátegui.¹⁹⁰ En la Universidad Libre, profesores como Gerardo Molina, Germán Zea Hernández, y Diego Montaña Cuellar, guiaban actividades extracurriculares con ideologías nuevas en el contexto, como el marxismo.

¹⁸⁹ *Ibid.*, p. 59.

¹⁹⁰ Ruíz Montealegre, Manuel, *Op. Cit.*, p. 70.

Estos debates que fueron entrando al mundo estudiantil, propiciaron un paulatino desplazamiento de la posición de los estudiantes como apoyo a las elites políticas, a un sector crítico de la sociedad que en un futuro se enfrentaría a su anterior aliado. Sumado a esto, el Partido Comunista había recuperado su legalidad con la caída de la dictadura, lo que permitió que la Juventud Comunista empezara a tomar un cierto impulso dentro de la organización estudiantil, concretamente dentro de la UNEC. Por otro lado, la Universidad Nacional también fue recuperando espacios para la difusión de ideas renovadoras adicionales al tradicional bipartidismo.

De acuerdo con el ya citado Manuel Ruíz Montealegre, fue a raíz de este tipo de debates que las luchas estudiantiles empezaron a establecer las dos líneas sobre las que se concentraron sus discusiones: los asuntos políticos, que ya habían sido tocados desde años anteriores, y los temas gremiales, por ejemplo el bienestar universitario, que durante el Frente Nacional ocupó la agenda estudiantil. Sin embargo, estas dos líneas también serían una fuente de disputas y discordias al interior del propio movimiento entre quienes apoyaban solamente la lucha gremial y quienes propendían por asumir una postura política sin abandonar los asuntos gremiales, esta situación empezó a presentarse sobre todo a partir de la influencia del marxismo y el Partido Comunista.

Durante la década de 1960 se empezaron a registrar las primeras huelgas universitarias de carácter reivindicativo, por la calidad de algunos programas pero sobre todo por la exigencia de un nuevo estatuto orgánico diferente al que había implantado la Junta Militar que sustituyó a la dictadura. Lo cual se conseguiría finalmente con expedición de la ya citada ley 65 de 1963, que como ya se explicó, dio espacio a los estudiantes y profesores dentro del Consejo Superior Universitario y reconoció además a la organización estudiantil como parte del organigrama institucional, a través de los consejos estudiantiles de Facultad que conformaban un gran Consejo Superior Estudiantil, pero que también daba cabida dentro del CSU a representantes de la iglesia, de las academias y del gobierno.

De tal manera que esta victoria transitoria, ocasionaría en menos de 10 años un nuevo episodio de luchas, pues estas ambigüedades en la Ley serían uno de los principales puntos a atacar por parte de los estudiantes en los episodios de 1971.

Además de la presencia de la UNEC, la recientemente creada Federación Universitaria Nacional FUN, como organizaciones gremiales y, la Juventud Comunista y el Movimiento Revolucionario Liberal MRL,¹⁹¹ como organizaciones políticas, los años sesenta se caracterizaron sobre todo porque la organización estudiantil en particular y el mundo estudiantil y universitario en general se vieron fuertemente influenciados por la Revolución Cubana y el sentimiento antiimperialista, incluso hasta el punto de su participación en proyectos revolucionarios armados que intentaban seguir las mismas estrategias cubanas de la guerrilla foquista, con el apoyo de ese país. “Vale recordar que la primera guerrilla inspirada en la revolución cubana, el Movimiento Obrero Estudiantil Colombiano, MOEC, nació bajo la dirección de Antonio Larrota, dirigente de la UNEC en su época de estudiante y quien con el triunfo de la revolución se desplazó a la Isla en busca de apoyo para la lucha guerrillera en Colombia”.¹⁹²

Tras los continuos fracasos del MOEC para establecerse exitosamente como foco, el asesinato de Larrota con el patrocinio de agentes del Estado, y las críticas de otros sectores beligerantes a esta organización, el apoyo cubano se desvió hacia el naciente Ejército de Liberación Nacional en 1964, que bajo la dirección de los hermanos Vásquez Castaño y contando con una amplia participación de líderes estudiantiles, implementó la táctica del foquismo.¹⁹³

¹⁹¹ Disidencia del Partido Liberal fundada por el futuro Presidente Alfonso López Michelsen, que durante los años sesenta se dividió en dos bloques, la línea blanda, representada por López y un grupo más radical de línea pro cubana.

¹⁹² Ruíz Montealegre, Manuel, *Op. Cit.*, p. 104.

¹⁹³ Urrego Ardila, Miguel Ángel, “El Movimiento Obrero, Estudiantil y Campesino (MOEC), los debates sobre la violencia revolucionaria en Colombia y el abandono del foquismo (1959-1969), en Urrego Ardila, Miguel Ángel y Oikión Solano, Verónica, *Violencia y sociedad. Un hito en la historia de las izquierdas en América Latina*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas UMSNH, El Colegio de Michoacán, 2010, p. 371.

La FUN, tenía como base la organización de los Consejos Estudiantiles universitarios y contaba dentro de sus banderas con una temprana crítica al crecimiento del sector privado en la educación superior como política de Estado,¹⁹⁴ lo cual como se ha visto, se convertiría en una de las principales quejas de los estudiantes en la década de los ochenta. De esta forma, el tema de la privatización junto con el de la autonomía se fue emplazando, sobre todo a lo largo de la segunda mitad del siglo XX, en el eje central de las luchas estudiantiles.

Durante 1964 se llevó a cabo la mítica marcha, precedida de una huelga, de los estudiantes de la Universidad Industrial de Santander desde la ciudad de Bucaramanga hacía Bogotá. Este evento tuvo un alto impacto en la opinión pública a nivel nacional y logró una recordación en la memoria estudiantil por la simpatía que despertó en amplios sectores sociales, según los testimonios de algunos de los estudiantes que participaron de esta marcha,¹⁹⁵ durante su recorrido, los pobladores de los municipios por los que atravesaban, por los departamentos de Santander, Boyacá y Cundinamarca, expresaban su solidaridad con los estudiantes, aprovisionándolos e incluso acompañándolos por tramos en la caminata. Una importante figura perteneciente a la FUN, que adquirió amplia visibilidad en esta marcha fue el estudiante, Jaime Arenas Reyes quien posteriormente se unió a las filas del Ejército de Liberación Nacional, de las que terminó desertando por desacuerdos con la dirigencia de la organización que entre otras cosas, había ejecutado a la totalidad de los compañeros universitarios que se habían unido con él en esta empresa armada, finalmente, él mismo fue asesinado por comandos urbanos del ELN en las calles de Bogotá en 1971.

Una importante figura de esos años, fue la del sacerdote Camilo Torres Restrepo, uno de los fundadores del Departamento de Sociología de la Universidad Nacional de Colombia, líder social de destacado carisma, con

¹⁹⁴ Ruíz Montealegre, Manuel, *Op. Cit.*, p. 153.

¹⁹⁵ Acevedo Tarazona, Álvaro, González Rey, Diana Crucelly, "Protesta y movilización estudiantil, 1964. Memoria de una marcha en la Universidad Industrial de Santander", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 38, N° 2, Bogotá, Julio-Diciembre de 2011.

un importante número de seguidores y quien también tomó las armas (1965) con el ELN.

Sin lugar a dudas, la figura de Camilo acompañó la idea de un grupo de estudiantes sobre la revolución como única salida a los problemas del país, por lo que la sola lucha como gremio había dejado de ser suficiente, una frase del sacerdote ilustra la forma en que la revolución era vista: “lo que me hace fundamentalmente sacerdote es hacer que mis hermanos se amen entre sí en una forma eficaz y yo creo que la eficacia del amor no se logra sino con la revolución”.¹⁹⁶

Sobre esta relación de un sector estudiantil con las guerrillas, Mauricio Archila afirma que, llevó “al borde del suicidio a valientes movimientos estudiantiles. La culpa corresponde más a los que tienen la función política – partidos de derecha e izquierda y al mismo Estado – que a los mismos estudiantes, quienes buscaban construir mundos mejores así fuera, en general, desde sus aulas de clase y sus profesiones”.¹⁹⁷

Esto no quiere decir, que la mayoría de la opinión dentro de los sectores estudiantiles apoyara la opción armada, de hecho fue una fuente de pugnas entre quienes la apoyaban y quienes no.

Este tipo de disputas, incluidas las derivadas de la división internacional de las líneas China y Moscú, sumadas a la ruptura de relaciones del gobierno con la FUN, que fue declarada ilegal por el gobierno de Carlos Lleras Restrepo (1966-1970), quien había casado una pelea personal con los sectores estudiantiles desde 1964 por un episodio en que fue retenido durante una visita a la ciudad universitaria, debilitaron de manera significativa a la organización.

Fue hasta el año de 1971 que se volvieron a articular las fuerzas estudiantiles, en uno de los episodios de mayores proporciones del siglo XX, que logró unir a gran parte de las universidades del país. Producida durante

¹⁹⁶ Universidad Nacional de Colombia, *Proyecto Patrimonio Vivo*, “Documental sobre Orlando Fals Borda”.

¹⁹⁷ Archila Neira, Mauricio, “Entre la academia y la política...” *Op. Cit.*, p. 174.

la recta final del modelo del Frente Nacional, la lucha de 1971, abarcó varios meses de ese año, y representó un rechazo de las medidas adoptadas por el Plan Básico de Educación Superior, el cual recogía las recomendaciones realizadas en el Plan Atcon, entre ellas el rechazo a los créditos de las entidades internacionales.

La lucha estudiantil de 1971 surgió en la Universidad del Valle, pero pronto se propagó a casi todo el país. Las peticiones en el Valle, y en el resto de universidades eran entre otras, la salida de organizaciones representantes del sector privado como la ANDI y Fenalco y de la iglesia católica de los consejos superiores universitarios, y la suspensión de los créditos otorgados por el Banco Interamericano de Desarrollo.

Otras demandas de esa misma movilización tuvieron que ver con la calidad de la educación superior, el papel del ICFES y el cerrado gobierno dentro de las universidades. Se buscaba generar un co gobierno que remplazara a los Concejos Superiores Universitarios CSU, lo cual se alcanzó en universidades como la Nacional y la de Antioquia, logro que sin embargo se diluyó muy pronto, durante ese mismo año, debido a la presión por parte de diversos organismos del Estado y a la falta de acuerdos internos del movimiento.¹⁹⁸

No habría que dejar de mencionar para esta década, la fuerte relación que tuvo el movimiento magisterial con los sectores estudiantiles, fundamentalmente con la Universidad Pedagógica Nacional, que como ya se destacó, es una institución dedicada a la formación de maestros. Durante los años setenta una buena parte de sus estudiantes estaban ya vinculados laboralmente como docentes, y acudían a la Universidad a profesionalizarse para entrar en el escalafón, por lo que muchas de las protestas

¹⁹⁸ Pardo, Miguel Ángel y Urrego, Miguel Ángel, "El movimiento estudiantil de 1971 en Colombia", en González Marín, Silvia y Sánchez Sáenz, Ana María, *154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011. P. Ver también el artículo de Jorge Cote en Archila Neira, Mauricio, Cote, Jorge, Delgado, Álvaro, García, Martha Cecilia y otros. *Una historia inconclusa. Izquierdas políticas y sociales en Colombia*, Bogotá, CINEP-COLCIENCIAS, 2010.

magisteriales, contaban con la solidaridad de la organización estudiantil de la Pedagógica y viceversa.¹⁹⁹

3.1.2. Actores y luchas estudiantiles 1980-1991

El periodo comprendido entre 1980 y 1991, fue particularmente difícil, no sólo para los sectores estudiantiles, sino para la movilización social en general, debido a la fuerte ola de violencia que azotó con particular crudeza a la izquierda del país, y dentro de la cual muchos militantes de ésta que al tiempo se desempeñaban como líderes estudiantiles fueron asesinados o desaparecidos. Esta adversidad de alguna manera pudo haber dificultado – junto con las pugnas políticas – la reagrupación de un movimiento cohesionado como el de 1971 o la construcción de uno nuevo sobre la base de las preocupaciones contemporáneas en relación con la universidad, la educación, el país y el futuro mismo de la juventud.

En realidad, el periodo de estudio enmarca, como se vio en el primer capítulo un escenario de crisis institucional del Estado, en el que este se vio rebasado por la violencia heredada de décadas anteriores, y financiada ahora por el narcotráfico. El Frente Nacional, que ya había llegado a su fin, generó una nueva oleada de violencia pues “cerró las puertas a los terceros partidos, empobreció la política colombiana, fortaleció la oposición de partidos como el MRL y la ANAPO y fue una de las razones usadas para la justificación del surgimiento de los grupos armados”.²⁰⁰

El sector estudiantil fue uno de los más golpeados en su organización en este escenario, pues con el recrudecimiento de la violencia, la opinión pública fue retirándole cada vez más su apoyo, al relacionarlo con la lucha

¹⁹⁹ Juvenal Nieves, 58 años aproximadamente, profesor retirado del Distrito Capital, ex sindicalista y participe de las luchas estudiantiles durante la década de 1970.

²⁰⁰ Urrego Ardila, Miguel Ángel, *Op. Cit.*, p. 367.

armada y ver de manera crítica el uso del “tropel”²⁰¹ como mecanismo de protesta, muy recurrente en estos años.

Al interior de las luchas esto mismo causó grandes desencuentros que en gran medida impidieron una reorganización, el nuevo debate era el uso inadecuado del “tropel” y atraer a nuevos integrantes era cada vez más difícil debido al temor réinate y a los prejuicios, por lo que una gran mayoría de estudiantes, prefería mantenerse al margen de la organización, la crítica y el debate, para salvar la integridad y lograr culminar los estudios en medio de un sistema de educación superior que también se encontraba en crisis financiera, normativa y de calidad. Por estas razones, es fundamental intentar comprender a estos actores, sus demandas y sus mecanismos de organización, que se movieron en un escenario de adversidad en el que lo más fácil habría sido guardar silencio.

Los actores que se han tenido en cuenta para la construcción de este escrito son fundamentalmente los sectores estudiantiles universitarios de Bogotá, incluyendo tanto a las universidades públicas como a las privadas, dentro de las que destacan²⁰² por un lado, las tres principales públicas de la ciudad: Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Universidad Pedagógica Nacional y Universidad Nacional de Colombia, y por otro, dentro de la amplia gama de universidades privadas, figuran la Autónoma de Colombia, Gran Colombia, Libre e INDESCO.²⁰³ Estas últimas si bien pertenecían al sector privado, no eran necesariamente de élite, más bien solían acoger a sectores medios de la población.

Mención aparte merecen las universidades del Rosario, Javeriana y Externado de Colombia, por su relación con el denominado movimiento de la

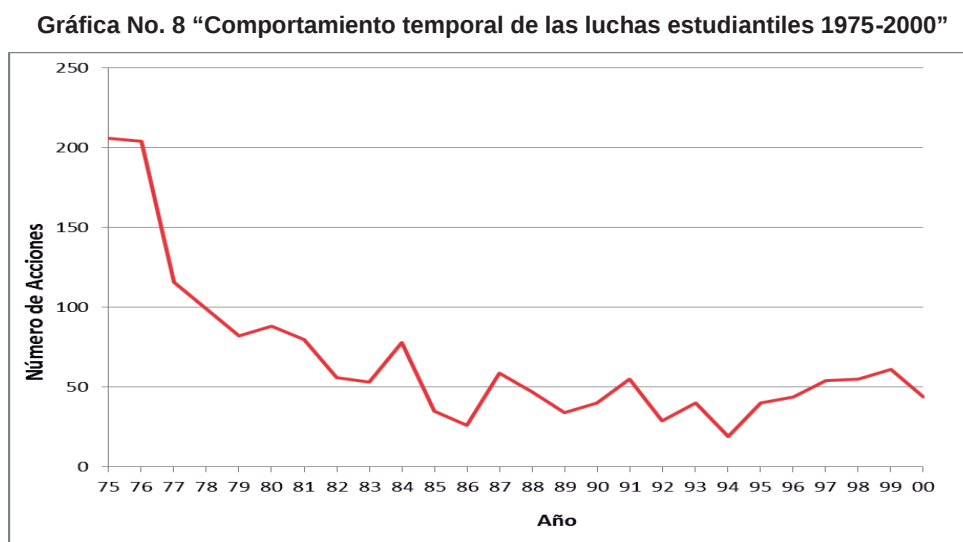
²⁰¹ Término con el que se hace referencia a la protesta estudiantil en la que se utilizan piedras, artefactos contundentes e incluso explosivos, para enfrentarse a la fuerza pública y en ocasiones causar destrozos materiales.

²⁰² Por el número de apariciones en las principales fuentes de presa consultadas: el periódico *Voz Proletaria* y *El Tiempo*, y en el archivo de Prensa Estudiantil, ubicado en la Universidad Nacional de Colombia.

²⁰³ Actual Universidad Cooperativa de Colombia.

“Séptima Papeleta” – conformado en su gran mayoría por estudiantes de estas universidades – de la que se tratará más adelante.

Antes de adentrarse en las demandas y en los factores de movilización, conviene echar un vistazo a las cifras del periodo.²⁰⁴ Así por ejemplo, en la gráfica No. 8 se evidencia una caída en el número de movilizaciones estudiantiles en el periodo, con respecto a los años anteriores, salvo por un repunte en el año 1984, que se debe con seguridad a los sucesos posteriores al 16 de mayo en la Universidad Nacional de los que se tratará en un apartado posterior.



Fuente: García, Martha Cecilia, *Op. Cit.*, p. 172.

Si bien estos datos recogen las cifras de todo el país, puede asumirse que la situación específica de Bogotá no debió diferir substancialmente del promedio nacional, sobre todo teniendo en cuenta que Bogotá es la ciudad con mayor presencia de educación superior a nivel nacional. Las razones para este descenso pueden residir, en primer lugar, en que la etapa inmediatamente anterior, es decir, los primeros años de la década de 1970,

²⁰⁴ Las gráficas han sido tomadas de García, Martha Cecilia, “Luchas estudiantiles”, en Archila Neira, Mauricio, Delgado, Álvaro, García, Martha Cecilia y Prada, Esmeralda, *25 años de luchas sociales en Colombia, 1975-2000*, Bogotá, Cinep, 2003, quien ha extraído sus cifras de la Base de Datos de Luchas Sociales del Cinep, pp. 170-195.

en los cuales, a raíz del ya citado movimiento de 1971 se presentaron huelgas, paros, asambleas y marchas por todo el territorio nacional, lo que sin lugar a dudas contribuyó a aumentar considerablemente las cifras.

El ambiente de la década anterior también se nutrió del efervescente contexto latinoamericano surgido a partir de 1968, con el movimiento estudiantil de ese año producido en México, el arribo de Salvador Allende en Chile en 1970 y más tarde con la revolución sandinista en Nicaragua en 1978, lo cual, sumado al impacto del ya referido Paro Cívico Nacional de 1977 en Colombia, permitieron que en la década del 70 estuvieran particularmente las expresiones de protesta y organización popular.

Es necesario considerar también, además los factores externos adversos a las luchas, que de alguna manera ya se expusieron. Martha Cecilia García lo explica en los siguientes términos:

“El año 76 terminó con saldo rojo para la educación y marcó el punto de inflexión de la protesta estudiantil en el país que, hasta finales del periodo de estudio [año 2000], no volvería a tener la magnitud de estos años iniciales. A la disminución de las luchas contribuyó en gran medida la represión que se ejerció sobre ellas, tanta confrontación directa entre estudiantes y fuerza pública, tanta actitud airada contra la universidad de parte de autoridades civiles, militares y eclesiásticas y de medios de comunicación. La represión violenta al estudiantado, además de haber lanzado a la clandestinidad a buena parte de las organizaciones estudiantiles, alejó la posibilidad de discutir y reflexionar sobre las distintas expresiones de la crisis educativa en el país. La violencia dejó como resultado muchos estudiantes marcados por la tortura, el encarcelamiento, el juzgamiento por militares, cuando no muchos muertos y un apreciable descenso del entusiasmo por la movilización y la protesta. Otra cuota de responsabilidad les cabe a los

enfrentamientos ideológicos entre las diversas corrientes de izquierda que se movían en las filas del estudiantado activo”.²⁰⁵

El Estatuto de Seguridad del gobierno de Turbay Ayala que en términos generales decretaba un estado de sitio permanente (1978-1982) pudo haber sido uno de los principales factores en este descenso, de hecho, durante los primeros años del periodo de estudio, es una de las contantes quejas por parte de los estudiantes, tal es el caso del asesinato del estudiante de 15 años Félix Arturo Preciado Méndez, en la ciudad de Bogotá, y que fue reseñado en *Voz Proletaria* en los siguientes términos: “Hasta el momento de redactar esta denuncia, el asesino [un agente de la policía], se informó a **Voz Proletaria**, no había sido detenido y, continuaba haciendo parte de la patrulla indicada. ‘Para eso fue que el gobierno promulgó el estatuto de seguridad, para que esos malditos asesinos maten al pueblo, diciendo después que eran subversivos o que fueron atacados’”.²⁰⁶

La generalidad durante los años siguientes es que se lea a las luchas estudiantiles como un reflejo exclusivo de la manipulación de la extrema izquierda a una juventud desorientada, que necesita un tratamiento coercitivo.

En el periodo que corresponde al gobierno de Virgilio Barco (1986-1990), las luchas estudiantiles evidenciaron una nueva transformación en su actitud y su puesta en escena, caracterizadas por su creatividad y que tiende a la cohesión entre el sector público y el privado,²⁰⁷ en respuesta a la difícil situación social marcada por el conflicto armado. Es dentro de este panorama que se presenta la coyuntura de la polémica expresión estudiantil que desemboca en la ya citada “Séptima Papeleta”.

Sobre como se vinculaban los estudiantes con la organización, se pueden rastrear por lo menos tres líneas, la primera de ellas es mediante la adaptación al contexto, es decir que al ingresar a la universidad se

²⁰⁵ *Idem*, p. 176.

²⁰⁶ “Policía asesina a estudiante”, en *Voz Proletaria*, 7 de febrero de 1980, p. 6.

²⁰⁷ García, Martha Cecilia, *Op. Cit.*, p. 186.

contagiaran del ambiente de las organizaciones culturales pero también de las gremiales y de los partidos de izquierda, en el caso de la Universidad Nacional, las residencias estudiantiles y la cafetería se prestaban como espacios de socialización inter carreras donde las discusiones políticas eran frecuentes, por lo que los estudiantes recién ingresados empezaban a generar inquietudes políticas y gremiales, que en muchos casos estaban íntimamente ligadas, bajo la comprensión de que los problemas directos de la universidad y la educación superior, eran parte de una política de Estado.

Otro es el caso de la Universidad Pedagógica que ya se comentó, en la que algunos de sus estudiantes que ya venían de las luchas magisteriales, llegaban a la universidad con inquietudes políticas que planteaban al resto de sus compañeros.

Existió también otro mecanismo mediante el cual los estudiantes empezaban a generar inquietudes que los acercaban a la organización estudiantil, se trata de los casos en los que estos jóvenes habían cursado su educación media en colegios de sacerdotes que practicaban trabajo social o de alfabetización en barrios populares, y por tanto podían tener contacto directo con los problemas de la comunidad, que eran así mismo los problemas del país.

El testimonio de Alejandro Álvarez, estudiante en los últimos años de la década del setenta y primeros del ochenta, sobre su propio proceso como estudiante que respondía a esta caracterización, expresa que gracias a su formación en un colegio de los sacerdotes Escolapios que luego lo llevó durante unos años al seminario, había tenido la oportunidad antes de entrar a la universidad, de trabajar en algunos barrios de los cerros orientales de Bogotá, al tiempo de haber tenido una primera formación en marxismo y Teología de la Liberación.

“Y los curas tenían esa tendencia, entonces lo que nosotros estudiábamos allá era marxismo y filosofía, pero puro materialismo dialéctico y materialismo histórico, y bueno de filosofía estudiábamos por supuesto la historia de la comunidad religiosa y mucha filosofía en general, pero la

inclinación era muy marxista y muy crítica y muy en la onda pues de la Teología de la Liberación, la inserción de la comunidad religiosa en los barrios populares, así se hablaba: de inserción, se hablaba de compromiso con los pobres, ahí nos tocó leer y estudiar todo lo que indicó el CELAM de Medellín, en Consejo Episcopal Latinoamericano del año 68”.²⁰⁸

Este tipo de estudiante había recibido la influencia de la revolución en Nicaragua e incluso de la corriente cristiana Movimiento de Izquierda Revolucionario de Chile, cuyos miembros se tuvieron que exiliar durante la dictadura, algunos de ellos en Colombia. No hay que olvidar por otro lado, que a este sector de la militancia también llegó la influencia de la Revolución Cubana, a través de la figura de Camilo Torres, corriente que fue conocida como el “camilismo”. Los estudiantes formados en este contexto llegaban a la universidad no solamente previamente politizados, sino con una propuesta de trabajo popular que incluso criticaba el ensimismamiento de los estudiantes en las instituciones y propendía por una apertura hacia la comunidad y hacia las problemáticas más urgentes de la mayoría de la población.

3.1.3. Organización estudiantil

En términos generales, la organización estaba representada por una minoría activa, que intentó sortear estos difíciles años sentando su voz crítica sobre los problemas del país y de la Universidad. Si bien no a través de grandes coyunturas, las protestas estudiantiles estaban presentes año con año a lo largo de todo el país y por supuesto en Bogotá, como lo expresa un artículo de prensa al respecto: “Lo preocupante es que ésta se precipita sin que se cuente con un mecanismo de coordinación nacional de estas luchas. Es

²⁰⁸ *Alejandro, Álvarez*, 55 años aproximadamente, profesor universitario, participe del movimiento estudiantil durante las décadas del 70 y principios del 80. Entrevista realizada por la autora de esta tesis en la ciudad de Bogotá, 24 de febrero de 2011.

decir, ellas se dan dispersas, aisladas las unas de las otras, cada cual por su propio camino”.²⁰⁹

Por otro lado, no habría que olvidar que existieron formas de organización y lucha imperceptibles a las cifras, ya que se llevaban a cabo de manera continua y discreta al amparo del trabajo en grupos de estudio, de la publicación de un boletín de prensa, o del desarrollo de un cine club.

La organización estudiantil durante el periodo tuvo por lo menos cuatro frentes de acción, en primer lugar la organización puramente gremial, dentro de la que caben destacar a la UNEC, la Federación Colombiana de Estudiantes, FEC y, la FUN, que ya había recuperado su legalidad, ligadas a los partidos políticos de izquierda y a distintas corrientes de pensamiento. En segundo lugar se puede referir concretamente la militancia con grupos políticos como la Juventud Comunista (Juco), Juventud Patriótica (Jupa) del Movimiento Obrero Independiente Revolucionario MOIR de inspiración Maoista, y el Frente Estudiantil Revolucionario FER Sinpermiso, de línea Camilista-Castrista con influencia de la revolución cubana.

Este último, tras el desgaste dentro de la comunidad universitaria de los dos primeros, por sus constantes dogmáticos y estrictos enfrentamientos, empezó a abrirse paso durante la década del setenta dentro de las nuevas generaciones estudiantiles que buscaban nuevas propuestas y discusiones, ya que al tener como uno de sus principales objetivos vincular la militancia con las bases de los barrios populares, más allá de las preocupaciones puramente universitarias o dogmáticas, ofrecía una salida creativa sin dejar de ser comprometida.

El ya citado Alejandro Álvarez recuerda que: “[...] nos gustaba porque era un movimiento para nosotros, en ese momento alternativo porque era muy flexible, digamos en la manera como organizaba su discurso y sus consignas y sus reivindicaciones y sus formas de lucha [...] Ellos decían: la línea del FER Sinpermiso era buscar que la militancia estudiantil se

²⁰⁹ Sin autor, “¿Hacia dónde va el movimiento estudiantil?”, en *Voz Proletaria*, 5 de abril de 1984, p. [?]

comprometiera con los barrios populares en las bases. No era tanto la lucha por la universidad pública o por la educación pública, ni siquiera contra los planes de gobierno X o Y puntualmente. La consigna siempre era ganar militancia para trabajar en los barrios populares, porque en ese momento la revolución era inminente y en cualquier momento se podía desatar”.²¹⁰ Lo que el FER ofrecía ya no eran las vanguardias sino la preocupación por los pobres, ahí era donde centraban su potencial, esto era sin duda valioso en unos años en los que los debates interminables entre las líneas políticas internacionales, habían saturado el discurso estudiantil y también el de la izquierda.

Otro estudiante de la Pedagógica recuerda el trabajo con el FER ya al final de la década del ochenta, cuando este grupo empezó a trabajar con el tema de los derechos humanos, habida cuenta del problema que frente a estos se cernía en medio del conflicto interno delineado en el primer capítulo de esta investigación, en los siguientes términos:

“Se trataba desde colectivos de defensa de derechos humanos [...] ahí se desarrolla toda una estrategia de formación política, de formación hasta jurídica en términos de la defensa de los derechos humanos”.²¹¹

Dentro de esta segunda categoría también cabe destacar la presencia en la organización de los grupos estudiantiles vinculados con la guerrilla del M-19.

El tercer frente de organización estudiantil, fue el trabajo y la militancia en los barrios populares de la ciudad, encaminados sobre todo a la alfabetización y la educación de adultos, pero también a la búsqueda de la mejora en servicios públicos, vivienda y alimentación de las comunidades. En algunos casos, el trabajo con comunidades estaba muy relacionado con la militancia cristiana de base, y es de destacar que quienes participaban en

²¹⁰ *Alejandro, Álvarez*, entrevista citada.

²¹¹ *Josué Sarmiento*, 45 años aproximadamente, profesor de Ciencias Sociales, participe de las luchas estudiantiles durante los años finales de la década de los 80 y principios de los 90. Entrevista realizada por la autora de esta tesis en la ciudad de Bogotá, 11 de diciembre de 2011.

este tipo de organización asumieron su compromiso al punto de que se fueron a vivir a los barrios en los que trabajaban.

El por entonces estudiante Camilo Jiménez recuerda que eso los acercaba a los movimientos cívicos y a las comunidades, en muchos casos a través de una identidad paralela a la de estudiantes, como jóvenes comprometidos, por su puesto el haber tenido acceso a la educación debió influir significativamente en sus preocupaciones sociales y por tanto en su decisión de vincularse a tal grado con la comunidad.

Jiménez lo rememora en los siguientes términos: “también hay muchos estudiantes universitarios que están articulados a eso, pero llevan una especie de doble trajín, van a la universidad, pero su centro vital de lucha y todo eso no es la universidad, a la universidad se va a estudiar y más de las veces a soportarla y a sacar la carrera, pero no es el centro de un proyecto de vida como si puede serlo para los que están vinculados a grupos culturales de trabajo y estudio”.²¹²

Como cuarto tipo de organización se pueden señalar a los grupos culturales, de trabajo y estudio con un alto compromiso social y reivindicativo. Este tipo de organización adquirió particular importancia a lo largo de la década de los ochenta precisamente a raíz del desgaste, las pugnas y el dogmatismo de los partidos políticos, y como una necesidad de hacer una convocatoria a nivel estudiantil más amplia, que recogiera sectores que de cierta manera se encontraban alejados del discurso de la época.

Como lo destaca a propósito del final del periodo uno de los ya citados estudiantes “[...] Había una vida universitaria a la cual no estábamos afectando, esa vida universitaria se expresaba en colectivos de gente que presentaba cine, o colectivos de pelados que hacían grafitis, o colectivos de pelados que sacaban un panfleto literario, o colectivos culturales de todo tipo, que había en las universidades con muchísima presencia, incluso más

²¹² Camilo Jiménez, 50 años aproximadamente, profesor universitario, militante cristiano y barrial durante la década de los ochenta. Entrevista realizada por la autora de esta tesis en la ciudad de Bogotá, 19 de febrero de 2011.

presencia que los propios partidos y, digamos, despreciados por las vanguardias tradicionales”.²¹³

Se podrían citar una gran cantidad de grupos de este tipo, tanto en las universidades públicas como en las privadas, que no sólo participaban en las actividades específicas a las que se dedicaban, bien fuera - como lo comenta el entrevistado - el cine, la literatura, el arte u otro tipo de expresiones culturales, sino que se manifestaban constantemente con el apoyo a encuentros y jornadas estudiantiles reivindicativas. Un ejemplo de ello fue el Encuentro Estudiantil “Chucho Peña” del año 1986 del que se tratará más adelante, convocado especialmente por grupos culturales y que fue nombrado en honor del poeta antioqueño desaparecido y posteriormente asesinado en aquel 1986.

Se evidencia aquí que las organizaciones estudiantiles han ido adquiriendo en estos años un perfil más ciudadano, ciertamente distanciado de los partidos políticos. Los perfiles y los campos de lucha van cambiando a medida que los estudiantes han adquirido una conciencia más crítica e inclinada a influir la realidad inmediata a su alrededor.

Absalón Jiménez,²¹⁴ destaca que en el caso específico de la Universidad Pedagógica Nacional, a partir de la segunda mitad de la década, los grupos de trabajo empezaron a independizarse de la organización política, principalmente de la JUCO y el MOIR a través de iniciativas como la Revista Clepsidra, el Grupo de Estudio Pedagógico, el Circulo de Pedagogía y Cultura y, el periódico *Nuestras Palabras*.

Quizá una de las incitativas más visibles y a la que más se tiene acceso a través de las fuentes es a los grupos que publicaban sus propios boletines o periódicos, que habían hecho presencia en las universidades, sobre todo en la Nacional desde la década de 1960, así, “desde entonces la presencia de periódicos estudiantiles fue una constante en el ámbito universitario. Grupos de alumnos de diferentes carreras encontraban en este

²¹³ Josué Sarmiento, Entrevista citada.

²¹⁴ Jiménez, Absalón, *Op. Cit.*, p. 30.

medio un escenario para expresar y difundir sus opiniones respecto de los problemas académicos y administrativos de la universidad, pero esencialmente fue un escenario donde se planteaban sus inquietudes y posturas políticas”.²¹⁵

Dentro de los periódicos y boletines publicados en las universidades privadas durante este periodo, destaca “Breve. Boletín informativo universitario”, publicado por las universidades Libre y Autónoma. Por su parte, en la Universidad Nacional se puede hacer mención por ejemplo de “Combo de idiomas Camellando”, “Hipocampo”, publicación de estudiantes de veterinaria y de zootecnia e “Indi-Gestión”, de la Facultad de Economía, el cual fue publicado a lo largo de todo el periodo.

3.1.4. Demandas

El universo de las demandas suele comprender categorías que van desde los servicios de bienestar, los servicios públicos nacionales, la solidaridad interuniversitaria o con otros gremios, hasta las conmemoraciones de los héroes caídos o de eventos internacionales de relevancia para las luchas revolucionarias y, como ya se ha resaltado, las relacionadas con la política nacional.

En el plano gremial, es decir el que atañe al sistema de educación superior, se pueden enumerar las demandas por cobertura, autonomía, presupuesto, o incluso el rechazo a la temida privatización del sistema. Es de destacar que este temor fue tomando diversos ribetes a lo largo del periodo, pues para los primeros años, se relacionaba fundamentalmente con la Reforma a la Educación Post Secundaria de 1980, considerada como lesiva para la universidad en general y al carácter público de la misma en particular. Mientras tanto, al final del periodo, los ecos del neoliberalismo, principal

²¹⁵ Ruíz Montealgre, Manuel, *Op. Cit.*, p. 123.

bandera económica del gobierno de César Gaviria (1990-1994), empezaban a causar reacciones por parte de sectores estudiantiles.

Un ejemplo del hilo que se tejió al respecto durante el periodo lo podemos apreciar en el siguiente artículo de prensa: “El término privatización fue de los más denunciados en las consignas estudiantiles de los 80’s, pero su desglosamiento es vital hoy, cuando este proceso se practica en otras esferas de la actividad económica y social. La privatización de la universidad colombiana se desarrolla con el acorralamiento progresivo de la U. pública, lo cual se evidencia desde la mitad de los setentas, con un reforzamiento importante tras promulgado el decreto ley 80 de 1980”.²¹⁶

A pesar de que no se señale esta conexión, es evidente que las demandas de los años sesenta y setenta, en relación con la aplicación del Plan Atcon, seguían siendo vigentes a principios de los años noventa.

Lo cierto es que a partir del Decreto 728 de 1982, el presupuesto nacional empezó a realizar el desmonte paulatino de la financiación de la universidad pública,²¹⁷ por lo que el tema de la defensa de la naturaleza pública de la universidad hizo parte central de los temas planteados por los estudiantes en esta década.

Relacionada con esta demanda, estuvo una mucho más cotidiana y tangible en el corto plazo, esta es la del temor por el alza en las matrículas, así lo relata un artículo del año 1982 al referir a la autofinanciación de la siguiente manera: “Lo que se desprende de todas estas medidas es la imposición de un sistema de autofinanciamiento donde los aportes de la nación por cualquier concepto deberán clasificarse separadamente. O sea, es la renuncia oficial al financiamiento de la universidad”.²¹⁸

Durante el primer semestre de 1983, otro artículo refiere a una protesta estudiantil en la Universidad Pedagógica Nacional cuyas principales motivaciones se encaminaban a criticar un supuesto recorte presupuestal a

²¹⁶ “Reflexiones de Santiago. Universidad y privatización”, en *Voz Proletaria*, 2 de mayo de 1991, p. 15.

²¹⁷ Lucio y Serrano, *Op. Cit.*, p. 194.

²¹⁸ Estrada, Manuel, “El alza de las matrículas en la universidad pública”, en *Voz Proletaria*, 1 de julio de 1982, P. 6.

las universidades emprendido por el gobierno, en entrevista a los dirigentes la protesta, Fabio Castro, Henry Botero y Patricia Pardo (expulsada), estos expresaban que una de sus motivaciones era: “la reducción del presupuesto para la Universidad en 102 millones de pesos que afecta la estabilidad en este año; como consecuencia de lo anterior se dio un incremento en las matrículas de posgrado de \$7.500 a \$20.000, alza en el servicio de cafetería en un 25% [...]”.²¹⁹

En esta misma línea se encuentran las luchas encausadas a defender o solicitar asuntos relacionados con el Bienestar Universitario, fenómeno que se presenta en la Universidad Nacional a lo largo de todo el periodo, en un principio por impedir que se cerraran los servicios de cafetería y residencias, y luego de 1984 cuando ambos servicios fueron clausurados, para pedir soluciones respecto al tema, ya que argumentaban que la medida que los sustituyó, el “Préstamo-Beca”,²²⁰ sistema de apoyo económico mensual para un reducido número de estudiantes que debía ser devuelto a la Universidad con un pequeño interés, tras la culminación de los estudios, era insuficiente, no sólo por la cuantía que este otorgaba,²²¹ sino más bien por su nivel de cobertura, esto si se tiene en cuenta que todos los estudiantes de la Universidad podían hacer uso de los servicios de cafetería, que incluso estaba abierta los fines de semana, por tanto su cierre representó un grave golpe a la economía de la comunidad estudiantil y al presupuesto de sus familias.

Otra de las demandas frecuentes durante el periodo tiene que ver con la solidaridad interuniversitaria, se observa en ella un intento de establecer relaciones entre la universidad pública y la privada. La mayoría de eventos

²¹⁹ Sin autor, “La Universidad Pedagógica. Un movimiento ejemplo de unidad”, en *Voz Proletaria*, 24 de febrero de 1983, p. 6.

²²⁰ Acuerdo Número 108 de 1984, 19 de diciembre, “Por el cual se crea el fondo GONZALO BRAVO PÉREZ para el manejo de Préstamos-Beca en la sede de Bogotá, y se autoriza al rector para reglamentarlos”. Archivo Central Universidad Nacional de Colombia.

²²¹ Que según acuerdo del Consejo Superior Universitario, sería del 75% de un salario mínimo para las becas completas y para las becas mínimas, de un 18.75%. Universidad Nacional de Colombia, Consejo Superior Universitario, Acuerdo Número 01 de 1985, 23 de enero. Archivo Central Universidad Nacional de Colombia.

relacionados con las universidades privadas se relacionan con temas de disputas administrativas o de organización.

Ilustración No.2: [Mural en la Universidad Libre de Bogotá]



Fuente: *Voz Proletaria*, febrero 19 de 1981.

Mural ubicado en una de las paredes de la Universidad Libre de Bogotá, durante uno de los frecuentes paros que protagonizó la misma a lo largo de la década. Las principales problemáticas de esta universidad tuvieron que ver con diferencias políticas entre distintos sectores gremiales al interior de la misma, los estudiantes y la administración de la universidad.

Como ya se mencionó, un tema que cobró significativa importancia dentro de las luchas del periodo, tiene que ver con los derechos humanos, que en realidad se había convertido en un tema nacional en el que las organizaciones sociales y políticas se alineaban en la denuncia por ejemplo de los nacientes grupos de paramilitares, es el caso del Comité por la Defensa de los Derechos Humanos.

3.1.5. Periodización y episodios significativos

Las manifestaciones o luchas estudiantiles pueden apreciarse durante el periodo de manera frecuente, traducidas en protestas, marchas, y

convocatorias estudiantiles en la plaza pública. Sin embargo, de acuerdo con la clasificación de la organización estudiantil arriba descrita, existió otro tipo de manifestación mucho más constante y no captada por las cifras, se trata pues de la organización de grupos culturales en el espacio universitario por un lado, y de trabajo en barrios por otro.

No obstante, es posible ubicar episodios significativos que por su nivel de convocatoria, por la magnitud de sus acciones o por el impacto en la memoria estudiantil, se constituyen en referentes necesarios para ejemplificar el tipo de luchas y la naturaleza de las preocupaciones de los estudiantes durante la década de los ochenta, a continuación se reseñarán aquellas que de alguna manera han dejado huella en el desarrollo democrático de la Colombia actual.

3.1.5.1. La reforma Postsecundaria de 1980 y sus consecuencias

Ilustración No. 3: [Protesta estudiantil en Caracol]



"Protesta estudiantil en 'Caracol'", Fuente: *Voz Proletaria*, Enero 31 de 1980, p. 6.

Pie de foto: "La parte alta de estas graficas de Lara, registra a algunos de los estudiantes que el miércoles de la semana pasada penetraron a la emisora "Nuevo Mundo" de Caracol para denunciar el sentido reaccionario de la reforma universitaria promulgada recientemente por el gobierno. Abajo la policía trata de impedir el paso a otros alumnos que expresan su solidaridad con los que están adentro.

El incidente lo reseñamos en nuestra pasada edición"

La Reforma Postsecundaria de 1980 fue uno de los temas que en los inicios del periodo de estudio, más figura como móvil de las luchas estudiantiles. Algunas de las especificidades que contenía esta norma, se relacionaban con los requisitos de ingreso a cualquier universidad, dentro de los cuales figuraban la libreta militar para los hombres, un puntaje mínimo en el Examen de Estado, que se empezó a implementar a partir de ese año, aplicado por el Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior (Icfes) y, la aprobación de un examen de ingreso aplicado a su vez por cada centro educativo de carácter oficial.

Estos requisitos, que en los debates y comunicaciones de los líderes estudiantiles fueron rechazados y denunciados por considerar que se convertían en obstáculos para el ingreso a la educación superior, se hicieron efectivos durante la década de los ochenta hasta institucionalizarse a nivel nacional. A pesar de que estas medidas tendían más a una organización del sistema y a su homogenización, que a una deliberada campaña de privatización o ataque a la universidad y de que, como se vio en el anterior apartado, estuvieron lejos de disminuir el número de la matrícula, fue asumido por el sector estudiantil y por la prensa de izquierda como una restricción de las libertades al interior de la universidad, en pro de la autonomía.

Ilustración No. 4: [Toma de estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional]



Estudiantes de la Universidad Pedagógica Nacional durante una toma a las instalaciones de la misma en protesta por la Reforma de 1980 y su aplicación en los estatutos de dicha institución.

Fuente: Sin autor, "La U. Pedagógica ocupada por 400 estudiantes", en *El Tiempo*, 5 de junio de 1980, P. 13A.

Un trabajo académico, elaborado por el líder estudiantil Fabio Castro en 1985, leía dicha reforma en los siguientes términos: "la cual por su origen oficial, por sus inspiradores vinculados a intereses nada populares, sería de carácter antidemocrático y que ante todo, apuntaría a fortalecer a educación privada, debilitando la oficial. Sin embargo, y a pesar de que ésta se expidió en época de vacaciones, poco después se iniciaron las movilizaciones, las jornadas y los congresos tendientes a denunciar y rechazar la reforma oficial".²²²

En efecto, como lo afirma el autor del anterior texto, un importante momento de luchas estudiantiles en la Universidad Pedagógica Nacional se dio en el año 1980 con la promulgación de la Reforma, y su consecuente adaptación a los reglamentos de la institución a través de la promulgación del nuevo reglamento estudiantil,²²³ que es necesario reconocer era bastante estricto, pues contemplaba que se podía perder la calidad de estudiante por

²²² Castro Bueno, Fabio, "La Reforma Académica en la Universidad Pedagógica Nacional y la participación estudiantil durante el periodo 1980-1985". Mimeo, sin página.

²²³ Universidad Pedagógica Nacional, Consejo Directivo, *Acuerdo No. 18 del 2 de diciembre de 1980 . Por el cual se adopta en Reglamento Estudiantil.*

motivos de salud y que el estudiante sólo se tendría la opción de cancelar un periodo académico por calamidad doméstica o incapacidad física, además de que efectivamente exigía la tarjeta de presentación del Examen de Estado y a los hombres la Libreta Militar.

La protesta frente a esta nueva normatividad fue importante por la alta participación estudiantil con la que contó, pero también por lo duro de la represión devenida como respuesta estatal en medio del Estatuto de Seguridad del Gobierno del Presidente Turbay Ayala, y el hecho de que no granjeara ningún logro para el movimiento. Todo lo contrario, acarreó procesos penales y disciplinarios a más de 400 estudiantes que participaron en esta lucha, que a la larga significó una relativa desmovilización y un desencantamiento en los años por venir. Alejandro Álvarez afirma al respecto:

“[...] Te digo que la toma del ochenta marcó un hito sobre todo en mi proceso de militancia porque fue tan salvaje la manera como el ejército ordenó la toma y la recuperación de la Universidad, cascaron tan duro, con bolillos, más de 400 estudiantes terminamos en la Estación Sexta [...] estábamos en pleno Estatuto de Seguridad con Turbay [...] la prensa dijo tantas mentiras sobre lo que había pasado, la policía destruyó la Universidad, la volvió añicos, nosotros no la estábamos destruyendo, habíamos cuidado de no tocar nada, salvo los pupitres que nos sirvieron de barricada pero no en el plano de tirarlos [...] salvo eso, no hicimos nada y la policía volvió añicos la universidad y los titulares eran: ‘los estudiantes destruyen la universidad’ [...] Nosotros desde ahí nos dedicamos más fue al tema de los derechos humanos, entonces empezamos a hacer contactos con las organizaciones de derechos humanos, pa’ sacar a los que todavía estaban detenidos, para que no nos hicieran un proceso. Y luego vino internamente todo un proceso disciplinario, echaron a varios, casi todos terminamos con matrícula condicional”.²²⁴

²²⁴ Alejandro, Álvarez, entrevista citada.

Ilustración No. 5: [Desalojo de la Universidad Pedagógica Nacional 1980]



Fotografía de los destrozos causados durante el desalojo de la Universidad Pedagógica Nacional el 5 de junio de 1980 por parte de la Policía, luego de la toma estudiantil en protesta por la Reforma de 1980 y su aplicación en dicha Universidad.

Fuente: Piñeros, Carlos, "Desalojo y cierre de Universidad pedagógica", en *El Tiempo*, Bogotá, 6 de junio de 1980, p. 13A.

Fue de la mano, principalmente del FER- Sinpermiso que se dio pie al surgimiento de los primeros grupos estudiantiles ocupados del tema de los derechos humanos, y uno de sus detonantes, por lo menos en lo que respecta a la Universidad Pedagógica Nacional, fue la represión militar por las protestas de junio de 1980.

3.1.5.2. 16 de mayo de 1984: Universidad Nacional de Colombia

Por otro lado, como ya se expresó, el tema del bienestar universitario ocupó un lugar central en las protestas generadas desde la Universidad Nacional, siendo un referente de éstas, los desafortunados sucesos del 16 de mayo de 1984, en los cuales convergió la problemática relacionada con las residencias y cafetería de dicho centro académico, que eran objeto de inconformidad por parte de las directivas y de la opinión pública, que las había convertido en el objeto de sus críticas, debido al supuesto expendio de drogas al interior de las residencias y a la permanencia en ellas de personas ajenas a la institución.

Los sucesos del 16 de mayo de 1984 empezaron en realidad días antes, con el hallazgo en el Valle del Cauca del cuerpo torturado y descuartizado de Chucho León, militante del EPL y líder estudiantil de la Universidad Nacional, y en Bogotá del cadáver con signos de tortura del profesor de la Facultad de Medicina Luís Armando Muñoz, según los testimonios de varios estudiantes de la época, estos fueron los detonantes de la protesta, que arrancó con el incendio de un bus de la empresa distrital de transporte frente al campus, tras lo cual la fuerza pública ingresó al mismo.

Un estudiante de la época afirma: “recuerdo que traté de reponerme, recuerdo haber visto ya tres estudiantes heridos, acababa de empezar la pedrea²²⁵ y no llevaba más de media hora [...] cuando entró la policía. Además los azulejos²²⁶ estaban armados dentro de la universidad con cuchillos y apuñaleaban a la gente [luego] ya la cosa no era a piedra sino a bala, tanto de allá para acá”.²²⁷

Luego de la incursión de la policía vino el desalojo de las residencias: “eran las tres de la tarde ya y la policía entra a las residencias Alberto Alava [...] ese mismo azar no permitió que me mataran, donde lleguen al tercer piso nos matan a todos porque yo estaba herido”.²²⁸ Al final de la tarde la desolación se apropió del campus y también el miedo.

Hubo entre los estudiantes un juicio de responsabilidades en el Indesco o Universidad Cooperativa de Colombia, “había estudiantes que decían: los estudiantes no peleamos con armas, la responsabilidad es de quienes las sacaron y había la sospecha de que eran gente de las fuerzas policiales”.²²⁹ También se habló de los muertos: “hasta que se logró tener un

²²⁵ Manifestación estudiantil en la que se emplean piedras y artefactos contundentes para atacar a la fuerza pública.

²²⁶ Cuerpos de seguridad de la institución.

²²⁷ *Estudiante 3*, más de 50 años, profesor universitario, estudiante de la Universidad Nacional en los años ochenta y testigo de los sucesos del 16 de mayo, entrevistado por Rosario Arias Callejas, junio de 2008.

²²⁸ *Idem.*

²²⁹ *Idem.*

consolidado de 17 estudiantes muertos entre la gente de la asamblea”.²³⁰ Sin embargo, no existe ningún registro que dé cuenta, ni en las fuentes orales, ni en la prensa de los nombres de las víctimas mortales.

El tema del bienestar universitario que se vio sometido a una profunda transformación y recorte tras el 16 de mayo tiene que ver sobre todo con el del cierre de las residencias y de la cafetería, “las residencias empezaron a complicarse, grupos narcotraficantes de drogas, consigna de cogobierno por desorden, algunas residencias tenían un orden increíble y eran muy limpias y otras eran un desorden total y había robos”.²³¹ Se empezó a deslegitimar y estigmatizar a las residencias, el 16 de mayo fueron desalojadas para siempre.

En cuanto a la cafetería, un estudiante explica lo importante que era ese espacio: “había una socialización del bienestar universitario, allí no solamente comían los estudiantes de la universidad sino que era el que tenía trabajo con su gente, con sus estudiantes de secundaria, que se iba para la universidad, comía desayunaba, almorzaba [...] lo que se avecinaba tenía que ver con la privatización de la educación pública, y esa privatización era de esos servicios de bienestar que estaban beneficiando a un grupo importante de población y que seguramente eran usados por cuanto grupo existiera para fortalecer sus trabajos”.²³²

Aun cuando el servicio de las residencias sólo atendía a un número reducido de estudiantes, la mayoría de ellos de provincia, la cafetería cubría a gran parte de la población universitaria, un estudiante de la época tiene esta impresión: “Imagínese un espacio digamos de 10 o 15 metros por 15 metros, llenos de corredores con hoyas, platos, todo eso [...] el comedor era de tres alas, tenía mesas hasta el fondo [...] se podían sentar por lo menos 6

²³⁰ *Idem.*

²³¹ *Estudiante 2*, más de 55, sindicalista, estudiante de la Universidad Nacional en los años ochenta y testigo de los sucesos del 16 de mayo, Bogotá, 18 noviembre de 2011.

²³² *Estudiante 3*, más de 50 años, profesor universitario, estudiante de la Universidad Nacional en los años ochenta y testigo de los sucesos del 16 de mayo, entrevistado por Rosario Arias Callejas, junio de 2008.

personas por mesa, bien cómodas, y si en el espacio de arriba pueden caber 150 mesas por 6, y la gente dura un promedio de 15 minutos almorzando [...] eso podía servir para 3.000 o más almuerzos”.²³³

La Universidad fue abierta nuevamente en 1985, y durante el año de su cierre fue implementado el ya referido programa de Préstamo Beca, el cierre generó que muchos estudiantes no culminaran sus estudios o decidieran empezar carreras en otras universidades, en la mayoría de los casos privadas, para evitar estas largas interrupciones en su formación académica, teniendo la presión de las familias y de la necesidad de trabajar. Por otro lado, los estudiantes se encontraron a su retorno con grandes cambios en los edificios, “la cafetería la habían convertido en una especie de polideportivo”,²³⁴ las residencias estaban cerradas y pronto empezaron a ser asignadas como oficinas.

Ilustración No. 6: “[Estudiantes detenidos en los sucesos del 16 de mayo]”



Fotografía de algunos de los detenidos tras las protestas y la toma por parte de la Policía de las instalaciones del campus universitario el 16 de mayo de 1984.

Fuente: *Voz Proletaria*, mayo 24 de 1984. El pie de foto reza: “En la gráfica de ‘El Espectador’ se observan bocabajo varios de los 76 detenido en la Estación VI de Policía”

²³³ José Cuesta, más de 50, profesor universitario, estudiante de la Universidad Nacional durante los años ochenta, Bogotá, 20 de junio de 2008, entrevistado por Rosario Arias a estudiante anónimo, Bogotá, 14 de marzo de 2008.

²³⁴ *Idem*

La gran pérdida para los estudiantes de la Universidad Nacional constituyó el hecho mismo de ver transformado el bienestar universitario, de una conquista adquirida a una ayuda aparentemente generosa por parte de las directivas y del Estado.

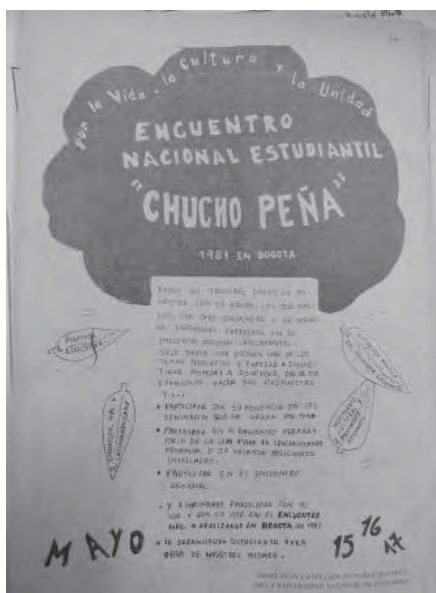
Otra de las grandes pérdidas para los estudiantes tras estos sucesos fue la imagen desfavorable que generaron en la opinión pública, no solo por los comentarios de la gran prensa, si no por las mismas críticas hechas por sectores de la izquierda como la Juventud Comunista al mecanismo del tropel y la pedrea por parte de encapuchados que no se sabía de dónde provenían, pues esto afectaba la relación de los estudiantes con la sociedad, esta crítica se hacía a propósito de la quema del bus el 16 de mayo, pero enmarcaba un problema de orden al interior de la Universidad que había servido a la institución para clausurar los servicios de bienestar bajo el argumento de que se habían convertido en un problema de orden público.

Una entrevista con el saliente rector Fernando Sánchez Torres publicada en el diario *El Tiempo* el 27 de mayo ilustra esta situación: “[...] Sánchez Torres reconoce apesadumbrado que ‘la sociedad colombiana ha perdido su confianza en la Universidad Nacional’ y señala que, ‘se hace necesario entonces que las fuerzas externas deban intervenir para proteger la Universidad y para asegurar el derecho de los que quieren estudiar [...]”²³⁵

²³⁵ Santamaría, Germán, “U.N. habrá que manejarla con medidas de excepción”, en *El Tiempo*, 27 de mayo de 1984, p. 5c.

3.1.5.3. Encuentro Estudiantil “Chucho Peña” de 1986

Ilustración No. 7: [Publicidad del Encuentro Nacional Estudiantil “Chucho Peña”]



Fuente: Boletín *Indigestión*, No. 18, Bogotá, 1987, en Archivo de la Oficina de Prensa Estudiantil, Caja 3, Carpeta 5, Archivo Central, Universidad Nacional de Colombia.

Un evento de significativa recordación en la memoria estudiantil de la época, no sólo por su carácter nacional, sino por su identificación como un evento que pretendía unificar las nuevas tendencias de la movilización estudiantil, que incluyeran a los “combos”²³⁶ culturales y de defensa por los derechos humanos, fue el denominado Encuentro Nacional Estudiantil “Chucho Peña”, realizado en la ciudad de Bogotá en el mes de mayo de 1987. El nombre del evento fue a su vez un homenaje por parte de los estudiantes al poeta antioqueño Jesús Antonio Peña Marín, desaparecido y asesinado en 1986 en la ciudad de Bucaramanga. Para el Encuentro, la organización nacional convocaba a que de manera grupal o individual se presentaran ponencias en torno a los siguientes aspectos: política educativa, situación nacional, situación política del movimiento estudiantil, movimiento cultural y movimiento estudiantil. De manera paralela, como ambientación al evento,

²³⁶ Sinónimo de grupo.

en la Universidad Nacional se convocó a un encuentro preparatorio al Encuentro Nacional y, por otro lado, el boletín de prensa estudiantil de la Facultad de Economía llamado “Indi-Gestión” organizó también a un concurso de cuento en homenaje al desaparecido poeta.

Un estudiante de la época lo recuerda afirmando que se trató de “el primer encuentro organizado por estudiantes con ganas de relanzar el movimiento estudiantil, no tanto desde los partidos sino desde proyectos culturales porque, digamos, la influencia de los partidos en el movimiento estaba muy estigmatizada y había mucha resistencia y miedo. Y había mucha gente que estaba ya desencantada de los partidos, entonces ese “Chucho Peña” incluye tanto a los combos de partidos como también a otros combos”.²³⁷

3.1.5.4. El episodio de la Constituyente

Al final del periodo los estudiantes reivindicaron cada vez más, asuntos relacionados con la violación de derechos humanos, en especial con la desaparición de estudiantes o profesores. En ese contexto de sensibilización ciudadana, que iba más allá de las luchas reivindicativas gremiales, y aun de las relacionadas con la política nacional, se produjo la convergencia de representantes de universidades públicas y privadas en la búsqueda de salidas al conflicto armado. A pesar de que se suele ubicar el inicio de estas expresiones con el asesinato del líder político y candidato a la presidencia por el Partido Liberal, Luís Carlos Galán Sarmiento, el tema de una reforma constitucional ya estaba pensándose desde años anteriores en los círculos estudiantiles.

La muerte de Galán, figura más popular en los sectores de las universidades privadas de elite, causó un estremecimiento tal que condujo a

²³⁷ *Josué Sarmiento*, 45 años aproximadamente, profesor de Ciencias Sociales, participe de las luchas estudiantiles durante los años finales de la década de los 80 y principios de los 90, Bogotá, 11 de diciembre de 2011.

un grupo social no muy acostumbrado a la movilización, a emprenderla y a convocar a todas las universidades, en principio de la ciudad y posteriormente del país.

Uno de los primeros episodios fue en el que se reunieron “aproximadamente 25 mil universitarios a participar en la ‘Marcha del silencio’, el 25 de agosto de 1989, para rechazar a todos aquellos que utilizaban la violencia para imponer sus intereses”.²³⁸

Lo que al principio se presentó como una simple marcha, terminó convirtiéndose en el movimiento “Todavía podemos salvar a Colombia”, que buscó un plebiscito para convocar a una Asamblea Nacional Constituyente que reformara de fondo la Constitución Política del país, en busca de salidas a la crisis institucional, política y social. El grupo inicial de estudiantes se dividió por algunos desacuerdos y surgió el “Movimiento Estudiantil por la Constituyente”, el primero de ellos estaba conformado por los estudiantes de universidades privadas, en especial de la Universidad del Rosario y, el segundo por estudiantes de universidades públicas y algunas privadas como la Universidad Externado de Colombia con apoyo del Cinep.

A la postre, y debido a que el plebiscito sobre la posibilidad de convocar a una Asamblea que reformara la Constitución sería incluido como una séptima papeleta en las elecciones de marzo de 1990, los medios de comunicación coincidieron en denominar a la iniciativa estudiantil precisamente como la “Séptima Papeleta”.

Las posturas entre representantes de uno y otro sector educativo se diferenciaron desde el principio, en relación con variados temas, uno de ellos residía en que los estudiantes de la universidad privada, buscaban apoyar y rodear a las instituciones que consideraban legítimas, mientras que la otra postura pretendía señalar también al Estado y a sus instituciones como un actor generador de violencia.

²³⁸ García, Martha Cecilia, “Luchas estudiantiles”, *Op. Cit.*, p. 186.

Este hecho se hace evidente en el principal apartado defendido por los estudiantes de la Universidad del Rosario, para que fuera consignado en el mensaje redactado para ser leído en la Marcha del Silencio de 1989: “i. ‘apoyamos nuestras instituciones democráticas en su lucha contra todas aquellas fuerzas que pretendan desestabilizarlas, llámese narcotráfico, guerrilla, grupos paramilitares y otros’”²³⁹. En este se puede ver que no se menciona a las fuerzas del Estado como generadoras de violencia.

Crisanto Gómez, por entonces estudiante de la Universidad Pedagógica Nacional, recuerda el acontecimiento de la siguiente forma:

“Los pocos que nos involucramos jugamos un papel muy importante porque como era un movimiento de las universidades privadas, lo pocos que estábamos de las universidades públicas le dábamos como una cierta legitimidad en el sentido de que mire, también están las universidades públicas, son poquitos, los necesitamos aquí pues para poder decir que esto es un movimiento de estudiantes a nivel nacional. Entonces nosotros esa condición la aprovechamos, es decir cuando se ponían muy difíciles las discusiones y que ya veíamos que no íbamos a ganar, entonces nos parábamos y hasta luego, y nos decían no, no, espérense. Lo más representativo que recuerdo de eso fue [...] en una discusión la berraca [sic] para redactar las palabras que se iban a leer el día del entierro de Galán.”²⁴⁰ Entonces más o menos estaba todo el texto ya, lo teníamos aprobado, pero para ellos era claro que no se debía incluir la palabra “paramilitar”, porque para ellos “paramilitar”, como el paramédico, es el que ayuda a los militares y para ellos las autodefensas en ese momento no estaban ayudando al Ejército [...] entonces [dijimos] si no se incluye el término nosotros no tenemos nada más qué hacer aquí,

²³⁹ Torres Forero, C. A. *De las aulas a las urnas: La Universidad del Rosario, la séptima papeleta y la constituyente de 1991*. Colección Textos de jurisprudencia, Bogotá, Editorial Universidad del Rosario. 2006, p. 33.

²⁴⁰ Se refiere a la “Marcha del Silencio” cuyo destino final era la tumba de Luís Carlos Galán en el Cementerio Central de Bogotá.

esto es una discusión de fondo y finalmente terminaron incluyéndola y eso fue lo que se leyó”.²⁴¹

Si bien el plebiscito promovido por los estudiantes fue un éxito y la convocatoria a Asamblea Constituyente efectivamente se llevó a cabo, el sector estudiantil sólo consiguió un representante en dicha asamblea, Fabio Villa, estudiante de sociología de la Universidad Nacional.

Es necesario señalar que gran parte del éxito y la visibilización conseguidos por esta expresión de las luchas estudiantiles, se consiguió por el apoyo de grandes medios de comunicación como el periódico *El Tiempo* y por el interés de las elites políticas de apoyarse en una iniciativa popular para promover una reforma al pacto nacional, que la situación de aguda crisis del Estado había convertido en urgente.

Sin embargo, no se puede desconocer el hecho de que representara una autentica actitud propositiva por parte del sector estudiantil, esta vez incluso desde la universidad privada, que superaba las demandas reivindicativas gremiales, para hacer presencia en el escenario de la participación ciudadana activa, que puede decirse se inaugura en Colombia con la Séptima Papeleta.

3.1.5.1. “Alas de Xue”

Esta iniciativa surgió precisamente como expresión de los grupos estudiantiles, en este caso del Departamento de Ciencias Sociales de la Universidad Pedagógica Nacional UPN en Bogotá, de hecho se configuró precisamente como grupo de trabajo hacia el año 1988. Posteriormente también llegó a tener acogida en otros espacios universitarios, como la Universidad Distrital, la Universidad Nacional, la Escuela Superior de

²⁴¹ *Crisanto Gómez*, 50 años aproximadamente, funcionario administrativo universitario, estudiante de la Universidad Pedagógica Nacional de 1984 a 1991, entrevista realizada por la autora de esta tesis en la ciudad de Bogotá, 11 de febrero de 2011.

Administración Pública y las universidades de Córdoba y Popular de la Costa en las regiones.²⁴²

En el Proyecto Cultural Alas de Xue, como se le denominó, convergieron estudiantes de tendencia anarquista a quienes interesaba conformar un colectivo en donde se discutiera teoría, apartándose de las ya tradicionales pugnas políticas partidistas de izquierda. Uno de sus primeros proyectos fue la edición de la revista *Convergencia intelectual*, que duró muy poco, tras lo cual el grupo empezó a publicar el *Calendario Académico*, de aparición semanal y que abordaba de manera crítica asuntos relacionados con el acontecer de la UPN.

Pero, sin lugar a dudas, el proyecto por el que fue reconocido “Alas de Xue” y que a la larga le generó un reconocimiento internacional fue la organización de un encuentro nacional estudiantil en el año 1992, en el cual el tema central fue el V centenario de la llegada de los españoles a América, desde una perspectiva que criticaba el desconocimiento de las tradiciones indígenas en el país y el concepto del “encuentro de dos mundos” utilizado por el discurso oficial.

Este encuentro tuvo dos importantes singularidades, en primer lugar fue el primer encuentro estudiantil convocado por una organización de carácter anarquista y en segundo lugar que vinculó a la Organización Nacional Indígena de Colombia ONIC, con quien continuó articulando diferentes actividades en torno a la coyuntura del V centenario. El encuentro le generó al grupo gran visibilidad, tanto que en años posteriores fue invitado a encuentros anarquistas internacionales. El grupo continuó sus actividades durante la década de 1990, aproximadamente hasta 1998.

²⁴² Colectivo Alas de Xue, *Una historia del anarquismo en Colombia: crónicas de utopía*, Madrid, Madre Tierra, 1999.

3.2. Conclusiones

Como se ha podido observar a lo largo del texto, las luchas estudiantiles del periodo comprendido entre los años 1980 a 1991 se gestaron en un ambiente particularmente hostil a la protesta social, devenido del conflicto armado presente en el país desde varias décadas atrás pero que se recrudeció en el decenio de los ochentas, fundamentalmente porque al ya complejo panorama de la actividad guerrillera, se sumó la sensible presencia de grupos paramilitares y de narcotraficantes.

Otro factor adverso a la protesta específicamente estudiantil, pero que se encuentra estrechamente ligado con el anterior es el retiro del apoyo de la opinión pública, devenido del descrédito de la violencia como recurso de protesta, con la que se empezó a asociar a los sectores estudiantiles por la relación de algunos de sus líderes con las guerrillas desde la década de los sesentas y por el uso del mecanismo del “tropel” en las manifestaciones y protestas de los estudiantes. Hay que aclarar sin embargo que la postura de la opinión pública hacia los estudiantes se vio influida también por el papel de descrédito de los medios de comunicación y la gran prensa, la cual, con posterioridad a la participación estudiantil en la caída de Rojas Pinilla, empezó a retirar paulatinamente su apoyo a los estudiantes.

Estas son algunas de las razones por las cuales las cifras de las protestas estudiantiles descendieron durante el periodo según los datos arrojados por el CINEP recogidas por Martha Cecilia García, que han sido citados en este texto. Si bien las cifras descienden, estas recogen los datos de las manifestaciones numerables, es decir, las protestas callejeras, marchas o paros reseñados en los medios de comunicación, pero esto no quiere decir que los estudiantes simplemente hayan abandonado el debate y la crítica gremial y política, lo que se evidencia tanto en los testimonios como en la prensa estudiantil es la continuidad de los debates al interior de los grupos estudiantiles y de los diferentes frentes de organización estudiantil que fueron señalados en el texto.

Capítulo 4. “Memoria y relatos de las luchas estudiantiles en Bogotá, 1980-1991. Una reconstrucción a partir de los actores sociales”

El presente capítulo está dedicado al análisis de las luchas estudiantiles en Bogotá (1980-1991), desde la memoria y la voz de los actores. En el primer apartado se presentan algunas consideraciones sobre la historia oral y la memoria; para posteriormente centrarse en el análisis de los principales referentes de memoria a partir de los testimonios recabados para esta investigación. De esta forma, se pretende ahondar en cómo se entienden actualmente las luchas estudiantiles de los años ochenta desde la perspectiva de sus protagonistas y con ello, al tiempo que se le da la voz a los actores, se pretende ahondar en cómo se construye y preserva la identidad de una generación.

4.1. Memoria y voz de los actores

Como ya se mencionó en el apartado metodológico de la introducción, para la elaboración de este apartado y de la tesis se acudió a la confección de testimonios a través de la metodología de la entrevista abierta y semi estructurada, a un total de nueve entrevistados, provenientes de universidades tanto públicas como privadas de Bogotá, concretamente las universidades Nacional, Pedagógica Nacional y de los Andes.

En la recolección de testimonios se buscó reflejar la diversidad de los actores de las luchas y la vida universitaria de la Bogotá de los años ochenta, no sólo por su procedencia universitaria, sino por su origen social, y su militancia y actividad durante el periodo, sin embargo es necesario aclarar que se trata en todo caso de una diversidad relativa y que los testimonios que han guiado este estudio representan tan solo una muestra, una pequeña parte de la compleja composición social, política y cultural que caracterizó a los sectores estudiantiles y a las luchas que dentro de estos se ejercieron durante los años 1980-1991.

Por otra parte, también es necesario aclarar que el intento de reconstruir algunos de los principales referentes de memoria de las luchas estudiantiles del periodo, lo cual constituye el objetivo principal de este apartado, representa moverse en el terreno de lo siempre relativo y siempre re evaluable, teniendo en cuenta que muchos de los protagonistas lucharon desde orillas distintas, en algunos casos, completamente opuestas, por lo que no se puede hablar de *una* memoria, sino de multiplicidad de reminiscencias y de elementos que convergen en los relatos, los cuales claro está, también incluyen muchas coincidencias, muchos elementos comunes, lo cual es precisamente lo que permite establecer unos referentes de memoria y luchas estudiantiles del periodo, los cuales serán presentados a continuación.

En concreto, lo que se pretende es delinear esos elementos comunes para reconstruir un panorama tentativo de los referentes de evocación de la década, teniendo claro que esto no excluye experiencias y construcciones diferentes a las aquí relatadas.

4.1.1. Referentes de memoria

Uno de los principales referentes de memoria presentes en los testimonios recabados es el de la *experiencia que los testigos tuvieron en la década inmediatamente anterior*, y el recuerdo de hitos sociopolíticos que marcaron la transición entre estas dos décadas, fundamentalmente el Paro Cívico Nacional de 1977 y la revolución en Nicaragua de 1978. Dicha experiencia varió en cada entrevistado de acuerdo a múltiples factores, entre ellos la edad y la fecha de ingreso a la Universidad, no todos la relatan, ya que sólo para algunos esta fue representativa en sus decisiones y vida futura, así por ejemplo, Alejandro Álvarez, quien entró a la universidad en 1976, refiere una experiencia en la que el sentir dentro de las luchas estudiantiles era que se estaba en un momento “pre insurreccional”, debido a toda la influencia que tuvo el ya citado Paro Cívico del año 1977 en las expectativas de todos los

sectores de la sociedad, y para este caso, de algunos sectores de izquierda que lo interpretaron como un signo claro de que el país estaba preparado desde sus bases para emprender un proceso revolucionario.

De esta manera, la experiencia de haber vivido este momento al interior de la universidad, contribuyó a que, para el testigo, tanto la preparación intelectual como política se encaminara a interpretar la realidad en esa misma lógica, Álvarez lo explica de la siguiente forma:

“No era tanto la lucha por la universidad pública o por la educación pública, o contra, ni siquiera contra los planes de gobierno X o Y puntualmente, en ese momento contra López Pumarejo, no, López Michelsen. El paro del 77 que nos tocó a nosotros, pero la consigna siempre era ganar militancia para trabajar en los barrios populares, porque para ese momento, en ese grupo donde yo estaba, la revolución era inminente, estaba a un paso y en cualquier momento se podía desatar, de un momento a otro, de hecho el paro del 77 fue como una cosa donde nosotros dijimos ya, es pre insurreccional, así se llamaba en los libros y documentos clandestinos, era un movimiento pre insurreccional, era porque estábamos cerca del paro general, de la huelga, lo que llamaba, o sea un momento en donde ya toda la población, no solamente el proletariado digamos como sindicato, sino la población”.²⁴³

A pesar de que a lo largo de la década de 1980, se intentó por parte de las centrales obreras y de algunos sectores de la izquierda, volver a convocar un paro de las mismas dimensiones,²⁴⁴ lo cierto es que este tipo de iniciativas no lograron consolidarse, lo cual influyó en el paulatino declive de la idea de que todo esfuerzo organizativo conduciría al destino revolucionario.

Esto no quiere decir que las expectativas hayan cambiado hacia otra dirección específica, pero sí que la idea del “momento pre insurreccional” va

²⁴³ Alejandro, Álvarez, entrevista citada.

²⁴⁴ Uno de ellos en el año 1980, Juventud Comunista de Colombia, “Apoyar el paro cívico y oponerse a la reforma educativa”, en *Voz Proletaria*, 17 de junio de 1980, p. 6.

desapareciendo de los relatos, de hecho, dentro de los testimonios, este concepto sólo es utilizado por quienes ingresaron a la universidad durante los años setenta, quienes así mismo dan cuenta de una especie de frustración devenida de lo confuso y lento del proceso preparativo en el que supuestamente se encontraban, pero también de ciertos desgastes de la vida política universitaria y de vivencias específicas personales. El mismo Álvarez señala dicha situación al comentar con respecto a la experiencia traumática que significó para él la represión posterior al paro de junio de 1980 contra la reforma a la educación superior y su posterior aplicación en la Universidad Pedagógica Nacional, que:

“Para mí, psicológicamente fue como decir “¿será que si es cierto que esto va a haber una revolución?”, ¿ves? Como un hecho en la vida, claro ya estaba cumpliendo veintidós años, no sé, pasan cosas que uno empieza a, a mí me cambió mucho, me golpeó, terminé el último año muy escéptico, con ganas de dedicarme solo a estudiar, me dediqué a estudiar efectivamente, pero ya más metido en los temas de la pedagogía”.²⁴⁵

La experiencia de Álvarez en la década del setenta es particularmente importante pues fue durante estos años en los que adelantó sus estudios secundarios y gran parte de los universitarios (1976-1982), por lo que su visión está más relacionada con las dinámicas políticas de dicha década en que los partidos de izquierda tienen una amplia actuación en las universidades. Es así como la trayectoria de Álvarez se puede enmarcar en medio de dos hitos de movilización social que sellan así mismo dos momentos diferentes, el primero de entusiasmo y un segundo de desencanto: el Paro Cívico Nacional de 1977 y el paro interno de la Universidad Pedagógica Nacional de junio de 1980 respectivamente.

Esta experiencia referida, hace alusión a una especie de ruptura con la década anterior, pero existe también otra perspectiva, desde la cual lo que

²⁴⁵ Alejandro, Álvarez, entrevista citada.

se observa es una herencia o una transición en la que los años ochenta son el reflejo de las vivencia durante la década anterior, este es el caso de quienes estuvieron en la universidad y en la organización y lucha estudiantil a finales de la década del 70 y principios de la del ochenta. Esta herencia se percibe por ejemplo en quienes cursaron su educación secundaria en la década del setenta, lo cual representó para un porcentaje de los entrevistados una experiencia de formación política que generó inquietudes y proyectos sociales, políticos y culturales que los acompañaron en su recorrido como estudiantes universitarios activos y en algunos casos esos ideales se convirtieron en su opción de vida.

En este sentido, existe un elemento común en cuatro de los nueve entrevistados, esta es su experiencia de haber estudiado en colegios en los que el ambiente de activismo y organización tanto cultural como política, los llevaron no solo a relacionarse con las comunidades que los rodeaban, sino a pensar su futuro profesional y personal a partir de las inquietudes generadas en el conocimiento de la realidad local e incluso nacional y de toda esa actividad con la que tuvieron contacto desde su temprana juventud a lo largo de su formación secundaria, sin embargo, los relatos en cada uno de ellos observan algunas variantes.

En uno de los casos por ejemplo, el estudiante procedía de un colegio de carácter privado y confesional ubicado en el norte de la ciudad, en donde solían concentrarse la mayoría de colegios dirigidos a las familias que contaban con poder adquisitivo, cuya actividad paralela a lo puramente académico, se relacionaba precisamente con una vocación democrática cristiana de servicio a la comunidad, razón por la cual, sus alumnos podían tener contacto con barrios populares para hacer trabajo de alfabetización y apoyo a los procesos de organización de las comunidades.

Adicionalmente, dicho colegio, perteneciente a la Orden de los Padres Escolapios contaba con un proyecto educativo dedicado a los sectores populares, el cual tenía un colegio de esa misma comunidad pero que funcionaba de manera gratuita en el oriente de la ciudad. Allí los estudiantes

de ambos colegios tenían la oportunidad de converger y realizar diferentes actividades de manera conjunta. La experiencia de este estudiante se nutre además por haber cursado los primeros años de seminario con esa misma comunidad religiosa:

“[...] y yo fui al seminario, donde estudiaban los novicios, que queda en los barrios nor-orientales, arriba de la Javeriana, arriba de la quinta, en barrios populares, muy populares, barrios de invasión: el barrio Paraíso, el barrio San Martín. Eran barrios que históricamente tenían una tradición de lucha muy importante, porque habían sido barrios de invasión de los años cincuenta y sesenta, en la época de la Violencia. Los curas estaban ahí con un edificio muy grande, que sobresalía por supuesto frente a los barrios, todavía, algunos ya con algunos asentamientos digamos de vivienda y con servicios más estables, el Paraíso sobre todo, pero los otros no, casi de madera, en lata, o sea eran muy pobres [...]

De hecho yo estudié en la Pedagógica siendo seminarista todo el tiempo y desde ahí mi militancia, la idea mía era desde la práctica y el compromiso allá en los barrios, con las comunidades populares, nosotros teníamos clara una misión, un carisma que era la educación, teníamos un colegio, un colegio pero gratuito y era para estos, los habitantes de esa población y era un colegio experimental porque en ese momento hablábamos de un proyecto educativo, como se habla hoy del PEI²⁴⁶ en los colegios, en esa época ya hablábamos, y era una dirección colegiada, se llamaba el CESU Consejo Superior no sé qué y era colegiado, era un representante de profesores, de estudiantes y de los curas y los seminaristas, teníamos representación ahí en la dirección del colegio”.²⁴⁷

²⁴⁶ Proyecto Educativo Institucional.

²⁴⁷ Alejandro Álvarez, entrevista citada.

La formación del entrevistado en este ambiente le permitió acercarse a las luchas barriales de la zona oriental, donde se encontraban ubicados el seminario y el colegio, a través por ejemplo de:

“[...] las organizaciones que se crearon para la defensa de la urbanización que estaba Mazuera²⁴⁸ interesado en desarrollar en esa zona, dentro de lo que se llamaba el Plan Piduzob,²⁴⁹ el Plan Piuzob fue desarrollado con recursos del BID, del Banco Interamericano de Desarrollo, que fue todo el plan de construcción de la “Avenida de los Cerros”, se llamaba así, que iba a ser más arriba de la Circunvalar y todo eso implicaba urbanizar con grandes proyectos de edificios muy lujosos y todo eso.

[...] y entonces nosotros, digamos la resistencia de los barrios nororientales fue histórica y evitaron que ese plan se desarrollara, eso era un plan del gobierno nacional financiado y todo eso, eso se hizo bloqueando todo intento de desalojo, digamos durante todos esos años fue intentando desalojar a la gente y nosotros y la gente pues organizada y nosotros presentes con todos estos grupos además metidos de diferentes maneras, un revuelto de cosas, eh, resistiendo y efectivamente no los pudieron desalojar”.²⁵⁰

En este caso, el estudiante procedía de un colegio privado, pero fue precisamente la posibilidad de acceder a los proyectos sociales y educativos de la comunidad religiosa a la que este pertenecía lo que le permitió desde ese momento, vincularse a dichos proyectos y generar una sensibilidad e inquietud sociales que a la postre pudo desarrollar como estudiante universitario tanto desde su trabajo de base popular como desde la organización estudiantil, de hecho, esa sensibilidad fue uno de los factores

²⁴⁸ Se refiere al empresario Fernando Mazuera.

²⁴⁹ Programa Integral para el Desarrollo Urbano de la Zona Oriental de Bogotá del año 1971, financiado por el Banco Interamericano de Desarrollo y cuyo proyecto más ambicioso era efectivamente la construcción de la Avenida de los Cerros.

²⁵⁰ Alejandro Álvarez, entrevista citada.

que lo llevaron a escoger como profesión la pedagogía y las ciencias sociales.

Otro de los entrevistados, Camilo Jiménez, adelantó sus estudios secundarios en los últimos años de la década de los setentas y primeros de la de los ochentas –ingresó a la Universidad Pedagógica Nacional en 1986– inicialmente en un colegio confesional jesuita y posteriormente en el colegio Calasanz del oriente, es decir, precisamente el proyecto de carácter popular de los Padres Escolapios. Estos dos estudiantes, Jiménez y Álvarez, provenientes de dos sectores contrastantes de la ciudad y de la sociedad, tienen en común la experiencia social que convergía del pensamiento democrata cristiano en esta institución y, con el transcurso de los años se terminaron encontrando en los espacios académicos, organizativos y profesionales, Jiménez afirma sobre su formación previa a la universidad:

“Eso es la vida desde la infancia, pero en concreto yo empiezo a involucrarme cuando estudié en el Colegio San Bartolomé Mayor, ya allá estudio la primera parte del bachillerato, la secundaria, porque yo había tenido mucha actividad de niño, digamos en mi barrio pero sin un... siempre nos echaban de la iglesia porque era hacer teatro, ir a los barrios pobres, porque ya nuestro barrio era bastante pobre [San Cristóbal Sur], pero más arriba había otros más pobres [...]

Posteriormente, y a raíz de algunas inconformidades con el estilo conservador de las directivas del Colegio, Jiménez decidió buscar uno nuevo, sin cambiar su deseo de seguir aprendiendo del trabajo social eclesial, así:

“Y con unos amigos decidimos irnos de ahí, yo me jalo a otros de mi barrio y hay unos curas que tienen una tradición muy bonita [...] San José de Calasanz fundó en el Renacimiento, en el 1600, lo que llaman las escuelas pías, en barrios muy pobres de Roma con una lógica muy cristiana pero muy popular. Ellos siempre han tenido un Colegio, el Calasanz del norte, pero los sectores progresistas de ellos han empezado una propuesta allá en el barrio Paraíso arriba del Parque

Nacional, entonces nos vamos pa [sic] ese Colegio, de educación popular, claramente freiriano, o sea yo estudié en un colegio absolutamente anormal, esa vaina que después se habló de gobierno escolar²⁵¹ y que no existe en ningún colegio, era cierto y ahí ya llegaban las organizaciones políticas de los estudiantes de las universidades, para uno no era raro encontrar en su escritorio, en su mesa, los periódicos de las organizaciones.

En un momento cuando la defensa dura del sandinismo aquí se vinieron a quedar los curas, como Cardenal, dormían en el Colegio y eso es un privilegio, uno en el recreo hablando con Ernesto Cardenal, eso es una vaina que marca mucho, de tal manera que hubo una generación en ese colegio bastante comprometida y politizada [...]

”²⁵²

En el caso de los anteriores testigos, que durante la década del setenta confluyeron en el mismo proyecto educativo, tienen en común precisamente el origen de dicho proyecto, es decir las comunidades religiosas que se podrían denominar progresistas, y también que ambos hayan ingresado al seminario, para posteriormente abandonándolo por seguir la pedagogía como formación y profesión.

Otro de los testigos que dio cuenta en su relato de recordar que durante su época de colegio fue importante, para su formación social y política el activismo del centro de estudios es Crisanto Gómez, quien hizo su bachillerato entre los años 1979 y 1983 en el Colegio Claretiano de Bosa, también perteneciente a una comunidad religiosa, Gómez afirma al respecto:

“mi infancia y adolescencia fue en Bosa, estudié en el Colegio Claretiano de Bosa que en la década de finales de los años setenta,

²⁵¹ Como ya lo había referido Alejandro Álvarez, tanto el Proyecto Educativo Institucional como el Gobierno Escolar, deben funcionar de manera obligatoria en las instituciones de educación básica y media tanto privadas como públicas a partir de la Ley General de Educación promulgada en 1994, al respecto ver: Ministerio de Educación Nacional, *Ley General de Educación: ley 115 del 8 de febrero de 1994*, Bogotá, El Trébol, 2005 y, Ministerio de Educación Nacional, *Decreto 1860 de 1994*, Diario Oficial No 41.473, del 5 de agosto de 1994, en http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-172061_archivo_pdf_decreto1860_94.pdf

²⁵² Camilo Jiménez, entrevista citada.

principios de los ochenta, tenía un proyecto educativo que buscaba involucrar a sus estudiantes en muchas de las actividades políticas y sociales que se desarrollaban en la zona y que estuvo muy cercano al proceso de la revolución en Nicaragua, varios de los profesores que estaban vinculados al proyecto de educación popular en el claretiano estuvieron posteriormente en las jornadas de alfabetización en Nicaragua con Lola Cendales y otros profesores.

Y todo eso pues necesariamente uno en el bachillerato lo va absorbiendo y eso marcó un poco mis derroteros profesionales, entonces cuando terminé ahí en el Colegio Claretiano, me presenté a la Nacional a Derecho y aquí a Sociales y en ambas universidades estuve estudiando, allá en la nacional por los cierres no pude terminar, porque además pues estaba trabajando, no me quedaba ese chance”.²⁵³

Frente a la pregunta de si muchos estudiantes al igual que él habían sido influenciados y si eso había tenido repercusiones para su vida futura, el entrevistado contestó que:

“Claro, la mayoría, no era muy común que los estudiantes que terminaban el bachillerato en la jornada nocturna tuvieran como expectativas de ir a la universidad, no más era terminar el bachillerato y listo. Pero el ambiente cultural y político, pues la meta de muchos era inmediatamente salir a estudiar y la única posibilidad era la universidad pública, entonces mucha gente salía de allá para las universidades públicas y el ambiente también político y cultural que había en el sector”.²⁵⁴

Así, no sólo asigna esta circunstancia a la influencia del colegio, sino de la zona misma en la que tanto éste como su lugar de residencia estaban ubicados:

²⁵³ Crisanto Gómez, entrevista citada.

²⁵⁴ Crisanto Gómez, entrevista citada.

“Bosa para esos tiempos era considerado como una zona roja dentro de Bogotá, porque por la presencia del Colegio y porque también llegaba mucho, ya desde entonces había desplazados, había gente de diferentes regiones que llegaba con muchas necesidades, habían muchas organizaciones de madres comunitarias. Entonces había una dinámica en la que no solamente al interior del Colegio sino en el sector y que el colegio se encargaba de alimentar y de contribuir a dinamizar, entonces también había un movimiento de teatreros, cultural muy bueno [...]

Entonces como que todo ese activismo dio lugar a que el Colegio no solamente se involucrara en cosas de la zona, sino se convirtiera en un referente para organizaciones sociales mucho más grandes, entonces el Colegio para el año 1982 fue sede del primer Congreso Indígena Nacional organizado por la Organización Nacional Indígena y durante una semana el Colegio estuvo albergando a cerca de mil indígenas de todas las partes del país y pues los que quisimos y pudimos involucrarnos en ese proceso, pues a través de esa proyección social comunitaria, nos involucramos con los indígenas, conocimos mucho de eso y eso le da a uno una perspectiva de país mucho más amplia de la que puede tener comúnmente”.²⁵⁵

El cuarto testigo que fue influenciado por el activismo social durante su etapa de estudiante secundario en los años setenta fue Alfonso Torres, quien adelantó sus estudios en un colegio cooperativo²⁵⁶ del sur de la ciudad, quien afirma sobre esa experiencia:

“Bueno, yo creo que la gente que estudió en la primera parte de la década de los ochenta en las universidades públicas, pues como siempre de todos modos variada pero muchos de ellos, igual que yo,

²⁵⁵ Crisanto Gómez, entrevista citada.

²⁵⁶ Tipo de instituciones educativas legalizadas en 1971, no eran de carácter oficial, pero contaban con subsidios y fomento del Estado, pertenecían a una cooperativa o mutual, y fueron contemplados idealmente para los hijos de los asociados de estas, ver: Ministerio de Educación Nacional, *Ley 9 de 1971*, septiembre 22 de 1971, en http://www.mineducacion.gov.co/1621/articles-104787_archivo_pdf.pdf

de pronto venían ya desde la secundaria con alguna sensibilidad por las cosas sociales y políticas por varias cosas: uno, que los años setenta pues básicamente fue como el periodo de mayor agitación en el mundo del sindicalismo de los profesores y entonces hubo una frecuente actividad huelguística pero también era muy común que estos profesores activistas llamaran a los padres y a los chicos y les echaban su rollo, entonces es una generación a la que no es ajena ya la movilización, la marcha, que las generaciones anteriores no las habían tenido.

Y pues el hito también que seguramente muchos te habrán hablado: lo del paro del 77, yo tendría por ahí 14 años, como vivía en Venecia, entonces Venecia era el cruce ahí de la Autopista Sur con la 68, que no había el puente ni nada de eso, entonces en ese sitio, al igual que en la Primero de Mayo con Boyacá y con 68, varios sitios eran habituales ya que cuando había paros de transporte, era donde se formaban los tropeles, para muchos de nosotros eso se había visto, se había vivido y uno encuentra que también buena parte de la gente que nutría la Universidad Nacional y la Pedagógica era gente que venía de colegios distritales, del INEM, además tanto el INEM²⁵⁷ del Tunal como el INEM de Kennedy venían también como de una tradición, por la presencia de grupos de izquierda pero también de movilización, entonces es que a diferencia de lo que pasa con generaciones más recientes, que en la universidad descubren el mundo político, descubren que las cosas son más allá de la casa y del colegio, esa generación ya tenía como ese antecedente”.²⁵⁸

Torres comenta en su testimonio que fue en este ambiente escolar y también barrial en el que tuvo la oportunidad de participar por primera vez en

²⁵⁷ Instituto Nacional de Enseñanza Media Diversificada, institución de educación media de carácter estatal.

²⁵⁸ *Alfonso Torres*, 50 años aproximadamente, profesor universitario, participe del movimiento estudiantil durante los primeros años de la década de 1980. Entrevista realizada por la autora de esta tesis de maestría a en la ciudad de Bogotá, 22 de febrero de 2011.

la edición de un periódico y en donde accedió a contactos a través de los cuales se enteraba de talleres impartidos por ciertas ONG sobre prensa alternativa por ejemplo, además empezó a tener contacto con los temas de iglesia alternativa y educación popular, este último definiría su militancia como estudiante universitario y de paso sus principales preocupaciones como profesional.

Es necesario enfatizar que la difusión de las ideas de la iglesia alternativa, adaptación de idearios como el de la Teología de la Liberación y de la popularización de la pregunta por la educación popular, ocupan un lugar fundamental en la formación y el activismo de los estudiantes universitarios y como se ha visto, también secundarios durante las décadas del setenta y el ochenta y conforman de paso un ingrediente fundamental para la identidad estudiantil de esa generación.

Ahora bien, a manera de paréntesis, es necesario aclarar que no todos los entrevistados tuvieron esta experiencia previa en su educación secundaria o en su barrio de origen, Gustavo Castillo, cuya experiencia previa a la universidad fue durante la década de los ochenta, ya que ingresó a la Universidad Pedagógica Nacional en el año 1989, comenta que sus inquietudes sociales y políticas devinieron de su interés personal y del contacto con la música denominada de “protesta”, y fue en búsqueda de este tipo de música que se empezó a relacionar con el ambiente que en las universidades públicas, terminó nutriendo sus intereses y sus planes acerca de su futuro profesional, así mismo, el entrevistado expresó que su entorno familiar, barrial y escolar no incentivaban las inquietudes de índole académica o política, así:

“Mi formación no tiene que ver con un colegio especial que me haya estimulado eso, sino era una inquietud a través de unas lecturas que yo hice manera solitaria en el bachillerato [...] pero básicamente creo que las inquietudes intelectuales y los deseos de ir a la universidad pública devienen de mi gusto por la trova cubana, yo creo que fue a través de ir en búsqueda de algunos casetes en esa época de Silvio

Rodríguez que yo empecé a ir a la Universidad Nacional y un poco a empaparme de ese ambiente, a mirar lo que se ofrecía culturalmente”.²⁵⁹

Conviene observar que el interés de este estudiante que se podría extrapolar a otros estudiantes de la época, a pesar de no haber sido incentivado por un entorno estrictamente cercano, es probable que no haya surgido de manera espontánea, sino por el ambiente de la época, en la que las preocupaciones sociales y el dinamismo político se colaban en el entramado urbano hasta llegar a los jóvenes.

Como se ha visto hasta aquí, los testigos han referido su experiencia en la década de los setentas y primera mitad de la de los ochenta como un importante referente de memoria para sus vidas personales, su formación académica y sus inclinaciones políticas y organizativas, en donde se pueden reconstruir grandes hitos como las dictaduras en Argentina y Chile, la revolución sandinista en Nicaragua y el Paro Cívico Nacional de 1977, y por otro lado procesos organizativos de base, las corrientes de iglesia alternativa y educación popular, que cabe mencionarlo, se encontraban estrechamente relacionados con esos otros dos grandes procesos del nivel nacional e internacional. Conviene echar un vistazo a otras observaciones más específicas al respecto, así por ejemplo, Alfonso Torres explica cómo desde su punto de vista:

“La década del 80 empieza en el 79 con la Revolución Sandinista, muchos de nosotros estábamos iniciando universidad, ya bueno, en el caso mío ya estaba vinculado a cosas barriales pero ese acontecimiento era que de todos modos uno en la vida ya no era hablar de algo por allá de otras épocas, que la Revolución Rusa, que la Revolución China, sino que estaba uno siendo contemporáneo de que eso se llamaba revolución, que en un país unos tipos ahí,

²⁵⁹ Gustavo Castillo, 42 años aproximadamente, funcionario público, participe de la organización estudiantil en los últimos años de la década de 1980. Entrevista realizada por la autora de esta tesis de maestría en la ciudad de Bogotá, 12 de febrero de 2011.

sacaban a un dictador y querían construir la utopía, entonces todo eso comparando con otras generaciones posteriores, pues estaba ahí a la mano, entonces si bien es cierto, igual que siempre, no es que la mayoría de la gente estuviera compartiendo estas ideas, pero pues vamos a decir que en ese momento la masa de personas con esa sensibilidad era mayor que en otros momentos uno ha encontrado”.²⁶⁰

La revolución nicaragüense constituyó así mismo una especie de puente conector en la transición del cambio de década y, debido a la participación de las figuras colombianas que lideraban los procesos de educación popular en la campaña de alfabetización en el país centroamericano durante esa etapa, este tipo de iniciativas tomaron impulso en Bogotá y otras ciudades del país, con particular influencia de la institución especializada en esos temas denominada Dimensión Educativa.²⁶¹ Torres afirma respecto a la relación de Nicaragua con la educación popular en el país:

“Una cosa singular yo creo para Colombia es que en la propuesta que finalmente acogió el gobierno sandinista para el método de alfabetización fue uno que habían hecho aquí en Colombia los de Dimensión Educativa: Lola Cendales, Mario Perezona y Germán Mariño inicialmente, entonces ellos iban y venían, estuvieron allá de lleno los 5 o 6 meses que duró la cruzada, después de eso iban y venían, y nosotros que estábamos ávidos de eso pues entonces la charla, el taller, el método de educación popular, entonces en ese contexto muchos de nosotros dijimos: vivimos en barrio popular, más bien creemos, entonces de lo que fue el 80 al 85 vino un ímpetu de crear, de abrir centros en diferentes zonas de la ciudad, pues nosotros básicamente, por las cercanías que teníamos era lo que llamábamos en ese momento sur-occidente o sea Venecia, Fátima, Carmen, San

²⁶⁰ Alfonso Torres, entrevista citada.

²⁶¹ <http://www.dimensioneducativa.org.co/>

Vicente, La Chucua, como unos 8 o 6 barrios que habían por ahí en la zona”.²⁶²

Esta actividad de los estudiantes y de los jóvenes en los barrios constituye otro referente central de memoria de la década de los ochentas en lo que se podría denominar una *doble militancia* o *doble identidad*, es decir, la tendencia que consiste en que los jóvenes universitarios no sólo se preocuparan por los asuntos relacionados con lo puramente universitario o educativo, es decir, con lo gremial, sino que realizaban paralelamente a su vida como estudiantes, actividades de trabajo en barrios ya fuera, como se ha mencionado, desde las labores promovidas por las comunidades religiosas, desde el apoyo a la organización barrial, ante el proceso de crecimiento desmedido que estaban viviendo ciudades como Bogotá o desde los procesos de educación popular promovidos por entidades como Dimensión Educativa.

Para algunos de los entrevistados se marca abiertamente la diferencia entre su papel como estudiantes y su compromiso social, y curiosamente sin relacionar su posición en la sociedad con la posibilidad de haber accedido a esas visiones del mundo por un lado y de poder ejercer acciones al respecto por otro, Torres afirma al respecto:

“Buena parte de la gente que llegaba a apoyar estos procesos era gente que estudiaba en la universidad, sobre todo Nacional y Pedagógica, Distrital, ya fuera por dirección de sus partidos o por razones altruistas. Pero la identidad no era lo universitario, claro relacionaban y conjugaban lo que se ganaba en los dos ámbitos, lo que aprendían en un lado y otro”.²⁶³

Y por su parte Camilo Jiménez afirma:

“[...] el proceso de las comunidades eclesiales de base y lo que se llamaba la ‘iglesia de los pobres’ y podíamos haber en ese movimiento muchos estudiantes de universidades públicas, pero no sólo de

²⁶² Alfonso Torres, entrevista citada.

²⁶³ Alfonso Torres, entrevista citada.

universidades públicas que hacíamos trabajos de alfabetización, de evangelización liberadora, de arte, de comunicación popular, ligados a parroquias o no a parroquias, pero que teníamos una autonomía y unas vinculaciones en torno pues a las prácticas y símbolos de la Teología de la Liberación”.²⁶⁴

Puede afirmarse que existe una cierta renuencia por parte de los entrevistados a reconocerse como activistas desde su papel de estudiantes, en parte porque suelen identificar a la movilización estudiantil exclusivamente con el trabajo que se hacía hacia dentro de la universidad, dentro de los grupos políticos o desde la representación estudiantil, al parecer esa separación en su percepción devenida de su época de estudiantes no ha variado con el transcurso de los años. Alejandro Álvarez por ejemplo marca esta división al afirmar que:

“Yo no sé cómo es ahora, pero casi todos teníamos trabajo de base, o estaban en los sindicatos o estaban en los barrios o estaban con los grupos de diferente tipo populares, muchos en educación popular, por lo menos los que estaban cerca de mí, no sé los otros, digamos mi combo era los que estábamos en la educación popular, de adultos, entonces también a veces nos interesaba más eso que estar aquí en el agite, había gente que sí militaba de tiempo completo, en el tema estudiantil, en el movimiento estudiantil, nosotros no, digamos en el caso nuestro, yo no estaba pendiente del tema estudiantil, sino de los movimientos juveniles de los barrios, y eso era lo que me interesaba. Ahora, ¿en qué momento nos interesaba el movimiento estudiantil?: cuando había un proceso por ejemplo de organización de paro general, paro cívico, venir aquí a mirar cómo lográbamos que de aquí se participaba en ese paro cívico y traer las consignas del paro cívico nacional, de lo que se estaba organizando a nivel general, para que la Universidad pudiera vincularse a eso, o los estudiantes o el

²⁶⁴ Camilo Jiménez, entrevista citada.

movimiento estudiantil, pero no, digamos nuestro objeto no era esto centralmente”.²⁶⁵

Esta separación puede también explicarse en la necesidad por parte de los entrevistados de desmarcarse de la militancia partidista reinante en el periodo pues se la recuerda con una cierta desazón y se la identifica como uno de los principales factores que desgastaron la unidad y la organización estudiantil, debido a sus constantes pugnas en los diferentes espacios de deliberación universitarios. Por el contrario, una preocupación de los entrevistados es destacar su papel como dinamizadores de otros procesos alternos y mucho más relacionados con la realidad y el día a día de la gente, o en su defecto, preocupados por renovar el ambiente de organización al interior de la universidad.

Este es pues otro de los referentes de memoria de la década que se pudo ubicar como constante en los testimonios: el del *trabajo en barrios*, como ya se ha anotado, mucho de este trabajo procedía del interés previo de los entrevistados y se relacionaba sobre todo con la educación popular y el trabajo con proyectos alternativos de iglesia. Sin embargo, en algunos casos este nivel de compromiso no se restringió al trabajo ocasional en un barrio determinado por ejemplo por la cercanía con el lugar de residencia, sino que buscaban compenetrarse con las comunidades de barrios más populares yéndose a vivir allí, Camilo Jiménez²⁶⁶ por ejemplo, comenta que interrumpió sus estudios universitarios y se fue a vivir a un sector muy popular de Suba, y por su parte Alejandro Álvarez²⁶⁷ comenta la misma situación pero en su caso en barrios más de carácter obrero como el barrio Galán.

A pesar de la renuencia de la mayoría de los testigos consultados en esta investigación de identificarse con los *grupos políticos de la década*, la presencia de estos en los espacios universitarios es una de las principales características de esos años, grupos ya referidos en el capítulo anterior como

²⁶⁵ Alejandro Álvarez, entrevista citada.

²⁶⁶ Camilo Jiménez, entrevista citada.

²⁶⁷ Alejandro Álvarez, entrevista citada.

la Juventud Comunista, la Juventud Patriótica, ramas del ELN y el EPL y simpatizantes del M-19 eran parte de la cotidianidad de la universidad, los testigos recuerdan entre otras cosas la manera como se intentaba cooptar a los estudiantes críticos al momento de su ingreso, cómo eran las dinámicas en las asambleas o en los paros, la medición de fuerzas de los grupos y su capacidad comunicativa, Alejandro Álvarez recuerda sobre el espacio de las asambleas que:

“eran de días enteros, masivas; yo me acuerdo la cafetería de acá, no cabía un alma, si uno quería entrar eso era a fuerzas, si no, le tocaba quedarse atrás, por allá viendo a los dirigentes parados en una mesa arengando y echando los discursos, la gente opinando. Además era una cosa, todo un ritual muy interesante, yo no estaba adentro pero me daba cuenta de cómo funcionaba, más o menos, los del MOIR que se dividían, unos aquí otros allá, para tomar la palabra, la opinión, para ganar mayorías, los del Partido al otro lado, los del Eme al otro lado”.²⁶⁸

Ahora bien, este tipo de rituales y de repartición y disputa por el control de los espacios de participación, de opinión y de organización, pero sobre todo su radicalización, fueron quizá los principales responsables del agotamiento del modelo y del desencantamiento de las mayorías en los ochenta, frente a este tipo de formas de ejercicio político, Crisanto Gómez comenta al respecto:

“Con el paso del tiempo uno empezaba a ver y a oír, y por lo menos yo, a mí me aburría escuchar la discusión permanente entre los compañeros del MOIR y los de la JUCO.

Y había también una discusión fuerte entre los que participaban de los mecanismos electorales y los que no, pues por supuesto los del MOIR y los del Partido se disputaban las representaciones estudiantiles y los

²⁶⁸ Alejandro Álvarez, entrevista citada.

cercanos al ELN y a los sectores insurgentes no participaban de eso, la confrontaban todo el tiempo”.²⁶⁹

Ante esta situación de hastío, se presentó otro fenómeno que puede señalarse como característico de la década y fue una reacción desde la *creatividad y la cultura* por tratar de renovar las dinámicas políticas sin dejar de ser críticos y de paso, de incluir y llegar a más sectores universitarios, nuevamente Crisanto Gómez recuerda el tema de la presencia de colectivos culturales de trabajo que fue comentado en el anterior capítulo:

“Y habían igual que ahora, grupos de trabajo, Colectivo por la vida se llamaba un grupo muy bonito, la mayoría de ellos tenía alguna adscripción a uno de esos combos, por supuesto habían unos que eran más evidentes y otros menos y habían unos que buscaban que la gente se acercara no necesariamente con militancia. El actual rector de la Universidad en esa época estaba en una revista que hicieron estudiantes de Química, en Sociales había otra revista que era Nuestras Palabras, que reunía gente de la Distrital y de la Pedagógica de Sociales y entre esas dos revistas se organizaban eventos y a través de esos eventos se expresaba la gente.

Claro, también había la politiquería burda sobre todo del MOIR y del Partido que buscaba cooptar militantes solamente con propaganda, pero en general había un ejercicio juicioso, el hecho de que muchas de esas personas ahorita sean profesores universitarios y que estén ocupando cargos destacados en la vida académica, da cuenta de que ellos hacían un ejercicio juicioso y sistemático en sus formas de actuar”.²⁷⁰

Estas iniciativas renovadoras y cuestionadoras del ambiente militantes reinante se presentaron también en las universidades privadas, en donde si bien existía una presencia –quizá no tan marcada– de grupos y partidos

²⁶⁹ Crisanto Gómez, entrevista citada.

²⁷⁰ Crisanto Gómez, entrevista citada.

políticos, para el caso de uno de los entrevistados, quién estudió en la Universidad de los Andes, caracterizada por estar dirigida a la formación de sectores con fuerte capacidad económica, las propuestas culturales estaban más encaminadas a combatir el ambiente conservador de ese claustro, así:

“Todo tan burgués, tan reprimido, tan anticuado, que su misma juventud era negada, que era para mí un motivo político, interrogarles ese trato de su cuerpo, de su estilo de vida, de interrogarles esa racionalidad tan intolerante con la creatividad, con lo surreal, con la fantasía, con la imaginación y eso combinado con los sketches [...] pero los que nos expandíamos la conciencia éramos nosotros [...] celebrar la vida, la fiesta fue muy importante, y si no se pudo influir a alguien más por lo menos logré salvarme yo”.²⁷¹

La introducción del sketch y el teatro por entonces conocido como “del absurdo”, entró a sumarse en esta Universidad al grupo de teatro socialista dirigido por militantes de la Juventud Comunista, y fue desde esa perspectiva que el entrevistado relata como se intentaban dar respuesta a preguntas del ámbito individual pero también social, de lo que pasaba en el país, a través de recursos creativos y en algunos casos disruptivos del medio social en el que estos se estaban moviendo. El testigo relata por el ejemplo un sketch en los que dos estudiantes atravesaban toda la universidad vestidos de blanco y trazando una línea blanca simbolizando la división entre dos mundos, uno el de afuera y otro la especie de burbuja en la que se encontraban, sin que mediara ningún tipo de discurso ni de arenga, acudiendo al silencio y a la libre interpretación.

Volviendo nuevamente al ámbito de la universidad pública, a propósito del ya referido Colectivo Alas de Xue, el entrevistado Josué Sarmiento comenta que una de sus motivaciones era precisamente rescatar lo cultural y promover una participación más amplia, ya que dicho colectivo:

²⁷¹ *Álvaro Moreno Hoffmann*, 50 años aproximadamente, profesor universitario y artista, estudiante de la universidad de los Andes entre las décadas del 70 y 80. Entrevista realizada por la autora de esta tesis de maestría a en la ciudad de Bogotá, 20 de febrero de 2011.

“se plantea sobre todo la imposibilidad de desarrollar un proceso auténticamente estudiantil si se mantienen las pugnas vanguardistas de los partidos, es decir, la JUCO ponía por encima sus intereses de partido que las cuestiones estudiantiles, llegó un momento en que ya no podíamos coordinar cosas, en últimas no dependía de nosotros sino de los que mandaban arriba, entonces esa vuelta como que no aguantaba y muchos salimos así de ahí.

Aunque mantenía uno los afectos y todo eso pero era sobre todo esa crítica, esa imposibilidad de construir una propuesta estudiantil autónoma que trascendiera las pugnas políticas de los partidos, eso por una parte. Por otro lado el interés de reactivar el movimiento estudiantil no convocando siempre a los mismos porque estábamos aburridos de ir a asambleas de estudiantes donde solo iba la gente que estaba en esos parches, y ¿dónde estaba el resto?, estábamos preocupados por el asunto de la marginalidad”.²⁷²

Se puede citar como ejemplo de esta búsqueda por nuevos lenguajes de representación, uno de los eventos que este grupo realizó como acto preparatorio de la conmemoración del quinto centenario de la Conquista española:

“nos fuimos a la Embajada de España, cada uno con botellas, espejos, baratijas de todo tipo y empezar a bombardear la Embajada desde la puerta, nos fuimos en buses de la Universidad, entonces ¡vámonos en los buses!, eso sí dejábamos los buses a dos cuadras para no boletiar [sic] a la Universidad y nos bajábamos en marcha y al frente consignas y llegaban los indios y empezábamos a arrojarles los espejos, las baratijas contra la reja de la embajada y que “tomen sus espejos y devuélvannos el oro”.²⁷³

Ya se había hecho referencia a cómo años atrás, fue la presencia del FER Sinpermiso la que marcó la diferencia en la búsqueda por renovar el

²⁷² Josué Sarmiento, entrevista citada.

²⁷³ Josué Sarmiento, entrevista citada.

lenguaje, de hacerlo más accesible a las mayorías, de prestar atención a la estética y a la comunicación alternativa, lo que indica que esta necesidad se empezaba a gestar ya desde finales de la década del setenta.

No se puede dejar de hacer alusión a otros referentes de memoria comentados por los entrevistados, que tienen que ver con los ritmos cotidianos de la universidad, como es el caso del acceso a las cafeterías, y a las residencias y la socialización que implicaban este tipo de espacios desde el punto de vista político e incluso regional, es decir, poder acceder allí a conversaciones y discusiones con gente de diversas tendencias políticas o que procedían de diferentes regiones del país, y el hecho de que particularmente durante estos años y quizá en ello se puede explicar que constituyeran demandas centrales de las luchas estudiantiles, los estudiantes hayan tenido la posibilidad de que la universidad les proveyera la alimentación y en algunos casos la vivienda, lo cual de paso garantizaba el tiempo necesario para participar de las discusiones y del trabajo social.

4.2. Conclusiones

Las luchas y la organización estudiantil en Bogotá durante el periodo 1980-1991, que fueron presentadas en el tercer capítulo de esta investigación, pueden ser leídas también desde el punto de vista de sus actores y protagonistas. Como ha quedado dicho, en este cuarto capítulo se buscó presentar algunos de esos puntos de vista extraídos de los testimonios de nueve entrevistados, quienes adelantaron sus estudios universitarios a lo largo de los años señalados, también se consultaron entrevistas hechas por otros investigadores recopiladas en el ya citado Catalogo de Fuentes Orales para la Historia Social y Política de Colombia.

No todas las entrevistas han sido citadas en este capítulo pero en líneas generales puede señalarse que su espíritu ha sido recogido en los referentes de memoria que han constituido la base de este análisis, dichos referentes se construyeron con base en las evocaciones relatadas por los

entrevistados y que coincidieron de unos a otros, así por ejemplo, el relato sobre la influencia de la formación política previa a la universidad aparece en la mayoría de las entrevistas.

Es necesario dejar en claro que los referentes de memoria aquí presentados constituyen solo algunos de los que pueden ocupar el complejo universo de los sectores estudiantiles de Bogotá durante el periodo de estudio y que de hecho sólo representan una primera inmersión en este escenario de memoria y plantean la necesidad de ahondar en otros posibles panoramas que incluyan por ejemplo, visiones de lo que ha sido presentado aquí como desfavorable, es decir, la excesiva politización, que puedan hablar de experiencias de clandestinidad o de marginalidad frente a la organización y preocupaciones sociales y políticas.

Así mismo, es necesario explorar en los olvidos de la memoria estudiantil de la década, se hizo referencia en este capítulo a algunas rupturas y desencantos con la década inmediatamente anterior, y esto plantea la necesidad de ahondar en el área de las renunciaciones, los proyectos trancos, la reconstrucción de las luchas desde referentes diferentes a los que la formación política previa aludía, y el cambio de paradigmas y de espacios de militancia.

Así las cosas, lo que se ha pretendido mostrar en este escrito es sólo una muestra de la complejidad de la memoria y el olvido estudiantil de la década de los ochenta y cómo la perspectiva del recuerdo brinda la posibilidad de acercarse al ámbito de las vivencias, los sentimientos y los planteamientos de los actores del proceso de estudio, atravesados desde luego por el presente y por la visión crítica que da la perspectiva del tiempo transcurrido, pero que conservan de alguna manera la esencia de lo que significaron las luchas, la organización y el compromiso para una generación de jóvenes que en medio de la crisis institucional y de violencia del país asumió un papel inherente a lo que implica ser joven, es decir el ser crítico y transformador de la realidad.

5. Conclusiones

Los sectores de estudiantes organizados en Bogotá del periodo 1980-1991 que han sido sujeto de estudio de la investigación fueron, como se ha visto a lo largo de estas páginas, agentes de procesos críticos y de intentos por influir en la transformación de la realidad que los rodeó, realidad que, estuvo delimitada por factores de la vida política, social y económica del país, pero también por las corrientes ideológicas, sucesos e inquietudes políticas de toda la región, es decir de Latinoamérica y la movilización popular.

Por esta razón, no se pueden aislar las explicaciones sobre los procesos de luchas estudiantiles ocurridas en Bogotá, de las ideas y debates ocurridos en la región, un ejemplo de ello es el tema de la autonomía, el cual llegó al país como debate a los estamentos políticos y estudiantiles, después de un amplio recorrido democrático a nivel latinoamericano, pero que al mismo tiempo devenía de inquietudes y necesidades propias de lo que acontecía en el país, que se fueron transformando a lo largo del siglo XX. De esta manera puede observarse la dualidad inherente al fenómeno, por un lado se produce y se reproduce en las condiciones propias del contexto nacional, pero por otro lado se genera dentro de una corriente continental, que hace que el fenómeno sea típicamente latinoamericano y encuentre sus raíces en el pensamiento nacionalista de los intelectuales del periodo independentista, el siglo XIX y primeras décadas del XX.

En el escenario nacional, la autonomía fue efectivamente una preocupación recurrente de la comunidad universitaria y de la opinión nacional como demanda social en concierto de la libertad de expresión y el desarrollo científico y humanístico del conocimiento bajo los valores democráticos.

De esta forma los estudiantes, la catapultaron como una de sus principales banderas, por ser la más clara, la más antigua y la que los acercaba a una forma de organización sin intervención política del Estado como se pedía en el contexto latinoamericano. Durante todo el siglo XX, y

con ello, también durante la década de los ochenta, no se dejó de debatir el tema y de ponerse en primer lugar como demanda y como uno de los principales referentes de memoria y de identificación de las luchas que encabezaron los estudiantes.

Otro ejemplo de coincidencias entre el entorno latinoamericano y los fenómenos nacionales, es el del crecimiento del sistema de educación superior en las ciudades, el cual refleja –con algunas diferenciaciones sobre todo en cuanto al volumen de la población – una similitud en el crecimiento de la matrícula, del número de universidades, en consonancia con el crecimiento poblacional urbano a nivel continental y también en cuanto a la diversificación del sistema que tendió a favorecer el aumento del sector privado en detrimento del público, característica en la cual, como se pudo evidenciar, el caso colombiano destaca por lo marcado de esta situación en contraste con países como Brasil y Argentina.

Así, la influencia latinoamericana y del contexto nacional, no niega la particularidad del tipo de luchas, organización y expresiones estudiantiles del periodo de estudio, que si bien formaron parte de unos ciclos regionales y nacionales, fueron fruto también de decisiones, procesos y opciones locales.

Por otro lado, el contexto de las políticas educativas, delimitaron el marco de posibilidades de acción de la organización estudiantil, las demandas y el tipo de discurso que confluyeron en los procesos de lucha. De dicho panorama se puede concluir de manera general que el periodo de estudio observó un fenómeno de crecimiento, que ya se venía presentando desde las décadas inmediatamente anteriores, en el que el sector privado había crecido a mayor escala que el estatal.

Se puede observar en el escenario nacional una particular incapacidad de parte de los gobiernos y las elites políticas para generar un proyecto educativo claro que delimitara cuáles serían los alcances y compromisos por parte del Estado y cómo regular los criterios de calidad y el perfil educativo tanto de las universidades públicas como de las privadas sin incurrir con ello en una agresión a la autonomía de las mismas.

Esta incapacidad se refleja en el desborde y la desorganización del crecimiento de la oferta privada, y estatal –en el caso de las regiones–, por lo cual se hizo necesario que el gobierno intentara regular y promulgar unas normas básicas y con ello atacar fenómenos como el de la proliferación de instituciones improvisadas y el de la llamada “doctoritis”, que se habían engendrado a raíz de su inoperancia.

Esta normatividad, condensada en la Reforma a la Educación Superior del año 1980 (Decreto 80 de 1980) que estuvo vigente a lo largo del periodo de estudio, intentó de alguna manera aportar definiciones básicas frente al funcionamiento del sistema, por ejemplo en la caracterización de los tipos de instituciones de educación académica que podían funcionar legalmente en el país, en la unificación de títulos académicos y en las modalidades de contratación profesoral, aspectos en los que se requería sin lugar a dudas una regulación.

Sin embargo, en aspectos neurálgicos como el de definir con claridad un proyecto educativo, y por otro lado, frente a la ya referida autonomía, esta reforma se quedó corta y continuó dejando vacíos y ambigüedades tanto en términos legislativos como de aplicabilidad.

Como se pudo observar, las luchas estudiantiles del periodo 1980 a 1991 se gestaron en un ambiente hostil a la protesta social, en parte por la existencia de un conflicto armado presente en el país desde varias décadas atrás, recrudecido en el decenio de los ochentas, en el que al ya complejo panorama de la actividad guerrillera, se sumó la sensible presencia de grupos paramilitares y narcotraficantes.

Ahora bien, es necesario aclarar que el ataque y la persecución a la protesta social concretamente devinieron de la lectura hecha por parte de los gobiernos, de episodios de organización social y protesta cívica como el del Paro Nacional de 1977, cuya amplitud provocó la sensación de un cierto peligro del status quo, por lo que en adelante, la protesta social fue coartada y estigmatizada.

Otro factor adverso a la protesta, pero esta vez, específicamente estudiantil, fue el retiro del apoyo de la opinión pública, en donde el desprestigio de la violencia como recurso, con la que se empezó a asociar a los sectores estudiantiles por la relación de algunos de sus líderes con las guerrillas desde la década de los sesentas y por el uso de mecanismos como el “tropol” en las manifestaciones y protestas de los estudiantes.

Bajo estas condiciones, puede explicarse que las cifras de las protestas estudiantiles hayan descendido durante el periodo, lo cual no significa que los estudiantes hayan abandonado el debate, la organización y la actividad social y política, más bien que los recursos y las vías de manifestación de sus inquietudes se transformaron hacia una vía más cultural y con arraigo en los sectores populares y con menos apego a las tradicionales formas de organización ligadas a los partidos y al devenir de la política nacional, lo que indica una lectura crítica de algunas de las experiencias acumulados a lo largo del siglo XX, en el que, como se presentó en el tercer capítulo, los estudiantes pasaron de estar cobijados bajo la estructura de los partidos políticos tradicionales: Liberal y Conservador, a explorar los caminos de la izquierda, e incluso a que algunos de sus principales líderes participaran de movimientos guerrilleros, y a consolidar estructuras organizativas de carácter nacional como fueron las diferentes federaciones universitarias.

No se trata de un camino de sucesivos avances, todo lo contrario, los desgastes y desacuerdos estuvieron a la orden del día, pero es precisamente sobre ese camino que los estudiantes de la década del ochenta construyeron sus propios procesos, siendo críticos con las trayectorias anteriores, pero también adoptando las prácticas y peleas internas también heredadas, pero lo que se pretende señalar es que a pesar de este complejo escenario los estudiantes continuaron presentes no solo en los espacios exclusivos de la universidad sino en otros frentes de acción como las luchas barriales, la alfabetización y la educación popular, la lucha por los derechos humanos e incluso actividades culturales de interrogación abierta a los valores de la

sociedad, dentro de las que se pueden citar a las propuestas del Colectivo Alas de Xue de la Universidad Pedagógica Nacional ya relatadas. Quizá lo más destacado de la década en términos de las luchas estudiantiles, es la búsqueda como generación, de otras formas de organización dentro y fuera de los partidos de izquierda.

Se puede afirmar entonces que si bien las luchas estudiantiles del periodo, aunque se encontraban desarticuladas organizativamente, si se las compara con las que se produjeron durante el Frente Nacional e incluso con la coyuntura específica de 1971, en las que se puede llegar a hablar de un movimiento como tal, demostraron que los estudiantes no dejaron de expresar sus opiniones y exhibirse críticos frente a asuntos gremiales, y políticos. Dentro de los asuntos gremiales destacan los relacionadas con las reformas de la educación superior a nivel nacional, así como las propias de cada universidad en términos de sus estatutos orgánicos, todo lo relacionado con bienestar estudiantil, de acuerdo a las especificidades de cada universidad. Por su parte, en cuanto a los asuntos de corte eminentemente político que preocuparon a los estudiantes de la década, destacan el antimperialismo y el antineoliberalismo.

Conviene también realizar una crítica a esta generación sin dejar de reconocer el contexto adverso en el que se desenvolvía, pues cabe señalar que la falta de unificación que caracterizó a esta década, a la cual se ha comprendido como el cierre de un ciclo de luchas de varias décadas iniciado en los años 50, puede haber sido responsable de que se halla producido un corte en la transmisión de memoria de las luchas estudiantiles hacia la generación estudiantil de la década siguiente, que en medio de una relativa orfandad de referentes e identificaciones se caracterizó por una casi total desorientación y apatía política e incluso social, aunque este es un tema que requiere mayor análisis en futuros estudios.

Un aspecto importante que se quiso señalar en esta investigación es la posibilidad de realizar una lectura del fenómeno social en cuestión desde el punto de vista de sus actores y protagonistas, proceso mediante el cual,

como ya se mencionó, se ha pretendido mostrar la complejidad del proceso de construcción de la memoria y el olvido estudiantil de la década de los ochenta y cómo la perspectiva del recuerdo brinda la posibilidad de acercarse al ámbito de las vivencias, los sentimientos, los planteamientos, las luchas, las adversidades y el compromiso social de una generación.

En este sentido, algunos de los referentes de memoria encontrados en los testimonios de los estudiantes de la década que colaboraron con esta investigación, tienen que ver por un lado con el contexto político, ideológico, barrial y cultural en el que se desarrollaron previamente a la llegada a la universidad, es decir con su formación política y una conciencia social, la cual orientó la exigencia del tipo de universidad y la carrera en la que estudiarían, su postura crítica en su papel como estudiantes y su militancia como experiencia de vida.

Es interesante sin embargo, observar cómo en la selección memorística hecha por los testigos, no se realiza una concordancia entre su militancia personal y su papel activo como estudiantes, es decir, no se asigna una relación causal entre el hecho de que al llegar a ser estudiantes, pudieran ejercer su militancia, bien fuera dentro la iglesia alternativa, el trabajo en barrios o labores de alfabetización popular, con un cierto margen de acción que para otros sectores sociales se presentaba más adverso, por ejemplo, en el hecho de que al ser estudiante de una universidad como la Pedagógica o la Nacional, tenían el tiempo y el acceso a espacios variados de discusión política que un obrero, un ama de casa o una secretaria no tendrían. Sin embargo, los testigos dan cuenta del mundo estudiantil y el espacio de la militancia y el trabajo social como dos esferas paralelas que no se tocaban entre sí, en las que se debía repartir el tiempo, a esta particularidad se la ha denominado una *doble militancia*, que como ya se señaló puede explicarse en un cierto prejuicio creado durante la década al interior mismo de las universidades de relacionar lo estudiantil exclusivamente con los mecanismos de representación oficiales, con las

pugnas entre partidos de izquierda y con la lucha por sostener los beneficios del bienestar estudiantil.

Otros de los referentes de memoria que se presentaron, fueron por ejemplo, el fuerte impacto en la formación y en los ideales y expectativas de los estudiantes de la década, de fenómenos políticos y sociales de la década del setenta como el Paro Cívico Nacional de 1977 y la revolución de Nicaragua de 1978 y por otro lado, la identificación con el trabajo en barrios y con la búsqueda de nuevas formas de expresión, comunicación y activismo, lo cual habla de una generación crítica no sólo del sistema en general sino de las propias formas de organización y lucha que se habían heredado ya desgastadas de las décadas anteriores.

Hasta aquí esta aproximación al universo de las luchas estudiantiles durante el periodo 1980-1991, sin embargo, es necesario recalcar la importancia de dejar abiertos los debates frente al tema del papel de la universidad, de las luchas de los estudiantes y de la memoria de las mismas, como un aporte ya no sólo a la historiografía sino también a las reflexiones de las generaciones presentes y futuras, frente a su papel de crítica y compromiso, en aras siempre de construir una mejor sociedad en donde la educación superior representa un papel fundamental, no solo para el desarrollo económico de una nación, sino en el marco de su desenvolvimiento cultural y democrático.

6. Fuentes

Archivo:

Fondo de la Oficina de Prensa Estudiantil, Archivo Central e Histórico, Universidad Nacional de Colombia.

Restrepo, Gabriel, *Archivo personal*, 1960-2011.

Ministerio de Educación Nacional, “Ley 65 de 1963”, en Diario oficial Número 31270, 17 de enero de 1964.

Universidad Pedagógica Nacional, Consejo Directivo, *Acuerdo No. 18 del 2 de diciembre de 1980. Por el cual se adopta en Reglamento Estudiantil*.

Bibliografía:

Acevedo Tarazona, Álvaro, *Modernización, conflicto y violencia en la universidad en Colombia. Audesa (1953-1984)*, Bucaramanga, UIS, 2004.

Acevedo Tarazona, Álvaro, *Un ideal traicionado: vida y muerte de los movimientos estudiantiles en el ELN*, Bogotá, Intermedio Editores, 2006.

Alfonso, Oscar, Jaramillo, Samuel y otros, *Organización popular y desarrollo urbano en Bogotá*, Bogotá, Universidad Externado, 1997.

Arango, Luz Gabriela, *Jóvenes en la universidad: género, clase e identidad profesional*, Bogotá, Siglo del hombre-Universidad Nacional, 2006.

Arango, Luz Gabriela (compiladora), *La crisis socio-política colombiana*, Bogotá, CES-Fundación Social, 1997.

Archila Neira, Mauricio. *Idas y venidas Vueltas y revueltas. Protestas sociales en Colombia 1958 – 1990*, Bogotá, Icahn-Cinep, 2005.

Archila Neira, Mauricio, Delgado, Álvaro, García, Martha Cecilia y Prada, Esmeralda, *25 años de luchas sociales en Colombia, 1975-2000*, Bogotá, Cinep, 2003.

Archila Neira, Mauricio, Cote, Jorge, Delgado, Álvaro, García, Martha Cecilia y otros, *Una historia inconclusa. Izquierdas políticas y sociales en Colombia*, Bogotá, CINEP-COLCIENCIAS, 2010.

Archila Neira, Mauricio y Pardo, Mauricio (Editores), *Movimientos Sociales, estado y democracia*, Bogotá, Ces-Icahn, 2001.

Ardila Rojas, Luís Felipe, *Profanatorios. Ejercicios narratológicos*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 2006.

Asociación Colombiana de Universidades-Icfes, *Simposio permanente sobre la universidad, Segundo Seminario General 1983-1985*, Bogotá, 1985.

Augé, Marc, *Las formas de olvido*, Barcelona, Gedisa, 1998.

Avilés Cavasola, Juncia, *El 68: todo el día y toda la noche. Conferencias magistrales, memoria de los 40 años del movimiento estudiantil del 68*, México, UNAM, 2010.

Avilés Cavasola, Juncia, *El orden invisible. Arte, escena y espacio público, memoria de los 40 años del movimiento estudiantil del 68*, México, UNAM, 2010.

Ballén, Rafael, *Constitución política de Colombia. Antecedentes y comentarios*. Bogotá, Gustavo Ibañez, Ediciones Jurídicas, 1995.

Bolívar, Ingrith Johana, *Violencia política y formación del Estado*, Bogotá, Cinep-Universidad de los Andes, 2003.

Bonavena, Pablo; Califa, Juan Sebastián y Millán, Mariano, *El movimiento estudiantil argentino. Historias con presente*, Buenos Aires, UBA-Ediciones Cooperativas, 2007.

Borja, Jordi, *Movimientos sociales urbanos*, Buenos Aires, Ciap, 1975.

Borrero, Alfonso, *Los movimientos estudiantiles contemporáneos*, Bogotá, Asociación Colombiana de Universidades, Instituto Colombiano para el Fomento de la Educación Superior, 1985.

Boville Luca de Tena, Belén, *La guerra de la cocaína*, Madrid, Tema de Debates, 2000.

Braun, Herbert, *Mataron a Gaitán. Vida pública y violencia urbana en Colombia*, Bogotá, Aguilar, 2008.

Broderick, Walter Joe, *Camilo Torres. El cura guerrillero*, Bogotá, Editorial El Labrador, 1987.

Buchbinder, Pablo; Califa, Juan y Millán, Mariano, *Apuntes sobre la formación del movimiento estudiantil argentino (1943-1973)*, Buenos Aires, Final Abierto, 2010.

Burke, Peter, *Historia y teoría social*, Madrid, Amorrortu, 2005.

Cabrera, Álvaro y otros, *Los movimientos cívicos*, Bogotá, CINEP, 1986.

Calderón, Fernando, *Movimientos sociales y política. La década de los ochenta en América Latina*, México, Siglo XXI. 1995.

Candau, Jöel, *Antropología de la Memoria*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2002.

Candau, Jöel, *Memoria e identidad*, Buenos Aires, Ediciones Del Sol, 2008.

Caro, Blanca Lilia, *Autonomía y calidad: ejes de la reforma de la educación superior en Colombia*, Bogotá, Iepri, 1993.

Castells, Manuel, *Movimientos sociales urbanos*, México, Siglo XXI Editores, 1983.

Castro Bueno, Fabio, *La reforma académica en la Universidad Pedagógica Nacional y la participación estudiantil durante el periodo 1980-1985*, Bogotá, 1988 (Mimeo).

Colectivo Alas de Xue, *Una historia del anarquismo en Colombia: crónicas de utopía*, Madrid, Madre Tierra, 1999.

Córdoba José María, *Jorge Eliécer Gaitán tribuno popular de Colombia*, Bogotá, ED. Temis, 1970.

Escobar, A. Álvarez, S. Dagnino, E.(Editores), *Política cultural y cultura política. Una mirada sobre los movimientos sociales latinoamericanos*, Bogotá, Taurus/Icahn, 2001.

Estrada Álvarez, Jairo, *Construcción del modelo neoliberal en Colombia 1970-2004*, Bogotá, Ediciones Aurora, 2004.

Franco, Marina y Levín, Florencia (comps), *Historia reciente, perspectivas y desafíos para un campo en construcción*, Buenos Aires, Paidós, 2007.

Garay de, Graciela, *La historia con micrófono*, México, Instituto Mora, 2006.

Garay de, Graciela (coordinadora), *Para pensar el tiempo presente. Aproximaciones teórico metodológicas y experiencias empíricas*, México, Instituto Mora, 2007.

Garcés, Mario y Leiva, Sebastián, *El golpe en la legua. Los caminos de la historia y la memoria*, Santiago, LOM Ediciones, 2005.

García, Antonio, *La hora cero de la universidad colombiana*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1973.

Giraldo, Javier, *La reivindicación urbana*, Bogotá, Cinep, 1987.

González, Fernán, Bolívar, Ingrid y Vásquez Teófilo, *Violencia política en Colombia. De la nación fragmentada a la construcción del Estado*, Bogotá, Cinep, 2007.

González Marín, Silvia y Sánchez Sáenz, Ana María, *154 años de movimientos estudiantiles en Iberoamérica*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 2011.

Gómez Buendía, Hernando, *Finanzas universitarias: pasado, presente y futuro*, Bogotá, Fedesarrollo, 1984.

Guha, Ranahit, *Las voces de la historia y otros estudios subalternos*, Barcelona, Crítica, 2002.

Hartlyn, Jonathan, *La política del régimen de coalición*, Bogotá, Tercer Mundo-Universidad de los Andes, 1993.

Halbwachs, Maurice, *Los marcos sociales de la memoria*, Barcelona, Anthropos, 2004.

Hobsbawm, Eric, *Naciones y nacionalismo desde 1780*, Barcelona, Crítica, 1998.

Hobsbawm, Eric, *Rebeldes primitivos*, Barcelona, Ariel, 1983.

Huyssen, Andreas, *En busca del futuro perdido. Cultura y memoria en tiempos de globalización*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2001.

Huyo de Aldama, Carmenza, *¿Universidad oficial o universidad privada?*, Bogotá, Tercer Mundo, 1978.

Jelin, Elizabeth y Sempol, Diego (comps.), *El pasado en el futuro: los movimientos juveniles*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.

- Jelin, Elizabeth (comp.), *Las conmemoraciones: las disputas en las fechas "in-felices"*, Madrid, Siglo XXI, 2002.
- Jelin, Elizabeth, *Los trabajos de la memoria*, Madrid, Siglo XXI Editores, 2002.
- Jelin, Elizabeth y Kaufman, Susana (comps.), *Subjetividad y figuras de la memoria*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2006.
- Jiménez Absalón, Figueroa Helwar, *Historia de la Universidad Pedagógica Nacional*, Bogotá, Universidad Pedagógica Nacional, 2002.
- Joutard, Philippe, *Esas voces que nos llegan del pasado*, México, Fondo de Cultura Económica, 1986.
- Kalmanovitz, Salomón, *Economía y nación*, Bogotá, Tercer Mundo Editores, 1997.
- Koselleck, Reinhart, *Futuro pasado. Para una semántica de los tiempos históricos*, Barcelona, Paidós, 1993.
- Lara Meza, Ada Marina, Macías Gloria, Felipe y Camarena Ocampo, Mario, *Los oficios del historiador: Taller y prácticas de la historia oral*, México, Universidad de Guanajuato-Laboratorio de Historia Oral, 2010.
- Leal Buitrago, Francisco y Zamosc, León, *Al filo del caos. Crisis política en la Colombia de los años ochenta*, Bogotá, Iepri-Tercer Mundo Editores, 1991.
- Leal Buitrago, Francisco, *Estado y política en Colombia*, Bogotá, Siglo XXI, 1984.
- Le Bot, Ivon, *Educación e ideología en Colombia*, Bogotá, La carreta, 1979.
- Le Goff, Jacques, *El orden de la memoria. El tiempo como imaginario*, Barcelona, Paidós, 1977.
- Lucio Álvarez, Ricardo, Serrano, Mariana, *La educación superior: tendencias y políticas estatales*, Bogotá, IEPRI, 1992.
- Marsiske, Renate, *Desafíos de la universidad contemporánea*, México, UNAM, 1995.
- Marsiske, Renate (Coordinadora), *Los estudiantes. Trabajos de historia y sociología*, México, UNAM, 1989.

Marsiske Renate, (coordinadora); Alvarado María Lourdes [et al.]. *Movimientos estudiantiles en la historia de América Latina*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, Centro de Estudios sobre la Universidad, Plaza y Valdés, 1999.

Mate, Reyes, *A contra luz de las ideas políticamente correctas*, Barcelona, Anthropos, 2005.

Medina Gallego, Carlos, *Al Calor del tropel*, Bogotá, Alquimia, 2002.

Medina, Medófilo, *La Protesta urbana en Colombia*, Bogotá, Ediciones Aurora, 1984.

Meertens Donny, Sánchez, Gonzalo, *Bandoleros, gamonales y campesinos. El caso de la Violencia en Colombia*, Bogotá, El Áncora Editores, 2006.

Melucci, Alberto, *Acción colectiva, vida cotidiana y democracia*, México, El Colegio de México, 1999.

Ministerio de Educación Nacional, *Ley General de Educación: ley 115 del 8 de febrero de 1994*, Bogotá, El Trébol, 2005.

Ministerio de Educación Nacional, *Reforma Universitaria. Decreto No 080 de 1980 (Enero 22)*, Bogotá, 1980.

Múnera, Leopoldo, *Rupturas y continuidades: poder y movimiento popular en Colombia, 1968-1988*, Bogotá, Universidad Nacional-Iepri-Cerec, 1998.

Necoechea Gracia, Gerardo y Montenegro Torres, Antonio (compiladores), *Caminos de historia y memoria en América Latina*, Buenos Aires, Imago Mundi, 2011.

Nora, Pierre, *Les Lieux de memoire*, París, Gallimard, 1997.

Ocampo José Fernando, *Reforma universitaria 1960-1980. Hacia una educación discriminatoria y antidemocrática*, Bogotá, Cinep, 1980.

Oquist, Paul, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Bogotá, Banco Popular, 1978.

Orjuela, Jorge Armando; Rodríguez, Victor Hugo, *Semilla en tierra seca. La constituyente: del sueño juvenil al negocio político*, Bogotá, Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, 1993.

Palacios, Marco, *Entre la legitimidad y la violencia. Colombia, 1875-1994*, Bogotá, Norma, 1995.

Pizarro, Eduardo, *Las FARC*, Bogotá, Tercer Mundo-IEPRI, 1991.

Passerini, Luisa, *Memoria y Utopía. La primacía de la intersubjetividad*, Valencia, Universidad de Valencia, 2006.

Pecaut, Daniel, *Crónica de dos décadas de política colombiana, 1968-1988*, Bogotá, Siglo XXI Editores, 1989.

Pécaut, Daniel, *Guerra contra la sociedad*, Bogotá, Espasa Hoy, 2001.

Pecaut, Daniel, *Orden y violencia en Colombia 1930-1954*, Bogotá, Siglo XXI, 1978.

Portantiero, Juan Carlos, *Estudiantes y política en América Latina. El proceso de la Reforma universitaria*, México, Siglo XXI, 1987.

Portelli, Alessandro, *La orden ya fue ejecutada. Roma, las Fosas Ardeatinas, la memoria*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2003.

Puig, Julio, *Documentos teóricos internos al movimiento estudiantil. 1971*, Medellín, Universidad de Antioquia. 1974.

Puyana, Aura María y Serrano, Mariana, *Reforma o inercia en la universidad Latinoamericana*, Bogotá, Tercer Mundo Editores-Iepri. 2000.

Rama, Claudio, *La Tercera Reforma de la educación superior en América Latina*, Buenos Aires, Fondo de Cultura Económica, 2006.

Ramírez, Socorro y Luis Alberto Restrepo, *Actores en conflicto por la paz. El proceso de paz durante el gobierno de Belisario Betancur 1982-1986*, Bogotá, Cinep-Siglo XXI Editores, 1989.

Ricoeur, Paul, *La memoria, la historia, el olvido*, México, Fondo de Cultura Económica, 2004.

Rodó, José Enrique, *Ariel*, México, Fondo de Cultura Económica, 1984.

Rodríguez, Ileana y Szurmuk, Mónica (editoras), *Memoria y ciudadanía*, Chile, Ohio State University, Instituto Mora, 2008.

Rollin, Kent (Comp.), *Los temas críticos de la educación superior en América Latina en los años noventa*, México, Flacso-Universidad Autónoma de Aguascalientes-FCE, 2002.

Romero, Mauricio, *Paramilitares y autodefensas 1982-2003*, Bogotá, IEPRI-Planeta, 2003.

Ruíz Montealegre, Manuel, *Sueños y realidades. Procesos de organización estudiantil. 1954-1966*, Bogotá, Universidad Nacional, 2002.

Samuel, Raphael (Editor), *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Crítica, 1984.

Sánchez, Gonzalo, *Guerras, memorias e historia*, Medellín, La Carreta, 2006.

Sánchez Gómez, Gonzalo y Willis Obregón, María Emma (Comps.) *Museo, Memoria y Nación: Misión de los Museos Nacionales para los ciudadanos del futuro*, Bogotá, Ministerio de Cultura/Museo Nacional de Colombia/PNUD/Iepri/Icahn, 2000.

Santa María, Ricardo y Silva, Gabriel, *Proceso político en Colombia: del Frente Nacional a la apertura democrática*, Bogotá, Cerec, 1984.

[Sarlo, Beatriz](#), *Tiempo pasado, Cultura de la memoria y giro subjetivo*, Buenos Aires, Siglo Veintiuno Editores, 2007.

Scott, James, *Los dominados y el arte de la resistencia*, México, Ediciones Era, 2000.

Scott, Joan Wallach, *Genero e historia*, México, Fondo De Cultura Económica, 2009.

Todorov Tzvetan, *Los abusos de la memoria*, Barcelona, Paidós, 2000.

Torres Carrillo, Alfonso, *La ciudad en la sombra*, Bogotá, Cinep, 1997.

Torres Forero, C. A., *De las aulas a las urnas: La Universidad del Rosario, la séptima papeleta y la constituyente de 1991*, Colección Textos de jurisprudencia, Bogotá, Editorial Universidad del Rosario, 2006.

Touraine, Alain, *América Latina, política y sociedad*, Espasa-Calpe, 1989.

Traverso, Enzo, *El pasado: Instrucciones de uso. Historia, memoria, política*, Madrid, Marcial Pons, 2007.

Urrego Ardila, Miguel Ángel y Oikión Solano, Verónica, *Violencia y sociedad. Un hito en la historia de las izquierdas en América Latina*, Morelia, Instituto de Investigaciones Históricas UMSNH, El Colegio de Michoacán, 2010.

Vargas, Alejo, *Las Fuerzas Armadas en el conflicto colombiano: antecedentes y perspectivas*, La Carreta Editores, 2002.

Yerushalmi, Yosef, *Usos del olvido*, Buenos Aires, Nueva Visión, 2006.

Zamosc, León, *La cuestión agraria y el movimiento campesino en Colombia: luchas de la Asociación Nacional de Usuarios Campesino ANUC, 1967-1981*, Ginebra, Instituto de Investigaciones de las Naciones Unidas, 1987.

Zaruk, Xiomara (Coordinadora), *Autonomía Universitaria. Un marco conceptual, histórico, jurídico de la autonomía universitaria y su ejercicio en Colombia*, Bogotá, Asociación Colombiana de Universidades, 2004.

Zea, Leopoldo, *La autonomía universitaria como institución latinoamericana*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1988.

Tesis:

Aponte, Juana Alexandra, 84, Tesis de Grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2006.

Arenas Rendón, Cecilia y García Melo, Martha, *Reseña Histórica del movimiento estudiantil en la Universidad Nacional*, Tesis de Grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1986.

Jácome, Javier Mauricio y López Gómez, Manuel Eduardo, *El ocaso de una comunidad crítica, análisis del discurso en una universidad pública. Universidad Nacional de Colombia, Sede Bogotá, de 1983 a 1987*, Tesis de Grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 2004.

Pinzón Rodríguez, Magaly y Sandoval Saenz, Beatriz Eugenia, *Descripción y análisis de los grupos políticos que han hecho presencia en la Universidad nacional en el periodo 1985-1991*, Tesis de Grado, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1992.

Artículos:

Acevedo Tarazona, Álvaro, "Protesta, universidad y nación", en Asociación Colombiana de Historiadores, *Memorias XV Congreso Colombiano de Historia*, Bogotá, 26 al 30 de julio de 2010, obra inédita difundida en CD.

Acevedo Tarazona, Álvaro, González Rey, Diana Crucelly, "Protesta y movilización estudiantil, 1964. Memoria de una marcha en la Universidad Industrial de Santander", en *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*, Vol. 38, N° 2, Bogotá, Julio-Diciembre de 2011.

Archila Neira, Mauricio, "Historiografía sobre los movimientos sociales en Colombia. Siglo XX", en Tovar Zambrano, Bernardo, *La historia al final del milenio. Ensayos de historiografía colombiana y latinoamericana*, Vol. 1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1995, pp. 251-321.

Archila Neira, Mauricio, "Presentación del dossier sobre movimientos sociales", en: *Historia Crítica*, N. 35, Bogotá, Enero-Junio de 2008.

Archila Neira, Mauricio. "¿Utopía armada? Oposición política y movimientos sociales durante el Frente Nacional". En *Controversia 168*, Bogotá, mayo de 1996.

Bonamusa Miralles, Margarita, "Movimientos sociales: organización y estructura de oportunidad política", en *Análisis Político*, No 23, septiembre-diciembre de 1994.

Fals Borda, Orlando, "El Nuevo despertar de los movimientos sociales". *Revista Foro*. Año 1. Septiembre. 1986.

Borrero García, Camilo, "Estudiantes de la UN buscando nuevos caminos", en *Panorama*, No. 7, julio-septiembre de 1982.

Caycedo Jaime, "Conceptos metodológicos para la historia del movimientos estudiantil colombiano", en *Estudios marxistas*, No 21, 1984.

Cote, Jorge, "Más allá de mayo de 1984. Protesta estudiantil en Colombia, 1975-198", en *Controversia*, No 197, diciembre de 2011, pp. 274-304.

Cuervo Restrepo, Jorge Iván, "La reforma del estado y el ajuste estructural en América Latina. El caso de Colombia", en *Revista Opera*, octubre de 2003, Vol. 3, Núm. 003, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, pp. 67-110.

Cuevas, Homero y Pérez Salazar, Mauricio, "La economía política de la Constitución de 1991", en *Revista Opera*, marzo de 2001, Vol. 1, Núm. 001, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, pp. 249-262.

Dávila Ladrón De Guevara, Andrés, *Democracia Pactada: El Frente Nacional y el proceso constituyente del 91*. Bogotá: Alfaomega/Ceso-Uniandes/IFEA, 2002.

García Duarte, Ricardo, “La ausencia de una izquierda democrática o los desequilibrios del sistema político”, en *Revista Opera*, noviembre de 2002, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia, pp. 39-56.

Garretón, Manuel Antonio, “Memoria y proyecto de país”, en *Revista de Ciencia Política*, Universidad de Chile, 23(2), 2003, pp. 215-230.

Guzmán Mendoza, Carlos Enrique, “Nuevas acciones, viejas prácticas. Partidos, movimientos políticos y sistemas de partidos en Colombia, 1974-2002”, en: *Reflexión Política*, junio de 2002, Vol. 006, Número 011, Universidad Autónoma de Bucaramanga, Bucaramanga, Colombia, pp. 98-120.

Herrera Valencia, Bethoven, “Disyuntivas económicas en la Constitución colombiana”, en *Revista Opera*, marzo de 2001, Vol 1, número 001, Universidad Externado de Colombia, Bogotá, Colombia, pp. 263-279.

Hurtado, Mónica, “Proceso de Reforma constitucional y resolución de conflictos en Colombia: el Frente Nacional de 1975 y la constituyente de 1991”, en *Revista de Estudios Sociales*, abril de 2006, número 023, Universidad de los Andes, Bogotá, Colombia, pp. 97-104.

Jiménez B., Absalón, “Medio siglo de presencia del movimiento estudiantil en la Universidad Pedagógica Nacional 1957-1999”, enlace virtual: http://www.pedagogica.edu.co/storage/rce/articulos/40-41_03ens.pdf

Jiménez Martín, Carolina, “La carta constitucional de 1991 como nuevo mito fundacional”, en *Revista Espacio Crítico*, Bogotá, Espacio Crítico Centro de Estudios, No 03, Julio-diciembre de 2005.

Leal Buitrago, Francisco, “La frustración política de una generación y la formación del movimientos estudiantil”, en *Desarrollo y sociedad*, No 6, julio de 1981.

Leal Buitrago, Francisco, "La participación política de la juventud universitaria como expresión de clase", en *Juventud Universitaria y Participación Política*, Bogotá, Universidad de los Andes, 1984.

Londoño Toro, Beatriz. "La constitución de 1991 y los indígenas. Nuevos espacios de participación política": Biblioteca Virtual del Banco de la República, 2005. Enlace:

<http://www.lablaa.org/blaavirtual/revistas/credencial/febrero2002/laconstitucion.htm>

Lucio Álvarez, Ricardo, "Algunos elementos históricos para reflexionar sobre la propuesta", en *Centro de Estudios Sociales, "Sistema de Universidades del Estado (Públicas)"*, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1989.

Lucio Álvarez, Ricardo, "Universidad y Estado: ¿qué tanto reformó la Ley 30?", en *Análisis Político*, No 20, septiembre-diciembre de 1993.

Mate Ruperéz, Reyes, "Memoria e historia: dos lecturas del pasado", en, *Letras libres*, Febrero de 2006.

Melo, Jorge Orlando, "Crecimiento y expansión de la educación superior en Colombia: una feria de ilusiones", en *Lecturas de economía*, No 16, Medellín, CEIPA, 1984.

Molina, Gerardo, "Pasado y presente de la autonomía universitaria", en *Revista de divulgación cultural*, No.1, Bogotá, Universidad Nacional de Colombia, 1966, pp. 29-47.

Múnera Ruíz, Leopoldo, "De los movimientos sociales al movimiento popular", en *Historia Crítica*, No. 7, enero-junio de 1993.

Palacios, Marco "La Universidad Nacional. Principios para su definición", en *Revista de la Universidad Nacional*, No 8-9, Bogotá, agosto-noviembre de 1986.

Parra, Marcela Alejandra, "La construcción de los movimientos sociales como sujetos de estudio en América Latina", en: *Athenea Digital*, Núm. 8, otoño 2005.

Quintero Ramírez, Oscar Alejandro, "Sociología e historia del movimiento estudiantil por la Asamblea Constituyente de 1991", Versión electrónica, 27 p.

Rodríguez Ávila, Sandra Patricia, "La memoria en la investigación histórica", en Asociación Colombiana de Historiadores, *Memorias XV Congreso Colombiano de Historia*, Bogotá, 26 al 30 de julio de 2010, obra inédita difundida en CD.

Schwarzstein, Dora, "Memoria e historia", en *Desarrollo Económico* vol. 42, N 167, (octubre-diciembre de 2002) pp. 471-482.

Suárez, Carlos, "Lo que la universidad colombiana no puede dejar perder de la reforma de la educación superior", en *Revista Javeriana*, No. 477, Bogotá, agosto de 1981.

Villamil Ardila, Carol, "Alcance de la autonomía universitaria en Colombia, 1980-2002. Una reflexión desde la evolución legislativa y jurisprudencial", en Zaruk, Xiomara (Coordinadora), *Autonomía Universitaria. Un marco conceptual, histórico, jurídico de la autonomía universitaria y su ejercicio en Colombia*, Bogotá, Asociación Colombiana de Universidades, 2004.

Acceso al texto completo:
<http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/lbecas/espacio/Ardila.pdf>

Hemerografía:

El Tiempo, Bogotá, 1980-1991

Voz Proletaria, Bogotá, 1980-1991

Revista Diálogos Universitarios, Bogotá, Asociación Universitaria de Información, 1980, 1981, 1984.

Entrevistas:

Alejandro Álvarez

Gustavo Castillo

Pedro Cote

Crisanto Gómez

Camilo Jiménez
Álvaro Moreno Hoffmann
Juvenal Nieves
Josué Sarmiento
Alfonso Torres

Enlaces virtuales:

<http://www.historyworkshop.org.uk/>

<http://www.relaho.org/>

<http://memoriaypalabra.blogspot.mx/>

<http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/>

Ministerio de Educación Nacional, *Decreto 1860 de 1994*, Diario Oficial No 41.473, del 5 de agosto de 1994, en

[http://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-](http://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-172061_archivo_pdf_decreto1860_94.pdf)

[172061_archivo_pdf_decreto1860_94.pdf](http://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-172061_archivo_pdf_decreto1860_94.pdf)

Ministerio de Educación Nacional, *Ley 9 de 1971*, septiembre 22 de 1971, en

http://www.mineduacion.gov.co/1621/articles-104787_archivo_pdf.pdf